

DE

RA

Biblioteca Pública de Madrid

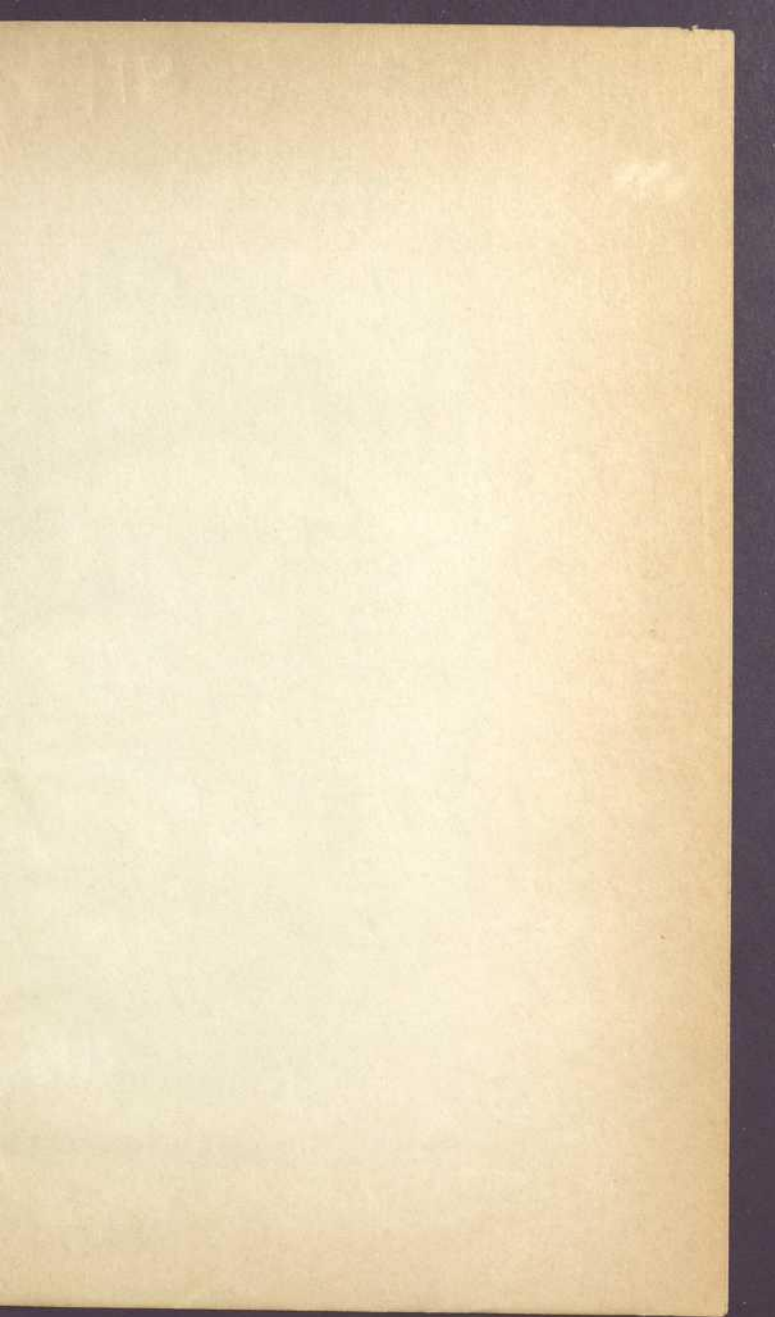
Sala _____

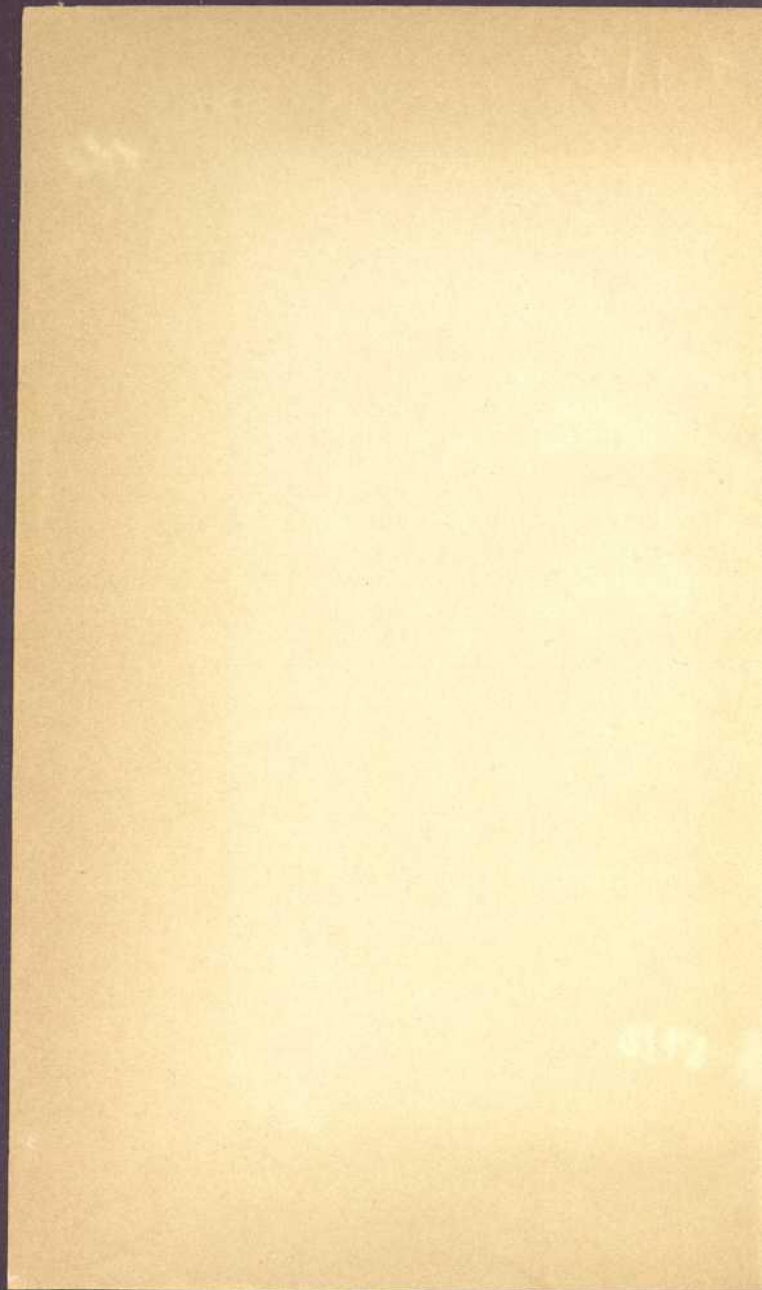
Estante E-6

Signatura 2:34

ENCU
R
MU
T



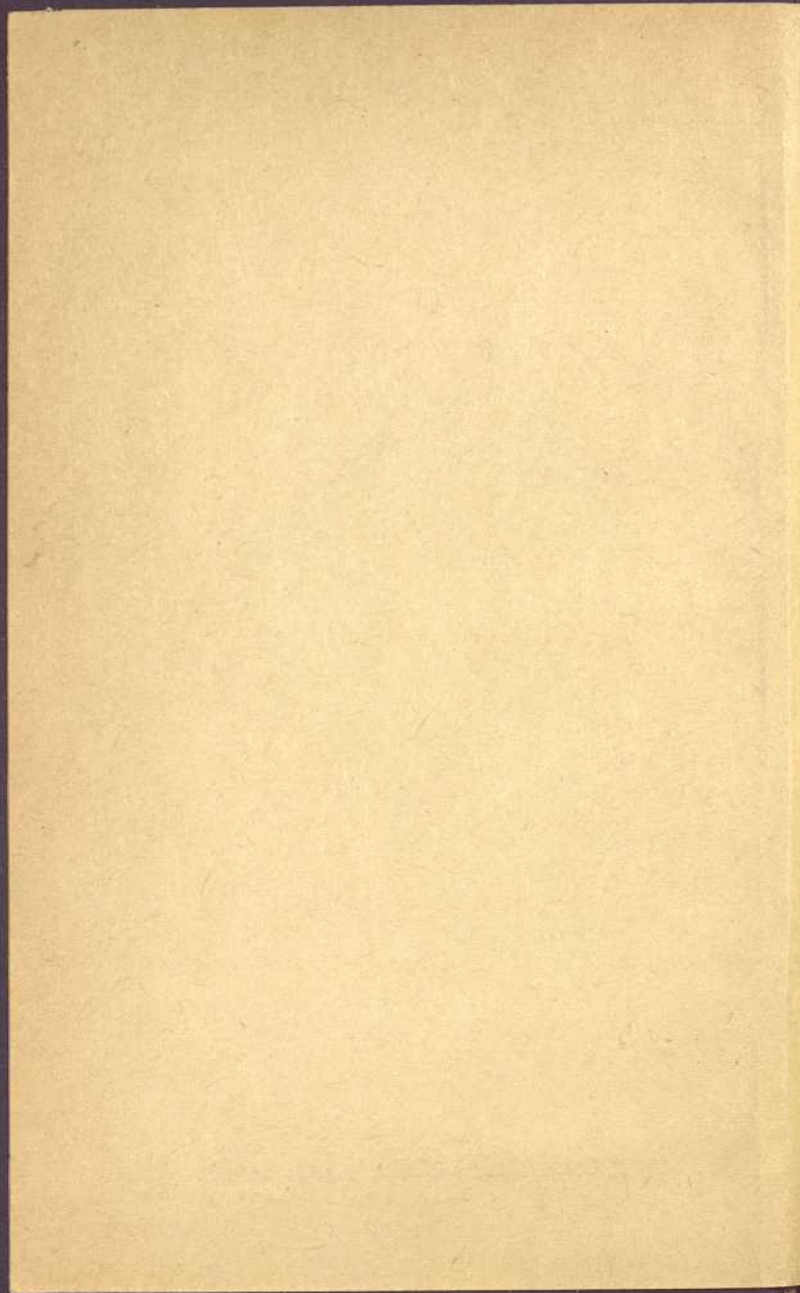




PA. 4775

79





PA-47757
LOPE DE VEGA

126
BIBLIOTECA PÚBLICA
PERIBÁÑEZ Y EL
COMENDADOR
DE OCAÑA

LA ESTRELLA DE SEVILLA

SEXTA EDICIÓN

~~R. 8772~~
MR-12.136

ESPASA - CALPE, S. A.
ESPAÑA

Sexta Edición popular
para la
COLECCIÓN AUSTRAL

Primera edición: 20 - VIII - 1938

Segunda edición: 3 - VI - 1941

Tercera edición: 11 - I - 1943

Cuarta edición: 18 - IX - 1943

Quinta edición: 28 - II - 1944

Sexta edición: 18 - I - 1947

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley N° 11723

*Todas las características gráficas de esta colección han
sido registradas en la Oficina de Patentes y Marcas de
la Nación*

Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.

Buenos Aires, 1947

IMPRESO EN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINE

Acabado de imprimir el 18 de enero de 1947



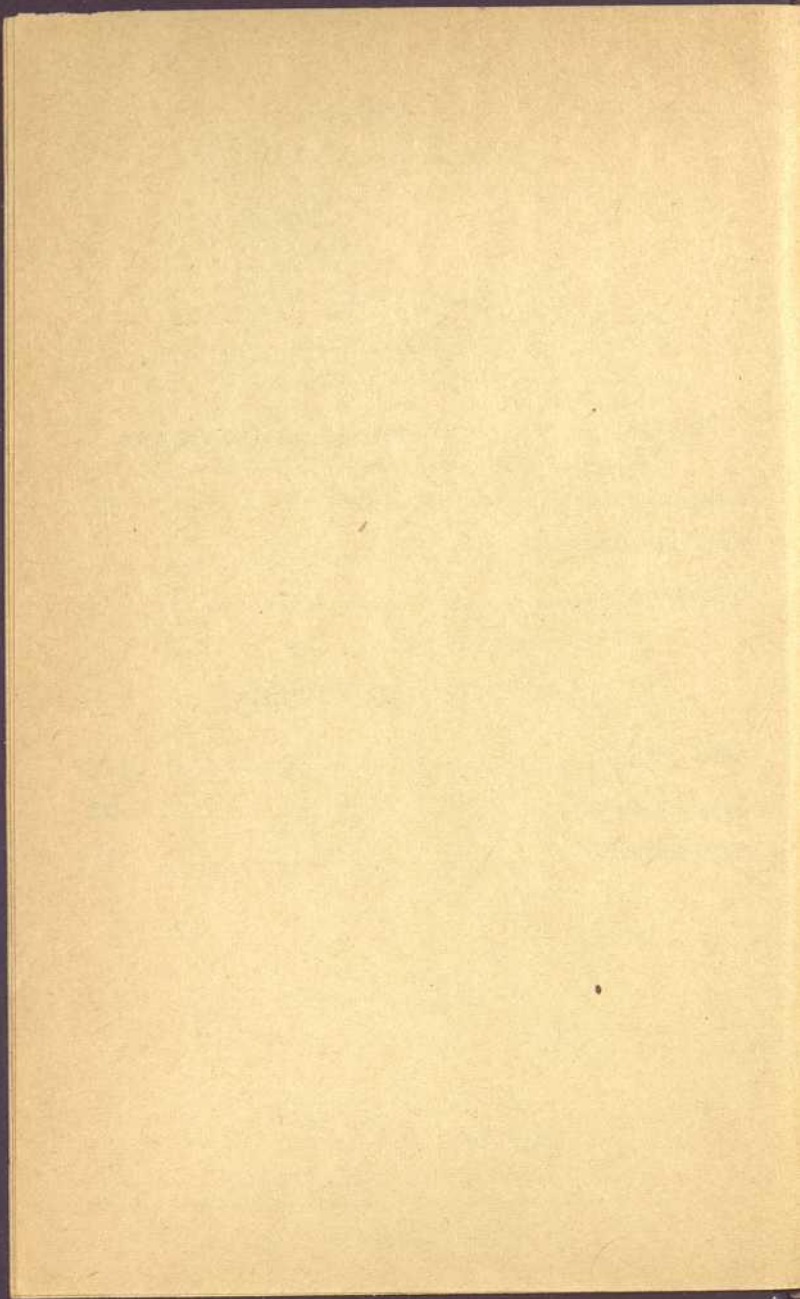
ÍNDICE

PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

	<u>Pág.</u>
Acto primero	11
Acto segundo	47
Acto tercero	83

LA ESTRELLA DE SEVILLA

Acto primero	125
Acto segundo	155
Acto tercero	191

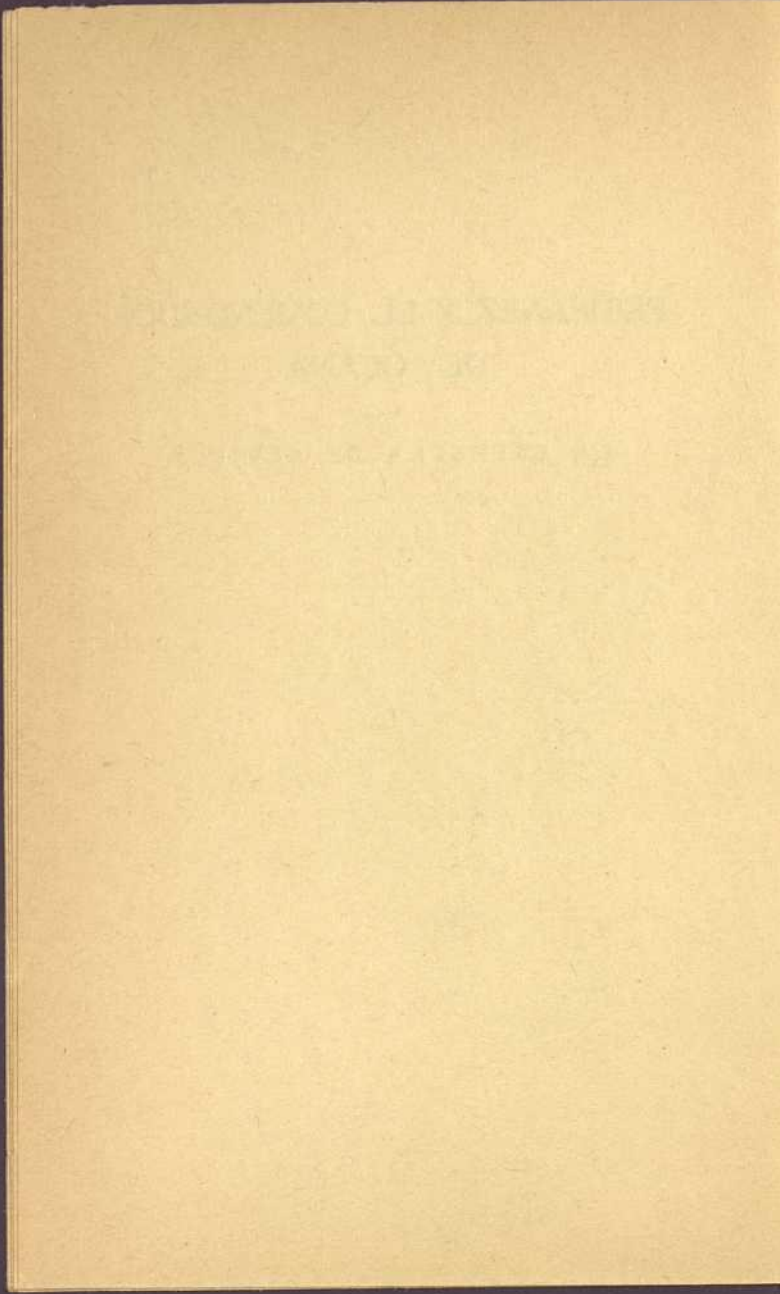




PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR
DE OCAÑA

—

LA ESTRELLA DE SEVILLA



PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR
DE OCAÑA

P E R S O N A S

EL REY DON ENRIQUE III DE CASTILLA

LA REINA.

PERIBÁÑEZ, *labrador.*

CASILDA, *mujer de Peribáñez.*

EL COMENDADOR DE OCAÑA.

EL CONDESTABLE.

GÓMEZ MANRIQUE.

INÉS.

COSTANZA.

LUJÁN, *lacayo.*

UN CURA.

LEONARDO, *criado.*

MARÍN, *lacayo.*

BARTOLO. .

BELARDO.

ANTÓN.

BLAS.

GIL.

BENITO.

LLORENTE.

MENDO.

CHAPARRO.

HELIPE.

UN PINTOR.

UN SECRETARIO.

DOS REGIDORES.

LABRADORES Y LABRADORAS.

MÚSICOS.

PAJES.

HIDALGOS. — ACOMPAÑAMIENTO.

GUARDAS.

GENTE.

La acción pasa en Ocaña, en Toledo y en el campo.

} *Labradores.*

A C T O P R I M E R O

ESCENA PRIMERA

Sala en casa de Peribáñez, en Ocaña

PERIBÁÑEZ y CASILDA, *de novios*; INÉS, *de madrina*;
el CURA, COSTANZA, MÚSICOS, LABRADORES y LABRÁ-
DORAS.

- INÉS. Largos años os gocéis.
COSTANZA. Si son como yo deseo,
 casi inmortales seréis.
CASILDA. Por el de serviros, creo
 que merezco que me honréis.
CURA. Aunque no parecen mal,
 son excusadas razones
 para cumplimiento igual,
 ni puede haber bendiciones
 que igualen con el misal.
 Hartas os dije: no queda
 cosa que deciros pueda
 el más deudo, el más amigo.
INÉS. Señor doctor, yo no digo
 más de que bien les suceda.
CURA. Espérola en Dios, que ayuda
 a la gente virtuosa.
 Mi sobrina es muy sesuda.
PERIBÁÑEZ. Sólo con no ser celosa
 saca este pleito de duda.
CASILDA. No me deis vos ocasión;
 que en mi vida tendré celos.
PERIBÁÑEZ. Por mí no sabréis qué son.

- INÉS. Dicen que al amor los cielos
le dieron esta pensión.
- CURA. Sentaos, y alegrad el día
en que sois uno los dos.
- PERIBÁÑEZ. Yo tengo harta alegría
en ver que me ha dado Dios
tan hermosa compañía.
- CURA. Bien es que a Dios se atribuya;
que en el reino de Toledo
no hay cara como la suya.
- CASILDA. Si con amor pagar puedo,
esposo, la afición tuya,
de lo que debiendo quedas
me estás en obligación.
- PERIBÁÑEZ. Casilda, mientras no puedas
excederme en afición,
no con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña
poner quisiera a tus pies,
y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués,
entrando en el mar de España.
El olivar más cargado
de aceitunas me parece
menos hermoso, y el prado
que por el mayo florece,
sólo del alba pisado.
No hay camuesa que se afeite
que no te rinda ventaja,
ni rubio dorado aceite
conservado en la tinaja,
que me cause más deleite.
Ni el vino blanco imagino
de cuarenta años tan fino
como tu boca olorosa;
que como al señor la rosa
le huele al villano el vino.
Cepas que en diciembre arranco

y en octubre dulce mosto,
ni mayo de lluvias franco,
ni por los fines de agosto,
la parva de trigo blanco,
igualan a ver presente
en mi casa un bien que ha sido
prevención más excelente
para el invierno aterido
y para el verano ardiente.
Contigo, Casilda, tengo
cuanto puedo desear,
y sólo el pecho prevengo;
en él te he dado lugar,
ya que a merecerte vengo.
Vive en él; que si un villano
por la paz del alma es rey,
que tú eres reina está llano,
ya porque es divina ley
y ya por derecho humano.
Reina, pues que tan dichosa
te hará el cielo, dulce esposa,
que te diga quien te vea:
La ventura de la fea
pasóse a Casilda hermosa.

CASILDA.

Pues yo ¿cómo te diré
lo menos que miro en ti,
que lo más del alma fué?
Jamás en el baile oí
son que me bullese el pie,
que tal placer me causase
cuando el tamboril sonase,
por más que el tamborilero
chillase con el guarguero
y con el palo tocase.
En mañana de San Juan
nunca más placer me hicieron
la verbena y arrayán,
ni los relinchos me dieron

el que tus voces me dan.
 ¿Cuál adufe bien templado,
 cuál salterio te ha igualado?
 ¿Cuál pendón de procesión,
 con sus borlas y cordón,
 a tu sombrero chapado?
 No hay pies con zapatos nuevos
 como agradan tus amores;
 eres entre mil mancebos
 hornazo en pascua de Flores
 con sus picos y sus huevos.
 Pareces en verde prado
 toro bravo y rojo echado;
 pareces camisa nueva
 que entre jazmines se lleva
 en azafate dorado.
 Pareces cirio pascual
 y mazapán de bautismo
 con capillo de cendal,
 y paréceste a ti mismo,
 porque no tienes igual.
 Ea, bastan los amores;
 que quieren estos mancebos
 bailar y ofrecer.

CURA.

PERIBÁÑEZ.

Señores,

pues no sois en amor nuevos,
 perdón.

UN LABRADOR.

Ama hasta que adores.

(Cantan los músicos y bailan los labradores y labradoras)

MÚSICOS

Dente parabienes
 el mayo garrido,
 los alegres campos,
 las fuentes y ríos.
 Alcen las cabezas
 los verdes alisos,
 y con frutos nuevos
 almendros floridos.
 Echen las mañanas,
 después del rocío,

en espadas verdes
 guarnición de lirios.
 Suban los ganados,
 por el monte mismo
 que cubrió la nieve,
 a pacer tomillos.

(*Folla.*)

Y a los nuevos desposados
 eche Dios su bendición;
 parabién les den los prados,
 pues hoy para en uno son.

(*Vuelven a danzar.*)

Montañas heladas
 y soberbios riscos,
 antiguas encinas
 y robustos pinos,
 dad paso a las aguas
 en arroyos limpios,
 que a los valles bajan
 de los hielos fríos.
 Canten ruiñeños,
 y con dulces silbos,
 sus amores cuenten
 a estos verdes mirtos.
 Fabriquen las aves
 con nuevo artificio
 para sus hijuelos
 amorosos nidos.

(*Folla.*)

Y a los nuevos desposados
 eche Dios su bendición;
 parabién les den los prados,
 pues hoy para en uno son.

(*Suena dentro gran ruido.*)

ESCENA II

BARTOLO. — DICHOS.

CURA.

¿Qué es aquello?

BARTOLO.

¿No lo veis
 en la grita y el rüido?

CURA.

Mas ¿que el novillo han traído?

BARTOLO.

¿Cómo un novillo? Y aun tres.
 Pero el tiznado que agora
 traen del campo ¡voto al sol,
 que tiene brío español!
 No se ha encintado en un hora.

Dos vueltas ha dado a Bras,
 que ningún italiano
 se ha vido andar tan liviano
 por la maroma jamás.
 A la yegua de Antón Gil,
 del verde recién sacada,
 por la panza desgarrada
 se le mira el perejil.
 No es de burlas; que a Tomás,
 quitándole los calzones,
 no ha quedado en opiniones,
 aunque no barbe jamás.
 El nueso Comendador,
 señor de Ocaña y su tierra,
 bizarro a picarle cierra,
 más gallardo que un azor.
 ¡Juro a mí, si no tuviera
 cintero el novillo!...

CURA.

Aquí
 ¿no podrá entrar?

BARTOLO.

Antes sí.

CURA.

Pues, Pedro, de esa manera,
 allá me subo al terrado.

COSTANZA.

Dígale alguna oración,
 que ya ve que no es razón
 irse, señor Licenciado.

CURA.

Pues oración, ¿a qué fin?

COSTANZA.

¿A qué fin? De resistillo.

CURA.

Engañaste; que hay novillo
 que no entiende bien latín.

(Vase.)

COSTANZA.

Al terrado va sin duda.

(Voces dentro.)

INÉS.

La grita creciendo va.
 Todas iremos allá;
 que atado, al fin no se muda.

BARTOLO.

Es verdad; que no es posible.
 que más que la sogá alcance.

(Vase.)

ESCENA III

PERIBÁÑEZ, CASILDA, INES, COSTANZA, LABRADORES,
LABRADORAS, MÚSICOS

- PERIBÁÑEZ. ¿Tú quieres que intente un lance?
CASILDA. ¡Ay no, mi bien, que es terrible!
PERIBÁÑEZ. Aunque más terrible sea,
de los cuernos le asiré
y en tierra con él daré,
por que mi valor se vea.
CASILDA. No conviene a tu decoro
el día que te has casado,
ni que un recién desposado
se ponga en cuernos de un toro.
PERIBÁÑEZ. Si refranes considero,
dos me dan gran pesadumbre:
que a la cárcel ni aún por lumbre,
y de cuernos, ni aun tintero.
Quiero obedecer.
(Ruido de voces dentro.)
CASILDA. ¡Ay Dios!
¿Qué es esto?

ESCENA IV

GENTE, dentro; después, BARTOLO. — DICHOS.

- GENTE. (Dentro.) ¡Qué gran desdicha!
CASILDA. Algún mal hizo por dicha.
PERIBÁÑEZ. ¿Cómo, estando aquí los dos?
(Sale Bartolo.)
BARTOLO. ¡Oh, que nunca le trujeran,
plugiera al cielo, del soto!
A la fe, que no se alaben

de aquesta fiesta los mozos.
¡Oh, mal hayas, el novillo!
Nunca en el abril lluvioso
halles hierba en verde prado,
más que si fuera en agosto.
Siempre te venza el contrario
cuando estuvieres celoso,
y por los bosques bramando,
halles secos los arroyos.
Mueras en manos del vulgo,
a pura garrocha, en coso;
no te mate caballero
con lanza o cuchillo de oro;
mas lacayo por detrás,
con el acero mohoso,
te haga sentar por la fuerza
y manchar en sangre el polvo.

PERIBÁÑEZ. Repórtate ya, si quieres,
y dínos lo que es, Bartolo;
que no maldijera más
Zamora a Vellido Dolfos.

BARTOLO. El Comendador de Ocaña
mueso señor generoso,
en un bayo que cubrían
moscas negras pecho y lome,
mostrando por un bozal
de plata el rostro fogoso,
y lavando en blanca espuma
un tafetán verde y rojo,
pasaba la calle acaso;
y viendo correr el toro,
caló la gorra y sacó
de la capa el brazo airoso,
vibró la vara, y las piernas
puso al bayo, que era un corzo;
y al batir los acicates,
revolviendo el vulgo loco,
trabó la sogá al caballo

y cayó en medio de todos.
 Tan grande fué la caída,
 que es el peligro forzoso.
 Pero ¿qué os cuento, si aquí
 le trae la gente en hombros?

ESCENA V

EL COMENDADOR, *a quien traen sin sentido unos* LABRADORES; MARÍN, LUJÁN. — DICHOS.

MARÍN. Aquí estaba el Licenciado,
 y lo podrán absolver.

INÉS. Pienso que se fué a esconder.

PERIBÁÑEZ. Sube, Bartolo, al terrado.

BARTOLO. Voy a buscarle.

PERIBÁÑEZ. Camina.

(Vase Bartolo. Ponen en una silla al Comendador.)

LUJÁN. Por silla vamos los dos.
 en que llevarle, si Dios
 llevársele determina.

MARÍN. Vamos, Luján; que sospecho
 que es muerto el Comendador.

LUJÁN. El corazón de temor
 me va saltando en el pecho.
(Vanse Luján y Marín.)

CASILDA. Id vos, porque me parece,
 Pedro, que algo vuelve en sí,
 y traed agua.

PERIBÁÑEZ. Si aquí.
 el Comendador muriese,
 no vivo más en Ocaña.
 ¡Maldita la fiesta sea!

*(Dejan al Comendador en la silla y se retiran todos,
 menos Casilda.)*

y como ya lo creí,
cuando los ojos abrí,
pensé que estaba en el cielo.
Desengañadme, por Dios;
que es justo pensar que sea
cielo donde un hombre vea
que hay ángeles como vos.

CASILDA.

Antes por vuestras razones
podría yo presumir
que estáis cerca de morir.

COMENDADOR.

¿Cómo?

CASILDA.

Porque veis visiones.
Y advierta vueseñoría
que si es agradecimiento
de hallarse en el aposento
de esta humilde casa mía,
de hoy solamente lo es.

COMENDADOR.

¿Sois la novia, por ventura?

CASILDA.

No por ventura, si dura
y crece este mal después,
venido por mi ocasión.

COMENDADOR.

¿Que vos estáis ya casada?

CASILDA.

Casada y bien empleada.

COMENDADOR.

Pocas hermosas lo son.

CASILDA.

Pues por eso he yo tenido
la ventura de la fea.

COMENDADOR.

(*Aparte.* ¡Qué un tosco villano sea
desta hermosura marido!)

¿Vuestro nombre?

CASILDA.

Con perdón,
Casilda, señor, me nombro.

COMENDADOR.

(*Aparte.* De ver su traje me asombro
y su rara perfección.)

Diamante en plomo engastado,
¡dichoso el hombre mil veces
a quien tu hermosura ofreces!

CASILDA.

No es él el bien empleado;
yo lo soy, Comendador;

créalo su señoría.
 COMENDADOR. Aun para ser mujer mía
 tenéis, Casilda, valor.
 Dame licencia que pueda
 regalarte.

ESCENA VII

PERIBÁÑEZ. — DICHOS.

PERIBÁÑEZ. No parece
 el Licenciado: si crece
 el accidente...
 CASILDA. Ahí te queda,
 porque ya tiene salud
 don Fadrique, mi señor.
 PERIBÁÑEZ. Albricias te da mi amor.
 Tal ha sido la virtud
 desta piedra celestial.

ESCENA VIII

MARÍN, LUJÁN. — DICHOS.

MARÍN. Ya dicen que ha vuelto en sí.
 LUJÁN... Señor, la silla está aquí.
 COMENDADOR. Pues no pase del portal;
 que no he menester ponerme
 en ella.
 LUJÁN. ¡Gracias a Dios!
 COMENDADOR. Esto que os debo a los dos,
 si con salud vengo a verme,
 satisfaré, de manera
 que conozcáis lo que siento

- PERIBÁÑEZ. vuestro buen acogimiento.
Si a vuestra salud pudiera,
señor, ofrecer la mía,
no lo dudéis.
- COMENDADOR Ya lo creo.
- LUJÁN. ¿Qué sientes?
- COMENDADOR. Un gran deseo,
que cuando entré no tenía.
- LUJÁN. No lo entiendo.
- COMENDADOR. Importa poco.
- LUJÁN. Yo hablo de tu caída.
- COMENDADOR. En peligro está mi vida.
por un pensamiento loco.
- (Vanse el Comendador, Luján y Marín.)*

ESCENA IX

PERIBÁÑEZ, CASILDA.

- PERIBÁÑEZ. Parece que va mejor.
- CASILDA. Lástima, Pedro, me ha dado.
- PERIBÁÑEZ. Por mal agüero he tomado
que caiga el Comendador.
¡Mal haya la fiesta, amén,
el novillo y quien le ató!
- CASILDA. No es nada, luego me habló.
Antes lo tengo por bien,
por que nos haga favor,
si ocasión se nos ofrece.
- PERIBÁÑEZ. Casilda, mi amor merece
satisfacción de mi amor.
Ya estamos en nuestra casa,
su dueño y mío has de ser:
ya sabes que la mujer
para obedecer se casa;

que así se lo dijo Dios
 en el principio del mundo;
 que en eso estriban, me fundo,
 la paz y el bien de los dos.
 Espero, amores, de ti
 que has de hacer gloria mi pena.
 ¿Qué ha de tener para buena
 una mujer?

CASILDA.

PERIBÁÑEZ.

Oye.

CASILDA.

Di.

PERIBÁÑEZ.

Amar y honrar su marido
 es letra de este abecé,
 siendo buena por la B,
 que es todo el bien que te pido.
 Haráte cuerda la C,
 la D dulce, y entendida
 la E, y la F en la vida
 firme, fuerte y de gran fe.
 La G grave, y para honrada
 la H, que con la I
 te hará ilustre, si de ti
 queda mi casa ilustrada.
 Limpia serás por la L,
 y por la M maestra
 de tus hijos, cual lo demuestra
 quien de sus vicios se duele.
 La N te enseña un no
 a solicitudes locas;
 que este no, que aprenden pocas,
 está en la N y la O.
 La P te hará pensativa,
 La Q bien quista, la R
 con tal razón que destierre
 toda locura excesiva.
 Solícita te ha de hacer
 de mi regalo la S,
 la T tal que no pudiese
 hallarse mejor mujer.

La V te hará verdadera,
la X buena cristiana,
letra que en la vida humana
has de aprender la primera.
Por la Z has de guardarte
de ser zelosa; que es cosa
que nuestra paz amorosa
puede, Casilda, quitarte.
Aprende este canto llano;
que con aquesta cartilla
tú serás flor de la villa,
y yo el más noble villano.

CASILDA.

Estudiaré, por servirte,
las letras de ese abecé;
pero dime si podré
otro, mi Pedro, decirte,
si no es acaso licencia.

PERIBÁÑEZ.

Antes yo me huelgo. Di;
que quiero aprender de ti.

CASILDA.

Pues escucha, y ten paciencia.
La primera letra es A,
que altanero no has de ser;
por la B no me has de hacer
burla para siempre ya.
La C te hará compañero
en mis trabajos; la D
dadivoso, por la fe
con que regalarte espero.
La F de fácil trato,
la G galán para mí,
la H honesto, y la I
sin pensamiento de ingrato.
Por la L liberal,
y por la M el mejor
marido que tuvo amor,
porque es el mayor caudal.
Por la N no serás
necio, que es fuerte castigo;

por la O solo conmigo
 todas las horas tendrás.
 Por la P me has de hacer obras
 de padre; porque quererme
 por la Q, será ponerme
 en la obligación que cobras.
 Por la R regalarme,
 y por la S servirme,
 por la T tenerte firme,
 por la V verdad tratarme;
 por la X con abiertos
 brazos imitarla así. (*Abrázale.*)
 Y como estamos aquí,
 estemos después de muertos.

PERIBÁÑEZ. Yo me ofrezco, prenda mía,
 a saber este abecé.
 ¿Quieres más?

CASILDA. Mi bien, no sé
 si me atreva el primer día
 a pedirte un gran favor.

PERIBÁÑEZ. Mi amor se agravia de ti.
 CASILDA. ¿Cierto?

PERIBÁÑEZ. Sí.

CASILDA. Pues oye.

PERIBÁÑEZ. Di
 cuanto es obligar mi amor.
 CASILDA. El día de la Asunción
 se acerca; tengo deseo
 de ir a Toledo, y creo
 que no es gusto, es devoción
 de ver la imagen también
 del Sagrario, que aquel día
 sale en procesión.

PERIBÁÑEZ. La mía
 es tu voluntad, mi bien.
 Tratemos de la partida.

CASILDA. Ya por la G me pareces

galán: tus manos mil veces
beso.

PERIBÁÑEZ. A tus primas convida,
y vaya un famoso carro.

CASILDA. ¿Tanto me quieres honrar?

PERIBÁÑEZ. Allá te pienso comprar...

CASILDA. Dilo.

PERIBÁÑEZ. Un vestido bizarro. (Vanse.)

ESCENA X

Sala en casa del Comendador.

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMENDADOR. Llámame, Leonardo, presto
a Luján.

LEONARDO. Ya le avisé;
pero estaba descompuesto.

COMENDADOR. Vuelve a llamarle.

LEONARDO. Yo iré.

COMENDADOR. Parte.

LEONARDO. (*Aparte.*) ¿En qué ha de parar esto?

Cuando se siente mejor,
tiene más melancolía
y se queja sin dolor;
suspiros al aire envía:
mátenme si no es amor.

(Vase.)

ESCENA XI

COMENDADOR. Hermosa labradora,
más bella, más lucida,
que ya del sol vestida
la colorada aurora;

sierra de blanca nieve,
que los rayos de amor vencer se atreve:
parece que cogiste
con esas blancas manos
en los campos lozanos,
que el mayo adorna y viste,
cuantas flores agora
céfiro engendra en el regazo a Flora.
Yo vi los verdes prados
llamar tus plantas bellas,
por florecer con ellas,
de su nieve pisados,
y vi de tu labranza
nacer al corazón verde esperanza.
¡Venturoso el villano
que tal agosto ha hecho
del trigo de tu pecho,
con atrevida mano,
y que con blanca barba
verá en sus eras de tus hijos parva!
Para tan gran tesoro
de fruto sazonado
el mismo sol dorado
te preste el carro de oro,
o el que forman estrellas,
pues las del norte no serán tan bellas;
por su azadón trocara
mi dorada cuchilla,
a Ocaña tu casilla,
casa en que el sol repara.
¡Dichoso tú, que tienes
en la troj de tu lecho tantos bienes!

ESCENA XII

LUJÁN. — EL COMENDADOR.

LUJÁN.

Perdona; que estaba el bayo

necesitado de mí.

COMENDADOR. Muerto estoy, matóme un rayo;
aun dura, Luján, en mí
la fuerza de aquel desmayo.

LUJÁN. ¿Todavía persevera,
y aquella pasión te dura?

COMENDADOR. Como va el fuego a su esfera,
el alma a tanta hermosura
sube cobarde y ligera.
Si quiero, Luján, hacerme
amigo deste villano,
donde el honor menos duerme
que en el sutil cortesano,
¿qué medio puede valerme?
¿Será bien decir que trato
de no parecer ingrato
al deseo que mostró,
y hacerle algún bien?

LUJÁN. Si yo
quisiera bien, con recato,
quiero decir, advertido
de un peligro conocido,
primero que a la mujer,
solicitará tener
la gracia de su marido
Éste, aunque es hombre de bien
y honrado entre sus iguales,
se descuidará también,
si le haces obras tales
como por otros se ven.
Que hay marido que, obligado,
procede más descuidado
en la guarda de su honor;
que la obligación, señor,
descuida el mayor cuidado.

COMENDADOR. ¿Qué le daré por primeras
señales?

LUJÁN. Si consideras

o que un labrador adulas,
 será darle un par de mulas
 más que si a Ocaña le dieras:
 éste es el mayor tesoro
 de un labrador; y a su esposa
 unas arracadas de oro;
 que con Angélica hermosa
 esto escriben de Medoro.

Reinaldo fuerte en roja sangre baña
 por Angélica el campo de Agramante;
 Roldán, valiente, gran señor de Anglante,
 cubre de cuerpos la marcial campaña;
 la furia Malgesí del cetro engaña,
 sangriento corre el fiero Sacripante;
 cuanto le pone la ocasión delante,
 derriba al suelo Ferragut de España.

Mas, mientras los gallardos paladines
 armados tiran tajos y reveses,
 presentóle Medoro unos chapines;
 y entre unos verdes olmos y cipreses
 gozó de amor los regalados fines
 y la tuvo por suya trece meses.

COMENDADOR. No pintó mal el poeta
 lo que puede el interés.

LUJÁN. Ten por opinión discreta
 la del dar, porque al fin es
 la más breve y más secreta.

Los servicios personales
 son vistos públicamente
 y dan del amor señales.
 El interés diligente,
 que negocia por metales,
 dicen que lleva los pies
 todos envueltos en lana.

COMENDADOR. Pues alto, venza interés,

LUJÁN. Mares y montes allana,
 y tú lo verás después.

COMENDADOR. Desde que fuiste conmigo,

Luján, al Andalucía,
 y fuí en la guerra testigo
 de tu honra y valentía,
 huelgo de tratar contigo
 todas las cosas que son
 de gusto y secreto, a efeto
 de saber tu condición;
 que un hombre de bien discreto
 es digno de estimación
 en cualquier parte o lugar
 que le ponga su fortuna;
 y yo te pienso mudar
 deste oficio.

LUJÁN.

Si en alguna
 cosa te puedo agradar,
 mándame, y verás mi amor;
 que yo no puedo, señor,
 ofrecerte otras grandezas.

COMENDADOR.

Sácame destas tristezas.

LUJÁN.

Éste es el medio mejor.

COMENDADOR.

Pues vamos, y buscarás
 el par de mulas más bello
 que él haya visto jamás.

LUJÁN.

Ponles ese yugo al cuello;
 que antes de una hora verás
 arar en su pecho fiero
 surcos de afición, tributo
 de que tu cosecha espero;
 que en trigo de amor no hay fruto
 si no se siembra dinero. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

Sala en casa de Peribáñez.

CASILDA, INÉS, COSTANZA.

CASILDA.

No es tarde para partir.

- INÉS. El tiempo es bueno, y es llano
todo el camino.
- COSTANZA. En verano
suelen muchas veces ir
en diez horas, y aun en menos.
¿Qué galas llevas, Inés?
- INÉS. Pobres, y el talle que ves.
- COSTANZA. Yo llevo unos cuerpos llenos
de pasamanos de plata.
- INÉS. Desabrochado el sayuelo,
salen bien.
- CASILDA. De terciopelo
sobre encarnada escarlata
los pienso llevar, que son
galas de mujer casada.
- COSTANZA. Una basquiña prestada
me daba, Inés, la de Antón.
Era palmilla gentil
de Cuenca, si allá se teje,
y oblígame a que la deje
Menga, la de Blasco Gil;
porque dice que el color
no dice bien con mi cara.
- INÉS. Bien sé yo quién te prestara
una faldilla mejor.
- COSTANZA. ¿Quién?
- INÉS. Casilda.
- CASILDA. Si tú quieres,
la de grana blanca es buena,
o la verde, que está llena,
de vivos.
- COSTANZA. Liberal eres
y bien acondicionada;
mas, si Pedro ha de reñir,
no te la quiero pedir,
y guárdete Dios, casada.
- CASILDA. No es Peribáñez, Costanza,
tan mal acondicionado.

INÉS. ¿Quiérete bien tu velado?
CASILDA. ¿Tan presto temes mudanza?
No hay en esta villa toda
novios de placer tan ricos;
pero aun comemos los picos
de las roscas de la boda.

INÉS. ¿Dícete muchos amores?
CASILDA. No yo sé cuáles son pocos;
sé que mis sentidos locos
lo están de tantos favores.
Cuando se muestra el lucero
viene del campo mi esposo,
de su cena deseoso;
síntele el alma primero,
y salgo a abrille la puerta,
arrojando el almohadilla;
que siempre tengo en la silla
quien mis labores concierta.
Él de las mulas se arroja,
y yo me arrojo en sus brazos;
tal vez de nuestros abrazos
la bestia hambrienta se enoja,
y sintiéndola gruñir,
dice: "En dándole la cena
al ganado, cara buena,
volverá Pedro a salir".
Mientras él paja les echa,
ir por cebada me manda;
yo la traigo, él la zaranda,
y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
y allí me vuelve a abrazar;
que no hay tan bajo lugar
que el amor no le celebre.
Salimos donde ya está
dándonos voces la olla,
porque el ajo y la cebolla,
fuera del olor que da

por toda nuestra cocina,
tocan a la cobertera
el villano de manera
que a bailalle nos inclina.
Sácola en limpios manteles,
no en plata, aunque yo quisiera;
platos son de Talavera,
que están vertiendo claveles.
Abáhole su escudilla
de sopas con tal primor,
que no la come mejor
el señor de muesa villa;
y él lo paga, porque a fe
que apenas bocado toma,
de que, como a su paloma,
lo que es mejor no me dé.

Bebe y deja la mitad,
bébole las fuerzas yo,
traigo olivas, y si no,
es postre la voluntad.
Acabada la comida,
puestas las manos los dos,
dámosle gracias a Dios
por la merced recebida;
y vámonos a acostar,
donde le pesa a la aurora
cuando se llega la hora
de venirnos a llamar.

INÉS.

¡Dichosa tú, casadilla,
que en tan buen estado estás!
Ea, ya no falta más
sino salir de la villa.

ESCENA XIV

PERIBÁÑEZ. — *Dichas.*

- CASILDA. ¿Está el carro aderezado?
 PERIBÁÑEZ. Lo mejor que puede está.
 CASILDA. Luego, ¿pueden subir ya?
 PERIBÁÑEZ. Pena, Casilda, me ha dado
 el ver que el carro de Blas
 lleva alhombra y repostero.
 CASILDA. Pídele a algún caballero.
 INÉS. Al Comendador podrás.
 PERIBÁÑEZ. Él nos mostraba afición,
 y pienso que nos le diera.
 CASILDA. ¿Qué se pierde en ir?
 PERIBÁÑEZ. Espera;
 que a la fe que no es razón
 que vaya sin repostero.
 INÉS. Pues vámonos a vestir.
 CASILDA. También le puedes pedir...
 PERIBÁÑEZ. ¿Qué, mi Casilda?
 CASILDA. Un sombrero.
 PERIBÁÑEZ. Eso no.
 CASILDA. ¿Por qué? ¿Es exceso?
 PERIBÁÑEZ. Porque plumas de señor
 podrán darnos por favor
 a ti viento y a mí peso. *(Vanse.)*

ESCENA XV

Sala en casa del Comendador.

EL COMENDADOR, LUJÁN.

- COMENDADOR. Bellas son por extremo.
 LUJÁN. Yo no he visto

mejores bestias, por tu vida y mía,
en cuantas he tratado, y no son pocas.

COMENDADOR. Las arracadas faltan.

LUJÁN.

Dijo el dueño

que cumplen a estas yerbas los tres años,
y costaron lo mismo que le diste,
habrá un mes, en la feria de Mansilla,
y que saben muy bien de albarda y silla.

COMENDADOR. ¿De qué manera, di, Luján, podremos
darlas a Peribáñez, su marido,

que no tenga malicia en mi propósito?

LUJÁN.

Llamándole a tu casa, previniéndole
de que estás a su amor agradecido.
Pero cáusame risa en ver que hagas
tu secretario en cosas de tu gusto
un hombre de mis prendas.

COMENDADOR.

No te espantes;

que sirviendo mujer de humildes prendas,
es fuerza que lo trate con las tuyas.

Sirviera una dama, hubiera dado
parte a mi secretario o mayordomo
o a algunos gentilhombres de mi casa,
Éstos hicieran joyas, y buscaran
cadenas de diamantes, brincos, perlas,
telas, rasos, damascos, terciopelos,
y otras cosas extrañas y exquisitas;
hasta en Arabia procurar la fénix;
pero la calidad de lo que quiero
me obliga a darte parte de mis cosas,
Luján; que aunque eres mi lacayo, miro
que para comprar mulas eres propio;
de suerte que yo trato el amor mío
de la manera misma que él me trata.

LUJÁN.

Ya que no fué tu amor, señor, discreto,
el modo de tratarle lo parece.

ESCENA XVI

LEONARDO. — DICHOS.

- LEONARDO. Aquí está Peribáñez.
COMENDADOR. ¿Quién, Leonardo?
LEONARDO. Peribáñez, señor.
COMENDADOR. ¿Qué es lo que dices?
LEONARDO. Digo que me pregunta Peribáñez por ti, y yo pienso bien que le conoces. Es Peribáñez labrador de Ocaña, cristiano viejo y rico, hombre tenido en gran veneración de sus iguales, y que, si se quisiese alzar agora en esta villa, seguirán su nombre cuantos salen al campo con su arado, porque es, aunque villano, muy honrado,
LUJÁN. (*Aparte a su amo.*)
¿De qué has perdido la color?
COMENDADOR. ¡Ay cielos!
Que de sólo venir el que es esposo de una mujer que quiero bien, me siento descolorir, helar y temblar todo.
LUJÁN. Luego ¿no tendrás ánimo de verle?
COMENDADOR. Di que entre; que del modo que a quien la calle, las ventanas y las rejas [ama, agradables le son, y en las criadas parece que ve el rostro de su dueño, así pienso mirar en su marido la hermosura por quien estoy perdido.

ESCENA XVII

PERIBÁÑEZ, *con capa*. — DICHOS.

- PERIBÁÑEZ. Dame tus generosos pies.
 COMENDADOR. ¡Oh Pedro!
 Seas mil veces bien venido. Dame
 otras tantas tus brazos.
- PERIBÁÑEZ. ¡Señor mío!
 ¡Tanta merced a un rústico villano
 de los amores que en Ocaña tienes!
 ¡Tanta merced a un labrador!
- COMENDADOR. No eres
 indigno, Peribáñez, de mis brazos;
 que, fuera de ser hombre bien nacido,
 y por tu entendimiento y tus costumbres
 honra de los vasallos de mi tierra,
 te debo estar agradecido, y tanto
 cuanto ha sido por ti tener la vida;
 que pienso que sin ti fuera perdida.
 ¿Qué quieres desta casa?
- PERIBÁÑEZ. Señor mío,
 yo soy, ya lo sabrás, recién casado.
 Los hombres, y de bien, cual lo profeso,
 hacemos, aunque pobres, el oficio
 que hicieran los galanes de palacio,
 Mi mujer me ha pedido que la lleve
 a la fiesta de agosto, que en Toledo
 es, como sabes, de su santa iglesia
 celebrada, de suerte que convoca
 a todo el reino. Van también sus primas.
 Yo, señor, tengo en casa pobres sargas,
 no franceses tapices de oro y seda,
 no reposteros con doradas armas,
 ni coronados de blasón y plumas
 los timbres generosos; así, vengo

a que se digne vuestra señoría
de prestarme un alhombra y repostero
para adornar el carro; y le suplico
que mi ignorancia su grandeza abone
y como enamorado me perdone.

COMENDADOR. ¿Estás contento, Peribáñez?

PERIBÁÑEZ.

Tanto

que no trocara a este sayal grosero
la encomienda mayor que el pecho cruza
de vuestra señoría, porque tengo
mujer honrada, y no de mala cara,
buena cristiana, humilde, y que me quie-
no sé si tanto como yo la quiero, [re,
pero con más amor que mujer tuvo.

COMENDADOR. Tenéis razón de amar a quien os ama
por ley divina y por humanas leyes;
que a vos eso os agrada como vuestro.
¡Hola! Dale el alfombra mequinez,
con ocho reposteros de mis armas;
y pues hay ocasión para pagarle
el buen acogimiento de su casa,
adonde hallé la vida, las dos mulas
que compré para el coche de camino;
y a su esposa llevad las arracadas,
si el platero las tiene ya acabadas.

PERIBÁÑEZ.

Aunque bese la tierra, señor mío,
en tu nombre mil veces, no te pago
una mínima parte de las muchas
que debo a las mercedes que me haces.
Mi esposa y yo, hasta aquí vasallos tuyos,
desde hoy somos esclavos de tu casa.

COMENDADOR. Ve, Leonardo, con él.

LEONARDO.

Vente conmigo.

(Vanse Leonardo y Peribáñez)

ESCENA XVIII

EL COMENDADOR, LUJÁN.

COMENDADOR. Luján, ¿qué te parece?

LUJÁN. Que se viene

la ventura a tu casa.

COMENDADOR.. Escucha aparte:

el alazán al punto me adereza;
que quiero ir a Toledo rebozado,
porque me lleva el alma esta villana.

LUJÁN. ¿Seguirla quieres?

COMENDADOR. Sí, pues me persigue,
por que este ardor con verla se mitigue.*(Vanse)*

ESCENA XIX

Entrada a la catedral de Toledo.

EL REY DON ENRIQUE III, EL COÑDESTABLE.

*Acompañamiento.*CONDESTABLE. Alegre está la ciudad,
y a servirle apercebida,
con la dichosa venida
de tu sacra majestad.
Auméntales el placer
ser víspera de tal día.REY. El deseo que tenía
me pueden agradecer.
Soy de su rara hermosura
el mayor apasionado.

CONDESTABLE. Ella en amor y en cuidado

notablemente procura
mostrar agradecimiento.
Es otava maravilla,
es corona de Castilla,
es su lustre y ornamento;
es cabeza, Condestable,
de quien los miembros reciben
vida, con que alegres viven;
es a la vista admirable.
Como Roma, está sentada
sobre un monte que ha vencido
los siete por quien ha sido
tantos siglos celebrada.
Salgo de su santa iglesia
con admiración y amor.

CONDESTABLE. Este milagro, señor,
vence al antiguo de Efesia.
¿Piensas hallarte mañana
en la procesión?

REY. Iré,
para ejemplo de mi fe,
con la Imagen soberana;
que la querría obligar
a que rogase por mí
en esta jornada.

ESCENA XX

UN PAJE; *y después*, DOS REGIDORES DE
TOLEDO. — DICHOS.

PAJE. Aquí
tus pies vienen a besar
dos regidores, de parte
de su noble ayuntamiento.

REY. Di que lleguen.

(*Avisa el paje y llegan los dos regidores.*)

UN REGIDOR.

Esos pies
besa, gran señor, Toledo,
y dice que para darte
respuesta con breve acuerdo
a lo que pides, y es justo,
de la gente y el dinero,
juntó sus nobles, y todos,
de común consentimiento,
para la jornada ofrecen
mil hombres de todo el reino
y cuarenta mil ducados.

REY.

Mucho a Toledo agradezco
el servicio que me hace;
pero es Toledo en efeto.
¿Sois caballeros los dos?

REGIDOR.

Los dos somos caballeros.

REY.

Pues hablad al Condestable
mañana, por que Toledo
vea que en vosotros pago
lo que a su nobleza debo.

ESCENA XXI

INÉS, CASILDA Y COSTANZA, *con sombreros de borlas, y vestidas de labradoras a uso de la Sagra*; PERIBÁÑEZ;
detrás, EL COMENDADOR, *embozado*.

INÉS.

Pardiez, que tengo de verle,
pues hemos venido a tiempo
que está el Rey en la ciudad.

COSTANZA.

¡Oh, qué gallardo mancebo!

INÉS.

Éste llaman don Enrique
Tercero.

CASILDA.

¡Qué buen tercero!

PERIBÁÑEZ.

Es hijo del rey don Juan

el Primero, y así, es nieto
del Segundo don Enrique,
el que mató al rey don Pedro,
que fué Guzmán por la madre
y valiente caballero;
aunque más lo fué el hermano;
pero cayendo en el suelo,
volviósele la fortuna,
que, los brazos desasiendo
a Enrique, le dió la daga,
que ahora se ha vuelto cetro.
¿Quién es aquel tan erguido
que habla con él?

INÉS.

PERIBÁÑEZ.

Quando menos
el Condestable.

CASILDA.

¿Qué, son
los reyes de carne y hueso?

COSTANZA.

Pues ¿de qué pensabas tú?

CASILDA.

De damasco o terciopelo.

COSTANZA.

Sí que eres boba en verdad.

COMENDADOR.

(*Aparte.*) Como sombra voy siguiendo
el sol de aquesta villana,
y con tanto atrevimiento,
que de la gente del Rey
el ser conocido temo.

Pero ya se va al alcázar.

INÉS.

¡Hola! El Rey se va.

COSTANZA.

Tan presto,
que aun no he podido saber
si es barbirrubio o takeño.

INÉS.

Los reyes son a la vista,
Costanza, por el respeto,
imágenes de milagros;
porque, siempre que los vemos,
de otro color nos parecen.

(*Vanse el Rey, el Condestable y el acompañamiento!*)

ESCENA XXII

LUJÁN, UN PINTOR. — PERIBÁÑEZ, CASILDA,
INÉS, COSTANZA, EL COMENDADOR.

- LUJÁN. Aquí está.
- PINTOR. ¿Cuál dellas?
- LUJÁN. *(Al pintor.)* Quedo.
Señor, aquí está el pintor.
- COMENDADOR. ¡Oh, amigo!
- PINTOR. A servirte vengo.
- COMENDADOR. ¿Traes el naipe y colores?
- PINTOR. Sabiendo tu pensamiento,
colores y naipe traigo.
- COMENDADOR. Pues con notable secreto,
de aquellas tres labradoras
me retrata la de en medio,
luego que en cualquier lugar
tomen con espacio asiento.
- PINTOR. Que será dificultoso
temo; pero yo me atrevo
a que se parezca mucho.
- COMENDADOR. Pues advierte lo que quiero.
Si se parece en el naipe,
desde retrato pequeño
quiero que hagas uno grande
con más espacio en un lienzo.
- PINTOR. ¿Quiéresle entero?
- COMENDADOR.. No tanto;
basta que de medio cuerpo,
mas con las mismas patenas,
sartas, camisa y sayuelo.
- LUJÁN. Allí se sientan a ver
la gente.
- PINTOR. Ocasión tenemos.
Yo haré el retrato.

- PERIBÁÑEZ. Casilda,
tomemos aqueste asiento
para ver las luminarias.
- INÉS. Dicen que al ayuntamiento
traerán bueyes esta noche.
- CASILDA. Vamos: que aquí los veremos
sin peligro y sin estorbo.
- COMENDADOR. Retrata, pintor, al cielo,
todo bordado de nubes,
y retrata un prado ameno
todo cubierto de flores.
- PINTOR. Cierto que es bella en extremo.
- LUJÁN. Tan bella, que está mi amo
todo cubierto de vello,
de convertido en salvaje.
- PINTOR. La luz faltará muy presto.
- COMENDADOR. No lo temas; que otro sol
tiene en sus ojos serenos,
siendo estrellas para ti,
para mí rayos de fuego.

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

IN TWO VOLUMES

THE SECOND

VOLUME

CONTAINING

THE HISTORY OF

THE

PARLIAMENTS

AND

THE

PROCEEDINGS

OF

THE

PARLIAMENTS

AND

THE

PROCEEDINGS

OF

THE

PARLIAMENTS

AND

THE

PROCEEDINGS

OF

THE

PARLIAMENTS

AND

THE

PROCEEDINGS

OF

THE

PARLIAMENTS

AND

THE

1649

1650

1651

1652

1653

1654

1655

1656

1657

1658

1659

1660

1661

1662

1663

1664

1665

1666

1667

1668

1669

1670

1671

1672

1673

1674

1675

1676

1677

1678

1679

1680

1681

1682

1683

1684

1685

ESCENA PRIMERA

Sala de juntas de una cofradía, en Ocaña.

BLAS, GIL, ANTONIO, BENITO.

- BENITO. Yo soy deste parecer.
GIL. Pues sentaos y escribildo.
ANTÓN. Mal hacemos en hacer
entre tan pocos cabildo.
BENITO. Ya se llamó desde ayer.
BLAS. Mil faltas se han conocido
en esta fiesta pasada.
GIL. Puesto, señores, que ha sido
la procesión tan honrada
y el Santo tan bien servido,
debemos considerar
que parece mal faltar
en tan noble cofradía
lo que ahora se podría
fácilmente remediar.
Y cierto que, pues que toca
a todos un mal que daña
generalmente, que es poca
devoción de toda Ocaña,
y a toda España provoca,
de nuestro santo patrón,
Roque, vemos cada día
aumentar la devoción
una y otra cofradía,
una y otra procesión

en el reino de Toledo.
Pues, ¿por qué tenemos miedo
a ningún gasto?

BENITO.

No ha sido
sino descuido y olvido.

ESCENA II

PERIBÁÑEZ. — DICHOS.

PERIBÁÑEZ. Si en algo serviros puedo,
veisme aquí, si ya no es tarde.

BLAS. Peribáñez, Dios os guarde;
gran falta nos habéis hecho.

PERIBÁÑEZ. El no seros de provecho
me tiene siempre cobarde.

BENITO. Toma asiento junto a mí.

GIL. ¿Dónde has estado?

PERIBÁÑEZ. En Toledo;
que a ver con mi esposa fuí
la fiesta.

ANTÓN. ¿Gran cosa?

PERIBÁÑEZ. Puedo
decir, señores, que vi
un cielo en ver en el suelo
su santa iglesia, y la imagen
que ser más bella recelo,
si no es que a pintarla bajen
los escultores del cielo;
porque quien la verdadera
no haya visto en la alta esfera
del trono en que está sentada,
no podrá igualar en nada
lo que Toledo venera.
Hízose la procesión
con aquella majestad

que suelen, y que es razón,
añadiendo autoridad
el Rey en esta ocasión.
Pasaba al Andalucía
para proseguir la guerra.

GIL.

Mucho nuestra cofradía
sin vos en mil cosas yerra.

PERIBÁÑEZ.

Pensé venir otro día
y hallarme a la procesión
de nuestro Roque divino;
pero fué vana intención,
porque mi Casilda vino
con tan devota intención,
que hasta que pasó la octava
no pude hacella venir.

GIL.

¿Que allá el señor Rey estaba?

PERIBÁÑEZ.

Y el maestre, oí decir,
de Alcántara y Calatrava.
¡Brava jornada aperciben!
No ha de quedar moro en pie
de cuantos beben y viven
el Betis, aunque bien sé
del modo que los reciben.
Pero, esto aparte dejando,
¿de qué estábades tratando?

BENITO.

De la nuestra cofradía
de San Roque, y, a fe mía,
que el ver que has llegado cuando
mayordomo están haciendo,
me ha dado, Pedro, a pensar
que vienes a serlo.

ANTÓN.

En viendo
a Peribáñez entrar,
lo mismo estaba diciendo.

BLAS.

¿Quién lo ha de contradecir?

GIL.

Por mí digo que lo sea,
y en la fiesta por venir
se ponga cuidado, y vea

- lo que es menester pedir.
 PERIBÁÑEZ. Aunque por recién casado
 replicar fuera razón,
 puesto que me habéis honrado,
 agravio mi devoción,
 huyendo el rostro al cuidado.
 Y por servir a San Roque,
 la mayordomía aceto
 para que más me provoque
 a su servicio.
- ANTÓN. En efeto,
 haréis mejor lo que toque.
- PERIBÁÑEZ. ¿Qué es lo que falta de hacer?
 BENITO. Yo quisiera proponer
 que otro San Roque se hiciese
 más grande, por que tuviese
 más vista.
- PERIBÁÑEZ. Buen parecer,
 ¿Qué dice Gil?
- GIL. Que es razón;
 que es viejo y chico el que tiene
 la cofradía.
- PERIBÁÑEZ. ¿Y Antón?
 ANTÓN. Que hacerle grande conviene,
 y que ponga devoción.
 Está todo desollado
 el perro, y el panecillo
 más de la mitad quitado,
 y el *santo*, quiero decillo,
 todo abierto por un lado,
 y a los dos dedos, que son
 con que da la bendición,
 falta más de la mitad.
- PERIBÁÑEZ. Blas, ¿qué diz?
 BLAS. Que a la ciudad
 vayan hoy Pedro y Antón,
 y hagan aderezar
 el viejo a algún pintor,

porque no es justo gastar
ni hacerle agora mayor,
pudiéndole renovar.

PERIBÁÑEZ. Blas dice bien, pues está
tan pobre la cofradía;
mas ¿cómo se llevará?

ANTÓN. En vuesa pollina o mía
sin daño y golpes irá,
de una sábana cubierto.

PERIBÁÑEZ. Pues esto baste por hoy,
si he de ir a Toledo.

BLAS. Advierto
que este parecer que doy
no lleva engaño encubierto;
que, si se ofrece gastar,
cuando Roque se volviera
San Cristóbal, sabré dar
mi parte.

GIL. Cuando eso fuera
¿quién se pudiera excusar?

PERIBÁÑEZ. Pues vamos, Antón; que quiero
despedirme de mi esposa.

ANTÓN. Yo con la imagen te espero.

PERIBÁÑEZ. Llamará Casilda hermosa
este mi amor lisonjero;
que aunque disculpado quedo
con que el cabildo me ruega,
pienso que enojarla puedo,
pues en tiempo de la siega
me voy de Ocaña a Toledo.

(Vanse.)

ESCENA III

Sala en casa del Comendador

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMENDADOR. Cuéntame el suceso todo.
LEONARDO. Si de algún provecho es
haber conquistado a Inés,
pasa, señor, deste modo.
Vino a Ocaña de Toledo
Inés con tu labradora,
como de su sol aurora,
más blanda y menos extraña.
Pasé su calle las veces
que pude, aunque con recato,
porque en gente de aquel trato
hay maliciosos jüeces.
Al baile salió una fiesta,
ocasión de hablarla hallé;
habléla de amor, y fué
la vergüenza la respuesta.
Pero saliendo otro día
a las eras, pude hablalla
y en el camino contalla,
la fingida pena mía.
Ya entonces más libremente
mis palabras escuchó
y pagarme prometió
mi afición honestamente;
porque yo le di a entender
que ser mi esposa podría,
aunque ella mucho temía
lo que era razón temer.
Pero asegúrela yo
que tú, si era su contento,
harías el casamiento,

y de otra manera no.
Con esto está de manera,
que si a Casilda ha de haber
puerta, por aquí ha de ser;
que es prima y es bachillera.

COMENDADOR. ¡Ay, Leonardo! ¡Si mi suerte
al imposible inhumano
de aqueste desdén villano,
roca del mar siempre fuerte,
hallase fácil camino!

LEONARDO. ¿Tan ingrata te responde?

COMENDADOR. Seguila, ya sabes dónde,
sombra de su sol divino;
y en viendo que me quitaba
el rebozo, era de suerte,
que, como de ver la muerte,
de mi rostro se espantaba.
Ya le salían colores
al rostro, ya se teñía
de blanca nieve, y hacía
su furia y desdén mayores.
Con efetos desiguales,
yo con los humildes ojos
mostraba que sus enojos
me daban golpes mortales.
En todo me parecía
que aumentaba su hermosura,
y atrevióse mi locura,
Leonardo, a llamar un día
un pintor, que retrató
en un naipe su desdén.

LEONARDO. Y ¿parecióse?

COMENDADOR. Tan bien,
que después me le pasó
a un lienzo grande, que quiero
tener donde siempre esté
a mis ojos, y me dé
más favor que el verdadero.



- Pienso que estará acabado;
tú irás por él a Toledo;
pues con el vivo no puedo,
viviré con el pintado.
- LEONARDO. Iré a servirte, aunque siento
que te aflijas por mujer
que la tardas en vencer
lo que ella en saber tu intento.
Déjame hablar con Inés,
que verás lo que sucede.
- COMENDADOR. Si ella lo que dices puede,
no tiene el mundo interés...

ESCENA IV

LUJÁN, *de segador*. — DICHOS.

- LUJÁN. ¿Estás solo?
- COMENDADOR. ¡Oh buen Luján!
Sólo está Leonardo aquí.
- LUJÁN. ¡Albricias, señor!
- COMENDADOR. Si a ti
deseos no te las dan,
hacienda tengo en Ocaña.
- LUJÁN. En forma de segador,
a Peribáñez, señor
(tanto la apariencia engaña),
pedí jornal en su trigo,
y, desconocido, estoy
en su casa desde hoy.
- COMENDADOR. ¡Quién fuera, Luján, contigo!
- LUJÁN. Mañana al salir la aurora
hemos de ir los segadores
al campo; mas tus amores
tienen gran remedio agora,
que Peribáñez es ido

a Toledo, y te ha dejado
esta noche a mi cuidado;
porque, en estando dormido
el escuadrón de la siega
alrededor del portal,
en sintiendo que al umbral
tu seña o tu planta llega,
abra la puerta y te adiestre
por donde vayas a ver
esta invencible mujer.

COMENDADOR. ¿Cómo quieres que te muestre
debido agradecimiento,
Luján, de tanto favor?

LEONARDO. Es el tesoro mayor
del alma el entendimiento.

COMENDADOR. ¡Por qué camino tan llano
has dado a mi mal remedio!
Pues no estando de por medio
aquel celoso villano,
y abriéndome tú la puerta
al dormir los segadores,
queda en mis locos amores
la de mi esperanza abierta.
¡Brava ventura he tenido,
no sólo en que se partiese,
pero de que no te hubiese
por el disfraz conocido!
¿Has mirado bien la casa?

LUJÁN. Y ¡cómo si la miré!
Hasta el aposento entré
del sol que tu pecho abrasa.

COMENDADOR. ¿Que has entrado a su aposento?
¿Que de tan divino sol
fuiste Faetón español?
¡Espantoso atrevimiento!

LUJÁN. ¿Qué hacía aquel ángel bello?
Labor en un limpio estrado,
no de seda ni brocado,

aunque pudiera tenello,
 mas de azul guardamecí,
 con unos vivos dorados,
 que, en vez de borlas, cortados
 por las cuatro esquinas vi.
 Y como en toda Castilla
 dicen del agosto ya
 que el frío en el rostro da,
 y ha llovido en vuestra villa,
 o por verse caballeros
 antes del invierno frío,
 sus paredes, señor mío,
 sustentan tus reposteros.
 Tanto, que dije entre mí,
 viendo tus armas honradas:
 "rendidas, que no colgadas,
 pues amor lo quiere así."

COMENDADOR. Antes ellas te advirtieron
 de que en aquella ocasión
 tomaban la posesión
 de la conquista que hicieron;
 porque donde están colgadas,
 lejos están de rendidas.
 Pero, cuando fueran vidas,
 las doy por bien empleadas.
 Vuelve, no te vean aquí;
 que, mientras me voy a armar,
 querrá la noche llegar
 para dolerse de mí.

LUJÁN.

¿Ha de ir Leonardo contigo?

COMENDADOR. Paréceme discreción;
 porque en cualquier ocasión
 es bueno al lado un amigo.

(Vanse.)

ESCENA V

Portal de casa de Peribáñez

CASILDA, INÉS.

- CASILDA. Conmigo te has de quedar
esta noche, por tu vida.
- INÉS. Licencia es razón que pida.
Desto no te has de agraviar;
que son padres en efeto.
- CASILDA. Enviaréles un recado,
por que no estén con cuidado.
Que ya es tarde te prometo
- INÉS. Trázalo como te dé
más gusto, prima querida.
- CASILDA. No me habrás hecho en tu vida
mayor placer, a la fe.
Esto debes a mi amor.
- INÉS. Estás, Casilda, enseñada
a dormir acompañada:
no hay duda, tendrás temor.
Y yo mal podré suplir
la falta de tu velado;
que es mozo, a la fe, chapado,
y para hacer y decir.
Yo, si hubiese algún rüido,
cuéntame por desmayada.
Tiemblo una espada envainada;
desnuda, pierdo el sentido.
- CASILDA. No hay en casa qué temer;
que duermen en el portal
los segadores.
- INÉS. Tu mal
soledad debe de ser,

ESCENA VII

BARTOLO, CHAPARRO. — LLORENTE, MENDO.

- LLORENTE. Muesama acude a la puerta.
Andará dándonos prisa,
por no estar aquí su dueño.
- BARTOLO. Al alba he de haber segado
todo el repecho del prado.
- CHAPARRO. Si diere licencia el sueño.
Buenas noches os dé Dios,
Mendo y Llorente.
- MENDO. El sosiego
no será mucho, si luego
habemos de andar los dos
con las hoces a destajo,
aquí manada, aquí corte.
- CHAPARRO. Pardiez, Mendo, cuando importe,
bien luce el justo trabajo.
Sentaos, y antes de dormir,
o cantemos o contemos
algo de nuevo, y podremos
en esto nos divertir.
- BARTOLO. ¿Tan dormido estáis, Llorente?
- LLORENTE. Pardiez, Bartol, que quisiera
que en un año amaneciera
cuatro veces solamente.

ESCENA VIII

HELIPE, LUJÁN, *de segador*. — DICHOS.

- HELIPE. ¿Hay para todos lugar?
- MENDO. ¡Oh, Helipe! Bien venido.
- LUJÁN. Y yo, si lugar os pido,
¿podréle por dicha hallar?

- CHAPARRO. No faltará para vos.
Aconchaos junto a la puerta.
- BARTOLO. Cantar algo se concierto.
- CHAPARRO. Y aun contar algo, por Dios.
- LUJÁN. Quien supiere un lindo cuento,
póngale luego en el corro.
- CHAPARRO. De mi capote me ahorro,
y para escuchar me asiento.
- LUJÁN. Va primero de canción,
y luego diré una historia
que me viene a la memoria.
- MENDO. Cantad.
- LLORENTE. Ya comienzo el són.
(Cantan con guitarras.)

Trébole ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada,
que a su esposo quiere bien;
de la doncella también,
entre paredes guardada,
que fácilmente engañada,
sigue su primer amor.
Trébole ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la soltera,
que tantos amores muda;
trébole de la viüda,
que otra vez casarse espera,
tocas blancas por defuera
y el faldellín de color.
Trébole ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole ¡ay Jesús, qué olor!

- LUJÁN. Parece que se han dormido.
No tenéis ya que cantar.
- LLORENTE. Yo me quiero recostar,
aunque no en trébol florido.
- LUJÁN. *(Aparte.)* ¿Qué me detengo? Ya están
los segadores durmiendo.
Noche, este amor te encomiendo:
prisa los silbos me dan.
La puerta le quiero abrir. *(Abre.)*

ESCENA IX

EL COMENDADOR Y LEONARDO, *embozados*. — LUJÁN;
LLORENTE, MENDO, CHAPARRO, BARTOLO Y HELIPE,
dormidos.

LUJÁN. ¿Eres tú, señor?

COMENDADOR. Yo soy.

LUJÁN. Entra presto.

COMENDADOR. Dentro estoy.

LUJÁN. Ya comienzan a dormir.
Seguro por ellos pasa;
que un carro puede pasar
sin que puedan despertar.

COMENDADOR. Luján, yo no sé la casa.

Al aposento me guía.

LUJÁN. Quédese Leonardo aquí.

LEONARDO. Que me place.

LUJÁN. Ven tras mí.

COMENDADOR. ¡Oh amor! ¡Oh fortuna mía!

Dame próspero suceso.

(*Éntranse el Comendador y Luján; Leonardo se queda
detrás de una puerta.*)

ESCENA X

LLORENTE, MENDO, CHAPARRO, BARTOLO, HELIPE;
LEONARDO, *oculto*.

LLORENTE. ¡Hola, Mendo!

MENDO. ¿Qué hay, Llorente?

LLORENTE. En casa anda gente.

MENDO. ¿Gente?

Que lo temí te confieso.

- ¿Así se guarda el decoro
a Peribáñez?
- LLORENTE. No sé.
Sé que no es gente de a pie.
- MENDO. ¿Cómo?
- LLORENTE. Trae capa con oro.
- MENDO. ¿Con oro? Mátenme aquí
si no es el Comendador.
- LLORENTE. Demos voces.
- MENDO. ¿No es mejor
callar?
- LLORENTE. Sospecho que sí.
Pero ¿de qué sabes que es
el Comendador?
- MENDO. No hubiera
en Ocaña quien pusiera
tan atrevidos los pies,
ni aun el pensamiento, aquí.
- LLORENTE. Esto es casar con mujer
hermosa.
- MENDO. ¿No puede ser
que ella esté sin culpa?
- LLORENTE. Sí.
Ya vuelven. Hazte dormido.

ESCENA XI

EL COMENDADOR y LUJÁN, *embozados*. — DICHOS.

- COMENDADOR. (*En voz baja.*) ¡Ce! ¡Leonardo!
- LEONARDO. ¿Qué hay, señor?
- COMENDADOR. Perdí la ocasión mejor
que pudiera haber tenido.
- LEONARDO. ¿Cómo?
- COMENDADOR. Ha cerrado, y muy bien,
el aposento esta fiera.

- LEONARDO. Llama.
COMENDADOR. ¡Si gente no hubiera!...
Mas despertarán también.
LEONARDO. No harán, que son segadores;
y el vino y cansancio son
candados de la razón
y sentidos exteriores.
Pero escucha: que han abierto
la ventana del portal.
COMENDADOR. Todo me sucede mal.
LEONARDO. ¿Si es ella?
COMENDADOR. Tenlo por cierto.

ESCENA XII

CASILDA, *con un rebozo, asomándose a una ventana que da al portal.* — DICHOS.

- CASILDA. ¿Es hora de madrugar,
amigos?
COMENDADOR. Señora mía,
ya se va acercando el día,
y es tiempo de ir a segar.
Demás, que saliendo vos,
sale el sol, y es tarde ya.
Lástima a todos nos da
de veros sola, por Dios.
No os quiere bien vuestro esposo,
pues a Toledo se fué
y os deja una noche. A fe
que si fuera tan dichoso
el Comendador de Ocaña
(que sé yo que os quiere bien,
aunque le mostréis desdén
y sois con él tan extraña),
que no os dejara, aunque el Rey

CASILDA.

por sus cartas le llamara;
que dejar sola esa cara
nunca fué de amantes ley.
Labrador de lejas tierras,
que has venido a nuesa villa,
convidado del agosto,
¿quién te dió tanta malicia?
Ponte tu tosca antiparra,
del hombro el gabán derriba,
la hoz menuda en el cuello,
los dediles en la cinta.
Madruga al salir del alba,
mira que te llama el día,
ata las manadas secas
sin maltratar las espigas.
Cuando salgan las estrellas
a tu descanso camina,
y no te metas en cosas
de que algún mal se te siga.
El Comendador de Ocaña
servirá dama de estima,
no con sayuelo de grana
ni con saya de palmilla.
Copete traerá rizado,
gorguera de holanda fina,
no cofia de pinos tosca
y toca de argentería.
En coche o silla de seda
los disantos irá a misa;
no vendrá en carro de estacas
de los campos a las viñas.
Dirále en cartas discretas
requiebros a maravilla,
no labradores desdenes,
envueltos en señorías.
Olerále a guantes de ámbar,
a perfumes y pastillas;
no a tomillo ni cantueso,

poleo y zarzas floridas.
Y cuando el Comendador
me amase como a su vida
y se diesen virtud y honra
por amorosas mentiras,
más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla
que al Comendador de Ocaña
con la suya guarnecida.
Mas precio verle venir
en su yegua la tordilla,
la barba llena de escarcha
y de nieve la camisa,
la ballesta atravesada,
y del arzón de la silla
dos perdices o conejos,
y el podenco de traílla,
que ver al Comendador
con gorra de seda rica,
y cubiertos de diamantes
los brahones y capilla;
que más devoción me causa
la cruz de piedra en la ermita
que la roja de Santiago
en su bordada ropilla.
Vete, pues, el segador,
mala fuese la tu dicha;
que si Peribáñez viene,
no verás la luz del día.

COMENDADOR. Quedo, señora... ¡Señora!...
Casilda, amores, Casilda,
yo soy el Comendador;
abridme, por vuestra vida.
Mirad que tengo que daros
dos sartas de perlas finas
y una cadena esmaltada
de más peso que la mía.
CASILDA. Segadores de mi casa,

no durmáis; que con su risa
os está llamando el alba.
Ea, relinchos y grita;
que al que a la tarde viniere
con más manadas cogidas,
le mando el sombrero grande
con que va Pedro a las viñas. (*Éntrase.*)

MENDO.

Llorente, muesa ama llama.

LUJÁN.

(*Aparte a su amo.*) Huye, señor, huye
que te ha de ver esta gente. [aprisa;

COMENDADOR.

(*Aparte.*) ¡Ah, cruel sierpe de Libia!
Pues aunque gaste mi hacienda,
mi honor, mi sangre y mi vida,
he de rendir tus desdenes,
tengo de vencer tus iras.

(*Vanse el Comendador, Luján y Leonardo.*)

BARTOLO.

Yérquete cedo, Chaparro,
que viene a gran prisa el día.

CHAPARRO.

Ea, Helipe; que es muy tarde.

HELIPE.

Pardiez, Bartol, que se miran
todos los montes bañados
de blanca luz por encima.

LLORENTE.

Seguidme todos, amigos,
porque muesama no diga
que porque muesamo falta
andan las hoces baldías.

(*Vanse.*)

ESCENA XIII

Sala en casa de un pintor, en Toledo.

PERIBÁÑEZ, ANTÓN, EL PINTOR.

PERIBÁÑEZ.

Entre las tablas que vi
de devoción o retratos,
adonde menos ingratos

los pinceles conocí,
una he visto que me agrada,
o porque tiene primor,
o porque soy labrador
y lo es también la pintada.
Y pues ya se concertó
el aderezo del santo,
reciba yo favor tanto,
que vuelva a mirarla yo.

PINTOR. Vos tenéis mucha razón;
que es bella la labradora.

PERIBÁÑEZ. Quitadla del clavo ahora,
que quiero enseñarla a Antón.

ANTÓN. Ya la vi; mas si queréis,
también holgaré de vella.

PERIBÁÑEZ. Id, por mi vida, por ella.

PINTOR. Yo voy.

PERIBÁÑEZ. Un ángel veréis.

(Vase el pintor.)

ESCENA XIV

PERIBÁÑEZ, ANTÓN.

ANTÓN. Bien sé yo por qué miráis
la villana con cuidado.

PERIBÁÑEZ. Sólo el traje me le ha dado;
que en el gusto, os engañáis.

ANTÓN. Pienso que os ha parecido
que parece a vuestra esposa.

PERIBÁÑEZ. ¿Es Casilda tan hermosa?

ANTÓN. Pedro, vos sois su marido:
a vos os está más bien
alaballa, que no a mí.

ESCENA XV

EL PINTOR, con un retrato grande de Casilda.—DICHOS.

- PINTOR. La labradora está aquí.
 PERIBÁÑEZ. (*Aparte.*) Y mi deshonra también.
 PINTOR. ¿Qué os parece?
 PERIBÁÑEZ. Que es notable.
 ¿No os agrada Antón?
 ANTÓN. Es cosa
 a vuestros ojos hermosa
 y a los del mundo admirable.
 PERIBÁÑEZ. Id, Antón, a la posada,
 y ensillad mientras que voy.
 ANTÓN. (*Aparte.*) (Puesto que inorante soy,
 Casilda es la retratada
 y el pobre de Pedro está
 abrasándose de celos).
 Adiós. (*Vase.*)
 PERIBÁÑEZ. No han hecho los cielos
 cosa, señor, como ésta.
 ¡Bellos ojos!, ¡linda boca!
 ¿De dónde es esta mujer?
 PINTOR. No acertarla a conocer
 a imaginar me provoca
 que no está bien retratada,
 porque donde vos nació.
 PERIBÁÑEZ. ¿En Ocaña?
 PINTOR. Sí.
 PERIBÁÑEZ. Pues yo
 conozco una desposada
 a quien algo se parece.
 PINTOR. Yo no sé quién es; mas sé
 que a hurto la retraté,
 no como agora se ofrece,

mas en un naípe. De allí
a este lienzo la he pasado.
PERIBÁÑEZ. Ya sé quién la ha retratado.
Si acierto, ¿diréislo?

PINTOR. Sí.

PERIBÁÑEZ. El Comendador de Ocaña.

PINTOR. Por saber que ella no sabe
el amor de hombre tan grave,
que es de lo mejor de España,
me atrevo a decir que es él.

PERIBÁÑEZ. Luego, ¿ella no es sabidora?

PINTOR. Como vos antes de agora;
antes, por ser tan fiel,
tanto trabajo costó
el poderla retratar.

PERIBÁÑEZ. ¿Queréismela a mí fiar
y llevarésla yo?

PINTOR. No me han pagado el dinero.

PERIBÁÑEZ. Yo os daré todo el valor.

PINTOR. Temo que el Comendador
se enoje, y mañana espero
un lacayo suyo aquí.

PERIBÁÑEZ. Pues ¿sábelo ese lacayo?

PINTOR. Anda veloz como un rayo
por rendirla.

PERIBÁÑEZ. Ayer le vi
y le quise conocer.

PINTOR. ¿Mandáis otra cosa?

PERIBÁÑEZ. En tanto
que nos reparáis el santo,
tengo que venir a ver
mil veces este retrato.

PINTOR. Como fuéredes servido.

Adiós.

(Vase.)

ESCENA XVI

PERIBÁÑEZ.

¿Qué he visto y oído,
cielo airado, tiempo ingrato?
Mas si deste falso trato
no es cómplice mi mujer,
¿cómo doy a conocer
mi pensamiento ofendido?
Porque celos de marido
no se han de dar a entender.
Basta que el Comendador
a mi mujer solicita;
basta que el honor me quita,
debiéndome dar honor.
Soy vasallo, es mi señor,
vivo en su amparo y defensa;
si en quitarme el honor piensa,
quitaréle yo la vida;
que la ofensa acometida
ya tiene fuerza de ofensa.
Erré en casarme, pensando
que era una hermosa mujer
toda la vida un placer
que estaba el alma pasando;
pues no imaginé que cuando
la riqueza poderosa
me la mirara envidiosa
la codiciara también.
¡Mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!
Don Fadrique me retrata
a mi mujer: luego ya
haciendo dibujo está
contra el honor, que me mata.
Si pintada me maltrata
la honra, es cosa forzosa
que venga a estar peligrosa

la verdadera también:
 ¡mal haya el humilde, amén,
 que busca mujer hermosa!
 Mal lo miró mi humildad
 en buscar tanta hermosura;
 mas la virtud asegura
 la mayor dificultad.
 Retirarme a mi heredad
 es dar puerta vergonzosa
 a quien cuanto escucha glosa
 y trueca en mal todo el bien...
 ¡Mal haya el humilde, amén,
 que busca mujer hermosa!
 Pues también salir de Ocaña
 es el mismo inconveniente,
 y mi hacienda no consiente
 que viva por tierra extraña.
 Cuanto me ayuda me daña;
 pero hablaré con mi esposa,
 aunque es ocasión odiosa
 pedirle celos también.
 ¡Mal haya el humilde, amén,
 que busca mujer hermosa!

(Vase.)

ESCENA XVII

Sala en casa del Comendador.

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMENDADOR. Por esta carta, como digo, manda
 Su Majestad, Leonardo, que le envíe
 de Ocaña y de su tierra alguna gente.

LEONARDO. Y ¿qué piensas hacer?

COMENDADOR. Que se echen bandos
 y que se alistén de valientes mozos
 hasta doscientos hombres, repartidos
 en dos lucidas compañías, ciento

- de gente labradora, y ciento hidalgos.
 LEONARDO. Y ¿no será mejor hidalgos todos?
 COMENDADOR. No caminas al paso de mi intento,
 y así, vas lejos de mi pensamiento.
 Destos cien labradores hacer quiero
 cabeza y capitán a Peribáñez
 y con esta invención tenelle ausente.
 LEONARDO. ¡Extrañas cosas piensan los amantes!
 COMENDADOR. Amor es guerra, y cuanto piensa arduos.
 ¿Si habrá venido ya?
 LEONARDO. Luján me dijo
 que a comer le esperaban, y que estaba
 Casilda llena de congoja y miedo.
 Supe después de Inés que no diría
 cosa de lo pasado aquella noche,
 y que, de acuerdo de las dos, pensaba
 disimular, por no causarle pena,
 o que viéndolo triste y afligido,
 no se atreviese a declarar su pecho
 lo que después para servirte haría.
 COMENDADOR. ¡Rigurosa mujer! ¡Maldiga el cielo
 el punto en que caí, pues no he podido
 desde entonces, Leonardo, levantarme
 de los umbrales de su puerta!
 LEONARDO. Calla;
 que más fuerte era Troya, y la conquista
 derribó sus murallas por el suelo.
 Son estas labradoras encogidas,
 y por hallarse indignas, las más veces
 niegan, señor, lo mismo que desean.
 Ausenta a su marido honradamente;
 que tú verás el fin de tu deseo.
 COMENDADOR. Quiéralo mi ventura; que te juro
 que, habiendo sido en tantas ocasiones
 tan animoso, como sabe el mundo,
 en ésta voy con un temor notable.
 LEONARDO. Bueno será saber si Pedro viene.
 COMENDADOR. Parte, Leonardo, y de tu Inés te informa

sin que pases la calle ni levantes
 los ojos a ventana o puerta suya.
 LEONARDO. Exceso es ya tan gran desconfianza,
 porque ninguno amó sin esperanza.
 (Vase.)

ESCENA XVIII

COMENDADOR. Cuentan de un rey que a un árbol adoraba
 y que un mancebo a un mármol asistía,
 a quien, sin dividirse noche y día,
 sus amores y quejas le contaba;
 pero el que un tronco y una piedra ama-
 [ba
 más esperanza de su bien tenía,
 pues en fin acercársele podía
 y a hurto de la gente le abrazaba.
 ¡Miserero yo, que adoro, en otro muro
 colgada, aquella ingrata y verde hiedra,
 cuya dureza enternecer procuro!
 Tal es el fin que mi esperanza medra;
 mas, pues que de morir estoy seguro,
 ¡plega al amor que te convierta en piedra!
 (Vase.)

ESCENA XIX

Campo

PERIBÁÑEZ, ANTÓN.

PERIBÁÑEZ. Vos os podéis ir, Antón,
 a vuestra casa; que es justo.
 ANTÓN. Y vos ¿no fuera razón?
 PERIBÁÑEZ. Ver mis segadores gusto,
 pues llego a buena ocasión;

- que la haza cae aquí.
 ANTÓN. Y ¿no fuera mejor haza
 vuestra Casilda?
- PERIBÁÑEZ. Es así;
 pero quiero darles traza,
 de lo que han de hacer, por mí.
 Id a ver vuesa mujer,
 y a la mía así de paso
 decid que me quedo a ver
 nuestra hacienda.
- ANTÓN. (*Aparte.*) ¡Extraño caso!
 No quiero darle a entender
 que entiendo su pensamiento.)
 Quedad con Dios.
- PERIBÁÑEZ. Él os guarde.
 (*Vase Antón.*)

ESCENA XX

- PERIBÁÑEZ. Tanta es la afrenta que siento,
 que sólo por entrar tarde
 hice aqueste fingimiento.
 ¡Triste yo! Si no es culpada
 Casilda, ¿por qué rehuyo
 el verla? ¡Ay mi prenda amada!
 Pero a tu gracia atribuyo
 mi fortuna desgraciada.
 Si tan hermosa no fueras,
 claro está que no le dieras
 al señor Comendador
 causa de tan loco amor.
 Éstos son mi trigo y eras.
 ¡Con qué diversa alegría,
 oh campos, pensé miraros
 cuando contento vivía!
 Porque viniendo a sembraros,
 otra esperanza tenía.

Con alegre corazón
 pensé de vuestras espigas
 henchir mis trojes, que son
 agora eternas fatigas
 de mi perdida opinión.
 Mas quiero disimular;
 que ya sus relinchos siento.
 Oírlos quiero cantar,
 porque en ajeno instrumento
 comienza el alma a llorar.

(Óyese dentro grita de segadores.)

ESCENA XXI

MENDO, BARTOLO, LLORENTE y ÓTROS
 SEGADORES, *dentro*. — PERIBÁÑEZ

- MENDO. Date más priesa, Bartol;
 mira que la noche baja
 y se va a poner el sol.
- BARTOLO. (*Dentro.*) Bien cena quien bien trabaja,
 dice el refrán español.
- SEGADOR. (*Dentro.*) Échate una pulla, Andrés:
 que te bebas media azumbre.
- OTRO SEGADOR. (*Dentro.*) Échame otras dos, Ginés.
- PERIBÁÑEZ. Todo me da pesadumbre,
 todo mi desdicha es.
- MENDO. (*Dentro.*) Canta, Lorente, el cantar
 de la mujer de muesamo.
- PERIBÁÑEZ. ¿Qué tengo más que esperar?
 La vida, cielos, desamo.
 ¿Quién me la quiere quitar?
- LLORENTE. (*Canta dentro.*)

La mujer de Peribáñez
 hermosa es a maravilla;
 el Comendador de Ocaña
 de amores la requería.

La mujer es virtuosa
 cuanto hermosa y cuanto linda;
 mientras Pedro está en Toledo
 desta suerte respondía:
 "Más quiero yo a Peribáñez
 con su capa la pardilla,
 que no a vos, Comendador,
 con la vuesa guarnecida".

PERIBÁÑEZ. Notable aliento he cobrado
 con oír esta canción,
 porque lo que éste ha cantado
 las mismas verdades son
 que en mi ausencia habrán pasado.
 ¡Oh, cuánto le debe al cielo
 quien tiene buena mujer!
 Que el jornal dejan recelo.
 Aquí me quiero esconder.
 ¡Ojalá se abriera el suelo!
 Que aunque en gran satisfacción,
 Casilda, de ti me pones,
 pena tengo con razón,
 porque honor que anda en canciones
 tiene dudosa opinión. *(Vase.)*

ESCENA XXII

Sala en casa de Peribáñez

CASILDA, INÉS.

CASILDA. ¿Tú me habías de decir
 desatino semejante?
 INÉS. Deja que pase adelante.
 CASILDA. ¿Ya cómo te puedo oír?
 INÉS. Prima, no me has entendido,
 y estepreciarte de amar
 a Pedro te hace pensar
 que ya está Pedro ofendido.
 Lo que yo te digo a ti
 es cosa que a mí me toca.

- CASILDA. ¿A ti?
INÉS. Sí.
CASILDA. Yo estaba loca.
Pues si a ti te toca, di.
INÉS. Leonardo, aquel caballero
del Comendador, me ama
y por su mujer me quiere.
CASILDA. Mira, prima, que te engaña.
INÉS. Yo sé, Casilda, que soy
su misma vida.
CASILDA. Repara.
que son sirenas los hombres,
que para matarnos cantan.
INÉS. Yo tengo cédula suya.
CASILDA. Inés, plumas y palabras
todas se las lleva el viento.
Muchas damas tiene Ocaña
con ricos dotes, y tú
ni eres muy rica ni hidalga.
INÉS. Prima, si con el desdén
que ahora comienzas tratas
al señor Comendador,
falsas son mis esperanzas,
todo mi remedio impides.
CASILDA. ¿Ves, Inés, cómo te engañas,
pues por que me digas eso
quiere fingir que te ama?
INÉS. Hablar bien no quita honor;
que yo no digo que salgas
a recibirle a la puerta
ni a verle por la ventana.
CASILDA. Si te importara la vida,
no le mirara a la cara.
Y advierte que no le nombres
o no entres más en mi casa;
que del ver viene el oír,
y de las locas palabras
vienen las infames obras.

ESCENA XXIII

PERIBÁÑEZ, *con unas alforjas en las manos.* — DICHAS.

- PERIBÁÑEZ. ¡Esposa!
 CASILDA. ¡Luz de mi alma!
 PERIBÁÑEZ. ¿Estás buena?
 CASILDA. Estoy sin ti.
 ¿Vienes bueno?
 PERIBÁÑEZ. El verte basta
 para que salud me sobre.
 ¡Prima!
 INÉS. ¡Primo!
 PERIBÁÑEZ. ¿Qué me falta,
 si juntas os veo?
 CASILDA. Estoy
 a nuestra Inés obligada;
 que me ha hecho compañía
 lo que has faltado de Ocaña.
 PERIBÁÑEZ. A su casamiento rompas
 dos chinelas argentadas,
 y yo los zapatos nuevos,
 que siempre en bodas se calzan.
 CASILDA. ¿Qué me traes de Toledo?
 PERIBÁÑEZ. Deseos; que por ser carga
 tan pesada, no he podido
 traerte joyas ni galas.
 Con todo, te traigo aquí
 para esos pies, que bien hayan,
 unas chinelas abiertas,
 que abrochan cintas de nácar.
 Traigo más seis tocas rizas,
 y para prender las sayas
 dos cintas de vara y media
 con sus herretes de plata.
 CASILDA. Mil años te guarde el cielo.

- PERIBÁÑEZ. Sucedióme una desgracia;
que a la fe que fué milagro
llegar con vida a mi casa.
- CASILDA. ¡Ay Jesús! Toda me turbas.
- PERIBÁÑEZ. Caí de unas cuestras altas
sobre unas piedras.
- CASILDA. ¿Qué dices?
- PERIBÁÑEZ. Que si no me encomendara
al santo en cuyo servicio
caí de la yegua baya,
a estas horas estoy muerto.
- CASILDA. Toda me tienes helada.
- PERIBÁÑEZ. Prometile la mejor
prenda que hubiese en mi casa
para honor de su capilla;
y así, quiero que mañana
quiten estos reposteros,
que nos harán poca falta,
y cuelguen en las paredes
de aquella su ermita santa
en justo agradecimiento.
- CASILDA. Si fueran paños de Francia,
de oro, seda, perlas, piedras,
no replicara palabra.
- PERIBÁÑEZ. Pienso que nos está bien
que no estén en nuestra casa
paños con armas ajenas:
no murmuren en Ocaña
que un villano labrador
cerca su inocente cama
de paños comendadores,
llenos de blasones y armas.
Timbre y plumas no están bien
entre el arado y la pala,
bieldo, trillo y azadón;
que en nuestras paredes blancas
no han de estar cruces de seda,
sino de espigas y pajas,

con algunas amapolas,
 manzanillas y retamas.
 Yo ¿qué moros he vencido
 para castillos y bandas?
 Fuera de que sólo quiero
 que haya imágenes pintadas:
 La Anunciación, la Asunción,
 San Francisco con sus llagas,
 San Pedro Mártir, San Blas
 contra el mal de la garganta,
 San Sebastián y San Roque,
 y otras pinturas sagradas;
 que retratos es tener
 en las paredes fantasmas.
 Uno vi yo, que quisiera...
 Pero no quisiera nada.
 Vamos a cenar, Casilda,
 y apercibanme la cama.

CASILDA.

¿No estás bueno?

PERIBÁÑEZ.

Bueno estoy

ESCENA XXIV

LUJÁN. — DICHOS.

LUJÁN.

Aquí un criado te aguarda
del Comendador.

PERIBÁÑEZ.

¿De quién?

LUJÁN.

Del Comendador de Ocaña.

PERIBÁÑEZ.

Pues ¿qué me quiere a estas horas?

LUJÁN.

Eso sabrás si le hablas.

PERIBÁÑEZ.

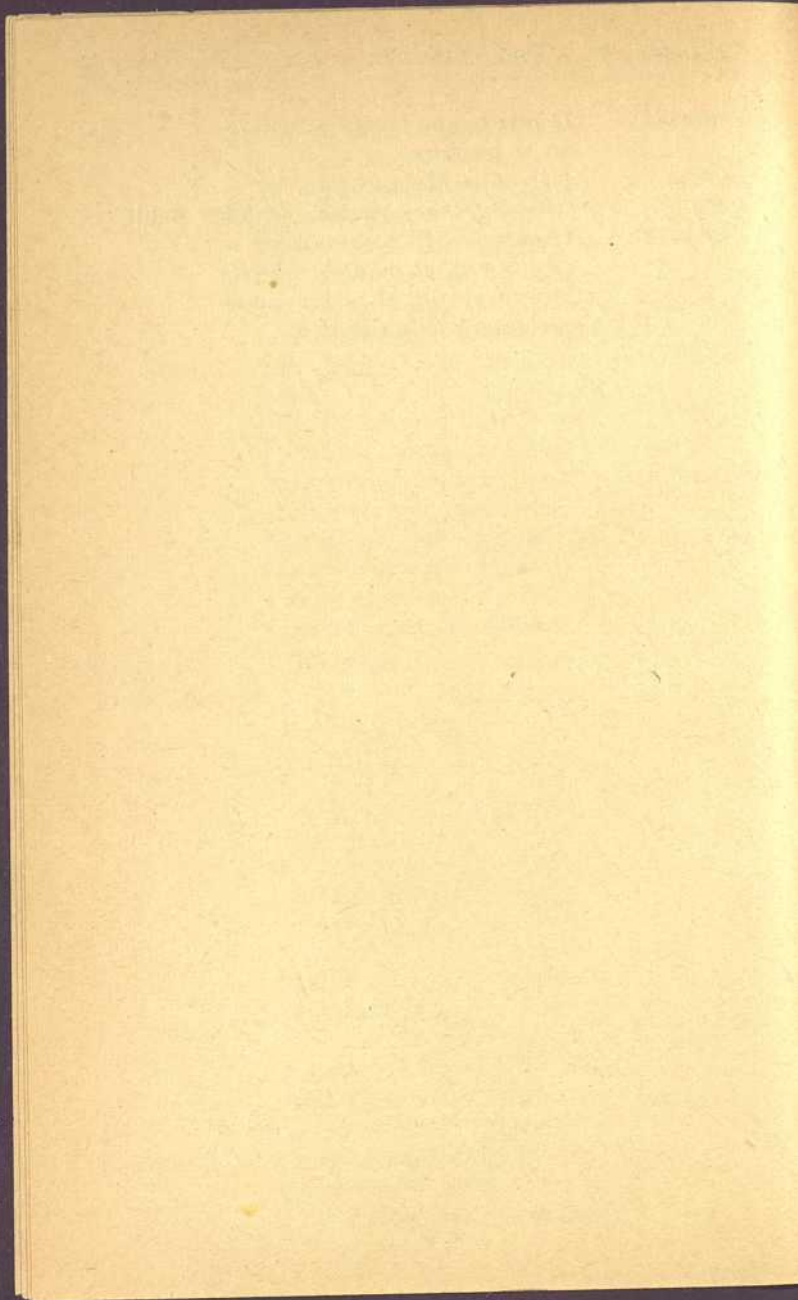
¿Eres tú aquel segador
que anteayer entró en mi casa?

LUJÁN.

¿Tan presto me desconoces?

- PERIBÁÑEZ. Donde tantos hombres andan,
no te espantes.
- LUJÁN. (*Aparte.*) Malo es esto.
- INÉS. (*Aparte.*) Con muchos sentidos habla.
- PERIBÁÑEZ. (*Aparte.*) ¿El Comendador a mí?
¡Ay honra, al cuidado ingrata!
Si eres vidrio, al mejor vidrio
cualquiera golpe le basta.





A C T O T E R C E R O

ESCENA PRIMERA

Plaza de Ocaña

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMENDADOR. Cuéntame, Leonardo, breve,
lo que ha pasado en Toledo.

LEONARDO. Lo que referirte puedo,
puesto que a ceñirlo pruebe
en las más breves razones,
quiere más paciencia.

COMENDADOR. Advierte
que soy un sano a la muerte
y que remedios me pones.

LEONARDO. El rey Enrique el Tercero,
que hoy el Justiciero llaman,
porque Catón y Aristides
en la equidad no le igualan,
el año de cuatrocientos
y seis sobre mil estaba
en la villa de Madrid,
donde le vinieron cartas,
que quebrándole las treguas
el rey moro de Granada,
no queriéndole volver
por promesas y amenazas
el castillo de Ayamonte,
ni menos pagarle parias,
determinó hacerle guerra;
y para que la jornada
fuese como convenía

a un rey el mayor de España,
y le ayudasen sus deudos
de Aragón y de Navarra,
juntó Cortes en Toledo,
donde al presente se hallan
prelados y caballeros,
villas y ciudades varias
— digo, sus procuradores —,
donde en su real alcázar
la disposición de todo
con justos acuerdos tratan
el obispo de Sigüenza,
que la insignia iglesia santa
rige de Toledo ahora,
porque está su silla vaca
por la muerte de don Pedro
Tenorio, varón de fama;
el obispo de Palencia,
don Sancho de Rojas, clara
imagen de sus pasados,
y que el de Toledo aguarda;
don Pablo el de Cartagena,
a quien ya a Burgos señalan;
el gallardo don Fadrique,
hoy conde de Trastámara,
aunque ya duque de Arjona
toda la corte le llama,
y don Enrique Manuel,
primos del Rey, que bastaban,
no de Granada, de Troya,
ser incendio sus espadas;
Ruy López de Ávalos, grande
por la dicha y por las armas,
Condestable de Castilla,
alta gloria de su casa;
el Camarero mayor
del Rey, por sangre heredada
y virtud propia, aunque tiene

también de quien heredarla,
 por Juan de Velasco digo,
 digno de toda alabanza;
 don Diego López de Estúñiga,
 que Justicia Mayor llaman;
 y el mayor Adelantado
 de Castilla, de quien basta
 decir que es Gómez Manrique,
 de cuyas historias largas
 tienen Granada y Castilla
 cosas tan raras y extrañas;
 los oidores de Audiencia
 del Rey, y que el reino amparan;
 Pero Sánchez del Castillo,
 Rodríguez de Salamanca,
 y Peribáñez...

COMENDADOR. Detente.

¿Qué Peribáñez? Aguarda;
 que la sangre se me hiela
 con ese nombre.

LEONARDO. ¡Oh qué gracia!

Háblote de los oidores
 del Rey, y ¡del que se llama
 Peribáñez imaginas
 que es!, ¡el labrador de Ocaña!

COMENDADOR. Si hasta ahora te pedía
 la relación y la causa
 de la jornada del Rey,
 ya no me atrevo a escucharla.
 Eso ¿todo se resuelve
 en que el Rey hace jornada
 con lo mejor de Castilla
 a las fronteras, que guardan,
 con favor del Granadino,
 lo que le niegan las parias?
 Eso es todo.

LEONARDO.

COMENDADOR. Pues advierte
 sólo (que me es de importancia)

que mientras fuiste a Toledo,
 tuvo ejecución la traza.
 Con Peribáñez hablé,
 y le dije que gustaba
 de nombralle capitán
 de cien hombres de labranza,
 y que se pusiese a punto.
 Parecióle que le honraba,
 como es verdad, a no ser
 honra aforrada en infamia.
 Quiso ganarla en efeto;
 gastó su hacendilla en galas,
 y sacó su compañía
 ayer, Leonardo, a la plaza;
 y hoy, según Luján me ha dicho,
 con ella a Toledo marcha.

LEONARDO. Bueno. Y te deja a Casilda,
 tan villana y tan ingrata
 como siempre.

COMENDADOR. Sí; mas mira
 que amor en ausencia larga
 hará el efeto que suele
 en piedra el curso del agua.

(Tocan cajas dentro.)

LEONARDO. Pero ¿qué cajas son éstas?
 No dudes que son sus cajas.

COMENDADOR. Tu alférez trae los hidalgos.
 Toma, Leonardo, tus armas,
 por que mejor le engañemos,
 para que a la vista salgas
 también con tu compañía.

LEONARDO. Ya llegan. Aquí me aguarda. *(Vase.)*

ESCENA II

PERIBÁÑEZ, *con espada y daga, mandando una compañía de LABRADORES, armados graciosamente, entre ellos BLAS y BELARDO.* — EL COMENDADOR.

- PERIBÁÑEZ. No me quise despedir
sin ver a su señoría.
- COMENDADOR. Estimo la cortesía.
- PERIBÁÑEZ. Yo os voy, señor, a servir.
- COMENDADOR. Decid al Rey mi señor.
- PERIBÁÑEZ. Al Rey y a vos...
- COMENDADOR. Está bien.
- PERIBÁÑEZ. Que al Rey es justo, y también
a vos, por quien tengo honor;
que yo ¿cuándo mereciera
ver mi azadón y gabán
con nombre de capitán,
con jineta y con bandera
del Rey, a cuyos oídos
mi nombre llegar no puede,
porque su estatura excede
todos mis cinco sentidos?
Guárdeos muchos años Dios.
- COMENDADOR. Y os traiga, Pedro, con bien.
- PERIBÁÑEZ. ¿Vengo bien vestido?
- COMENDADOR. Bien.
- PERIBÁÑEZ. No hay diferencia en los dos.
Sola una cosa querría...
No sé si a vos os agrada.
- COMENDADOR. Decid, a ver.
- PERIBÁÑEZ. Que la espada
me ciña su señoría,
para que así vaya honrado.
- COMENDADOR. Mostrad, haréos caballero;
que de esos bríos espero,

- Pedro, un valiente soldado.
 PERIBÁÑEZ. Pardiez, señor, hela aquí.
 Cínamela su mercé.
- COMENDADOR. Esperad, os la pondré,
 por que la llevéis por mí.
- BELARDO. Híncate, Blas, de rodillas;
 que le quieren her hidalgo.
- BLAS. Pues ¿quedará falto en algo?
- BELABDO. En mucho, si no te humillas.
- BLAS. Belardo, vos, que sois viejo,
 ¿hanle de dar con la espada?
- BELARDO. Yo de mi burra manchada,
 de su albarda y aparejo
 entiendo más que de armar
 caballeros de Castilla.
- COMENDADOR. Ya os he puesto la cuchilla.
- PERIBÁÑEZ. ¿Qué falta agora?
- COMENDADOR. Jurar
 que a Dios, supremo Señor,
 y al Rey serviréis con ella.
- PERIBÁÑEZ. Eso juro, y de traella
 en defensa de mi honor,
 del cual, pues voy a la guerra,
 adonde vos me mandáis,
 ya por defensa quedáis,
 como señor desta tierra.
 Mi casa y mujer, que dejo
 por vos, recién desposado,
 remito a vuestro cuidado
 cuando de las dos me alejo.
 Esto os fío, porque es más
 que la vida, con quien voy;
 que aunque tan seguro estoy
 que no la ofendan jamás,
 gusto que vos la guardéis
 y corra por vos, a efeto
 de que, como tan discreto,
 lo que es el honor sabéis;

que con él no se permite
que hacienda y vida se iguale,
y quien sabe lo que vale
no es posible que le quite.
Vos me ceñistes espada,
conque ya entiendo de honor;
que antes yo pienso, señor,
que entendiera poco o nada.
Y pues iguales los dos
con este honor nos dejáis,
mirad cómo le guardáis,
o quejaréme de vos.

COMENDADOR. Yo os doy licencia, si hiciere
en guardalle deslealtad,
que de mí os quejéis.

PERIBÁÑEZ. Marchad,
y venga lo que viniere.

(Vanse los labradores y Peribáñez con ellos.)

ESCENA III

COMENDADOR. Algo confuso me deja
el estilo con que habla,
porque parece que entabla
o la venganza o la queja.
Pero es que, como he tenido
el pensamiento culpado,
con mi malicia he juzgado
lo que su inocencia ha sido.
Y cuando pudiera ser
malicia lo que entendí,
¿dónde ha de haber contra mí
en un villano poder?
Esta noche has de ser mía,
villana, rebelde, ingrata,
por que muera quien me mata
antes que amanezca el día.

(Vase.)

ESCENA IV.

Calle de Ocaña con vista exterior de la casa de Peribáñez

CASILDA, COSTANZA e INÉS, en un balcón.

- COSTANZA. En fin, ¿se ausenta tu esposo?
CASILDA. Pedro a la guerra se va;
que en la que me deja acá
pudiera ser más famoso.
- INÉS. Casilda, no te enternezcas;
que el nombre de capitán
no como quieren le dan.
- CASILDA. ¡Nunca estos nombres merezcas!
COSTANZA. A fe que tienes razón,
Inés; que entre tus iguales
nunca he visto cargos tales,
porque muy de hidalgos son.
Demás que tengo entendido
que a Toledo solamente
ha de llegar con la gente.
- CASILDA. Pues si eso no hubiera sido
¿quedárame vida a mí?

ESCENA V

*Tocan caja, y va saliendo la COMPAÑÍA DE LABRADORES,
mandada por PERIBÁÑEZ. — DICHAS, en el balcón.*

- INÉS. La caja suena: ¿si es él?
COSTANZA. De los que se van con él
ten lástima, y no de ti.
- BELARDO. Veislas allí en el balcón,
que me remozo de vellás;
mas ya no soy para ellas

- y ellas para mí no son.
- PERIBÁÑEZ. ¿Tan viejo estáis ya, Belardo?
- BELARDO. El gusto se acabó ya.
- PERIBÁÑEZ. Algo dél os quedará
bajo del capote pardo.
- BELARDO. Pardiez, señor capitán,
tiempo hué que el sol y el aire
solía hacerme donaire,
ya pastor, ya sacristán.
Cayó un año mucha nieve,
y como la recibí,
a la Iglesia me acogí. (1)
- PERIBÁÑEZ. ¿Tendréis tres dieces y un nueve?
- BELARDO, Ésos y otros tres decía
un aya que me criaba;
mas pienso que se olvidaba.
¡Poca memoria tenía!
Cuando la Cava nació
me salió la primer muela.
- PERIBÁÑEZ. ¿Ya íbades a la escuela?
- BELARDO. Pudiera juraros yo
de lo que entonces sabía;
pero mil dan a entender
que apenas supe leer,
y es lo más cierto, a fe mía;
que como en gracia se lleva
danzar, cantar o tañer,
yo sé escribir sin leer,
que a fe que es gracia bien nueva.
- CASILDA. ¡Ah, gallardo capitán
de mis tristes pensamientos!
- PERIBÁÑEZ. ¡Ah, dama la del balcón,
por quien la bandera tengo!
- CASILDA. ¿Vaisos de Ocaña, señor?
- PERIBÁÑEZ. Señora, voy a Toledo

(1) Lope alude a sí mismo. Con frecuencia usa, para designarse, el nombre de Belardo.

a llevar estos soldados,
que dicen que son mis celos.
CASILDA. Si soldados los lleváis,
ya no ternéis pena dellos;
que nunca el honor quebró
en soldándose los celos.
PERIBÁÑEZ. No los llevo tan soldados,
que no tenga mucho miedo,
no de vos, mas de la causa
por quien sabéis que los llevo.
Que si celos fueran tales
que yo los llamara vuestros,
ni ellos fueran donde van,
ni yo, señora, con ellos.
La seguridad, que es paz
de la guerra en que me veo,
me lleva a Toledo, y fuera
del mundo al último extremo.
A despedirme de vos
vengo, y a decir que os dejo
a vos de vos misma en guarda,
porque en vos y con vos quedo;
y que me deis el favor
que a los capitanes nuevos
suelen las damas, que esperan
de su guerra los trofeos.
¿No parece que ya os hablo
a lo grave y caballero?
¡Quién dijera que un villano
que ayer al rastrojo seco
dientes menudos ponía
de la hoz corva de acero,
los pies en las tintas uvas,
rebosando el mosto negro
por encima del lagar,
o la tosca mano al hierro
del arado, hoy os hablara
en lenguaje soldadesco,

con plumas de presunción
y espada de atrevimiento!
Pues sabed que soy hidalgo,
y que decir y hacer puedo;
que el Comendador, Casilda,
me la ciñó, cuando menos.
Pero este *menos*, si el *cuando*
viene a ser cuanto sospecho,
por ventura será más;
pero yo no menos bueno.

CASILDA. Muchas cosas me decís
en lengua que yo no entiendo;
el favor sí; que yo sé
que es bien debido a los vuestros.
Mas ¿qué podrá una villana
dar a un capitán?

PERIBÁÑEZ. No quiero
que os tratéis así.

CASILDA. Tomad,
mi Pedro, este listón negro.

PERIBÁÑEZ. ¿Negro me lo dais, esposa?

CASILDA. Pues ¿hay en la guerra agüeros?

PERIBÁÑEZ. Es favor desesperado.
Promete luto o destierro.

BLAS. Y vos, señora Costanza,
¿no dais por tantos requiebros
alguna prenda a un soldado?

COSTANZA. Blas, esa cinta de perro,
aunque tú yas donde hay tantos,
que las podrás hacer dellos.

BLAS. ¡Plega a Dios que los moriscos
las hagan de mi pellejo,
si no dejare matados
cuantos me fueren huyendo!

INÉS. ¿No pides favor, Belardo?

BELARDO. Inés, por soldado viejo,
ya que no por nuevo amante
de tus manos le merezco.

- INÉS. Tomad aqueste chapín.
 BELARDO. No, señora, detenedlo;
 que favor de chapinazo,
 desde tan alto, no es bueno.
 INÉS. Traedme un moro, Belardo.
 LEONARDO. Días ha que ando tras ellos.
 Mas, si no viniere en prosa,
 desde aquí le ofrezco en verso. (1)

ESCENA VI

UNA COMPAÑÍA DE HIDALGOS, *con caja y bandera,*
 y LEONARDO *de capitán.* — DICHOS.

- LEONARDO. Vayan marchando, soldados,
 con el orden que decía.
 INÉS. ¿Qué es esto?
 COSTANZA. La compañía
 de los hidalgos casados.
 INÉS. Más lucidos han salido
 nuestros fuertes labradores.
 COSTANZA. Si son las galas mejores,
 los ánimos no lo han sido.
 PERIBÁÑEZ. ¡Hola! Todo hombre esté en vela
 y muestre gallardos bríos.
 BELARDO. ¡Qué piensen estos judíos
 que nos mean la pajueta!
 Déles un gentil barzón
 muesa gente por delante.
 PERIBÁÑEZ. ¡Hola! Nadie se adelante;
 siga a ballesta lanzón.
 (*Va una compañía alrededor de otra, mirándose.*)
 BLAS. Agora es tiempo, Belardo,
 de mostrar brío.

(1) Véase la nota anterior.

- BELARDO. Callad;
que a la más caduca edad
suple un ánimo gallardo.
- LEONARDO. Basta, que los labradores
compiten con los hidalgos.
- BELARDO. Éstos huirán como galgos.
- BLAS. No habrá ciervos corredores
como éstos, en viendo un moro,
y aun basta oírlo decir.
- BELARDO. Ya los vi a todos huir
cuando corrimos el toro.
- (Vase la compañía de labradores, y Peribáñez con ella.
Casilda y Costanza se quitan del balcón.)*

ESCENA VII

LEONARDO, con su COMPAÑÍA; INÉS, en el balcón.

- LEONARDO. Ya se han traspuesto. — ¡Ce! ¡Inés!
- INÉS. ¿Eres tú, mi capitán?
- LEONARDO. ¿Por qué tus primas se van?
- INÉS. ¿No sabes ya por lo que es?
Casilda es como una roca.
Esta noche hay mal humor.
- LEONARDO. ¿No podrá el Comendador
verla un rato?
- INÉS. Punto en boca;
que yo le daré lugar
cuando imagine que llega
Pedro a alojarse.
- LEONARDO. Pues ciega,
si me quieres obligar,
los ojos desta mujer,
que tanto mira su honor;
porque está el Comendador
para morir desde ayer.
- INÉS. Dile que venga a la calle.

y va la danza engañada
con el són del atambor,
no dudo que sin parar
vayan a Granada así.

COMENDADOR. ¡Cómo pasará por mí
el tiempo que ha de tardar
desde aquí a las diez!

LUJÁN. Ya son
casi las nueve. No seas
tan triste, que cuando veas
el cabello a la ocasión,
pierdas el gusto esperando;
que la esperanza entretiene.

COMENDADOR. Es, cuando el bien se detiene,
esperar desesperando.

LUJÁN. Y Leonardo ¿ha de venir?

COMENDADOR. ¿No ves que el concierto es
que se case con Inés,
que es quien la puerta ha de abrir?

LUJÁN. ¿Qué señas ha de llevar?

COMENDADOR. Unos músicos que canten.

LUJÁN. ¿Cosa que la caza espanten?

COMENDADOR. Antes nos darán lugar
para que con el rüido
nadie sienta lo que pasa
de abrir ni cerrar la casa.

LUJÁN. Todo está bien prevenido;
mas dicen que en un lugar
una parentela toda
se juntó para una boda,
ya a comer y ya a bailar.
Vino el cura y desposado,
la madrina y el padrino,
y el tamboril también vino
con un salterio extremado.
Mas dicen que no tenían
de la desposada el sí,
porque decía que allí

- sin su gusto la traían.
 Junta, pues, la gente toda,
 el cura le preguntó,
 dijo tres veces que no
 y deshízose la boda.
- COMENDADOR. ¿Quieres decir que nos falta
 entre tantas prevenciones
 el sí de Casilda?
- LUJÁN. Pones
 el hombro a empresa muy alta
 de parte de su dureza,
 y era menester el sí.
- COMENDADOR. No va mal trazado así;
 que su villana aspereza
 no se ha de rendir por ruegos;
 por engaños ha de ser.
- LUJÁN. Bien puede bien suceder;
 mas pienso que vamos ciegos.

ESCENA IX

UN PAJE, DOS MÚSICOS. — DICHOS.

- PAJE. Los músicos han venido.
- MÚSICO 1º Aquí, señor, hasta el día
 tiene vuesa señoría
 a Lisardo y a Leonido.
- COMENDADOR. ¡Oh amigos!, agradeced
 que este pensamiento os fío;
 que es de honor, y en fin, es mío.
- MÚSICO 2º Siempre nos haces merced.
- COMENDADOR. ¿Dan las once?
- LUJÁN. Una, dos, tres...
- No dió más.
- MÚSICO 2º Contaste mal.

pues que Leonardo no viene.
Templad, para ver si tiene
templanza este fuego en mí.

(*Vanse.*)

ESCENA X

Calle

PERIBÁÑEZ. ¡Bien haya el que tiene bestia
destas de huir y alcanzar,
con que puede caminar
sin pesadumbre y molestia!
Alojé mi compañía,
y con ligereza extraña
he dado la vuelta a Ocaña.
¡Oh cuán bien decir podría:
Oh caña, la del honor!
Pues que no hay tan débil caña
como el honor, a quien daña
de cualquier viento el rigor.
Caña de honor quebradiza,
caña hueca y sin sustancia,
de hojas de poca importancia,
con que su tronco entapiza.
¡Oh caña, toda aparato,
caña fantástica y vil,
para quebrada sutil,
y verde tan breve rato!
¡Caña compuesta de ñudos,
y honor al fin dellos lleno,
sólo para sordos bueno
y para vecinos mudos!
Aquí naciste en Ocaña
conmigo al viento ligero;
yo te cortaré primero
que te quiebres, débil caña.
— No acabo de agradecerme

el haberte sustentado,
yegua, que con tal cuidado
supiste a Ocaña traerme.
¡Oh, bien haya la cebada
que tantas veces te di!
Nunca de ti me serví
en ocasión más honrada.
Agora el provecho toco,
contento y agradecido.
Otras veces me has traído;
pero fué pesando poco;
que la honra mucho alienta:
y que te agradezca es bien
que hayas corrido tan bien
con la carga de mi afrenta.
Préciese de buena espada
y de buena cota un hombre,
del amigo de buen nombre
y de opinión siempre honrada,
de un buen fieltro de camino
y de otras cosas así;
que una bestia es para mí
un socorro peregrino.
¡Oh yegua!, ¡en menos de un hora
tres leguas! Al viento igualas;
que si le pintan con alas,
tú las tendrás desde agora. —
Ésta es la casa de Antón,
cuyas paredes confinan
con las mías, que ya inclinan
su peso a mi perdición.
Llamar quiero; que he pensado
que será bien menester.
¡Ah de casa!

ESCENA XI

ANTÓN. — PERIBÁÑEZ.

- ANTÓN. *(Dentro.)* ¡Hola, mujer!
¿No os parece que han llamado?
- PERIBÁÑEZ. ¡Ah de casa!
- ANTÓN. *(Dentro.)* ¿Quién golpea
a tales horas?
- PERIBÁÑEZ. Yo soy,
Antón.
- ANTÓN. *(Dentro.)* Por la voz ya voy,
aunque lo que fuere sea.
¿Quién es? *(Abre.)*
- PERIBÁÑEZ. Quedo, Antón amigo.
Peribáñez soy.
- ANTÓN. ¿Quién?
- PERIBÁÑEZ. Yo,
a quien el cielo dió
tan grave y cruel castigo.
Vestido me eché dormido,
porque pensé madrugar;
ya me agradezco el no estar
desnudo. ¿Puedoos servir?
- PERIBÁÑEZ. Por vuesa casa, mi Antón,
tengo de entrar en la mía,
que ciertas cosas de día
sombras por la noche son.
Ya sospecho que en Toledo
algo entendiste de mí.
- ANTÓN. Aunque callé, lo entendí.
Pero aseguráros puedo
que Casilda...
- PERIBÁÑEZ. No hay que hablar.
Por ángel tengo a Casilda.
- ANTÓN. Pues regaladla y servilda,

- PERIBÁÑEZ. Hermano, dejadme estar.
 ANTÓN. Entrad; que si puerta os doy,
 es por lo que della sé.
 PERIBÁÑEZ. Como yo seguro esté,
 Suyo para siempre soy.
 ANTÓN. ¿Dónde dejáis los soldados?
 PERIBÁÑEZ. Mi alférez con ellos va;
 que yo no he traído acá
 sino sólo mis cuidados.
 Y no hizo la yegua poco
 en traernos a los dos,
 porque hay cuidado, por Dios,
 que basta a volverme loco.

(Éntranse.)

ESCENA XII

Calle con vista exterior de la casa de Peribáñez.

EL COMENDADOR y LUJÁN, *con broqueles*; MÚSICOS.

- COMENDADOR. Aquí podéis comenzar
 para que os ayude el viento
 MÚSICO 2º Va de letra.
 COMENDADOR. ¡Oh cuánto siento
 esto que llaman templar!
 MÚSICOS. (Cantan.)

cogíome a tu puerta el toro,
 linda casada;
 no dijiste: Dios te valga.
 El novillo de tu boda
 a tu puerta me cogió;
 de la vuelta que me dió,
 se rió la villa toda;
 y tú, grave y burladora,
 linda casada,
 no dijiste: Dios te valga.

ESCENA XIII

INÉS, *abriendo una puerta de casa de Peribáñez.* —

DICHOS.

(Los músicos tocan.)

INÉS. ¡Ce, ce! ¡Señor don Fadrique!

COMENDADOR. ¿Es Inés?

INÉS. La misma soy.

COMENDADOR. En pena a las once estoy.
Tu cuenta el perdón me aplique
para que salga de pena.

INÉS. ¿Viene Leonardo?

COMENDADOR. Asegura
a Peribáñez. Procura,
Inés, mi entrada, y ordena
que vea esa piedra hermosa;
que ya Leonardo vendrá.

INÉS. ¿Tardará mucho?

COMENDADOR. No hará;
pero fué cosa forzosa
asegurar un marido
tan malicioso.

INÉS. Yo creo
que a estas horas el deseo
de que le vean vestido
de capitán en Toledo
le tendrá cerca de allá.

COMENDADOR. Durmiendo acaso estará.
¿Puedo entrar? Dime si puedo.

INÉS. Entra; que te detenía
por si Leonardo llegaba.

LUJÁN. Luján ¿ha de entrar?

COMENDADOR. *(A uno de los músicos.)* Acaba,
Lisardo. Adiós hasta el día.

MÚSICO 1º El cielo os dé buen suceso.

a los pechos por los picos
 las almas comunicar,
 dije: ¡Oh, maldígale Dios,
 aunque grave y altanero,
 al palomino extranjero
 que os alborota a los dos!
 Los gansos han despertado,
 gruñe el lechón, y los bueyes
 braman; que de honor las leyes
 hasta el jumentillo atado
 al pesebre con la soga
 desasosiegan por mí;
 que su dueño soy, y aquí
 ven que ya el cordel me ahoga,
 Gana me da de llorar.
 Lástima tengo de verme
 en tanto mal... — Mas ¿si duerme
 Casilda? — Aquí siento hablar.
 En esta saca de harina
 me podré encubrir mejor,
 que si es el Comendador,
 lejos de aquí me imagina. (Escóndese.)

ESCENA XV

CASILDA, INÉS. — PERIBÁÑEZ, *oculto*.

CASILDA. Gente digo que he sentido.
 INÉS. Digo que te has engañado.
 CASILDA. Tú con un hombre has hablado.
 INÉS. ¿Yo?
 CASILDA. Tú, pues.
 INÉS. ¿Tú lo has oído?
 CASILDA. Pues si no hay malicia aquí,
 mira que serán ladrones.
 INÉS. ¡Ladrones! Miedo me pones.
 CASILDA. Da voces.
 INÉS. Yo no.

CASILDA. Yo sí.
 INÉS. Mira que es alborotar
 la vecindad sin razón.

ESCENA XVI

EL COMENDADOR, LUJÁN. — DICHOS.

COMENDADOR. Ya no puede mi afición
 sufrir, temer ni callar.
 Yo soy el Comendador,
 yo soy tu señor.

CASILDA. No tengo
 más señor que a Pedro.

COMENDADOR. Vengo
 esclavo, aunque soy señor.
 Duélete de mí, o diré
 que te hallé con el lacayo
 que miras.

CASILDA. Temiendo el rayo,
 del trueno no me espanté.
 Pues, prima, ¡tú me has vendido!

INÉS. Anda; que es locura ahora,
 siendo pobre labradora,
 y un villano tu marido,
 dejar morir de dolor
 a un príncipe; que más va
 en su vida, ya que está
 en casa, que no en tu honor.
 Peribáñez fué a Toledo.

CASILDA. ¡Oh, prima cruel y fiera,
 vuelta, de prima, tercera!

COMENDADOR. Dejadme, a ver lo que puedo.

LUJÁN. Dejémoslos, que es mejor.
 A solas se entenderán.
 (*Vanse Inés y Luján.*)



ESCENA XVII

EL COMENDADOR, CASILDA; PERIBÁÑEZ, *escondido*.

CASILDA. Mujer soy de un capitán,
si vos sois Comendador.
Y no os acerquéis a mí,
porque a bocados y a coces
os haré...

COMENDADOR. Paso y sin voces.

PERIBÁÑEZ. *(Sale de donde estaba.)*
(Aparte.) ¡Ay honra!, ¿qué aguardo
Mas soy pobre labrador: [aquí?
bien será llegar y hablalle...;
pero mejor es matalle).

(Adelantándose con la espada desenvainada.)

Perdonad, Comendador;
que la honra es encomienda
de mayor autoridad.

(Hiere al Comendador.)

COMENDADOR. ¡Jesús! Muerto soy. ¡Piedad!

PERIBÁÑEZ. No temas, querida prenda;
mas sígueme por aquí.

CASILDA. No te hablo de turbada.
(Vanse Peribáñez y Casilda.)

COMENDADOR. Señor, tu sangre sagrada
se duela agora de mí,
pues me ha dejado la herida
pedir perdón a un vasallo.

(Siéntase en una silla.)

ESCENA XVIII

LEONARDO. — EL COMENDADOR.

LEONARDO. Todo en confusión lo hallo.
¡Ah, Inés! ¿Estás escondida?

¡Inés!

COMENDADOR. Voces oigo aquí.

¿Quién llama?

LEONARDO. Yo soy, Inés.

COMENDADOR. ¡Ay Leonardo! ¿No me ves?

LEONARDO. ¿Mi señor?

COMENDADOR. Leonardo, sí.

LEONARDO. ¿Qué te ha dado? Que parece
que muy desmayado estás.

COMENDADOR. Díome la muerte no más.
Mas el que ofende merece.

LEONARDO. ¡Herido! ¿De quién?

COMENDADOR. No quiero
voces ni venganzas ya.
Mi vida en peligro está,
sola la del alma espero.
No busques, ni hagas extremos,
pues me han muerto con razón.
Llévame a dar confesión,
y las venganzas dejemos.
A Peribáñez perdono.

LEONARDO. ¿Que un villano te mató?
y que no lo vengo yo?
Esto siento.

COMENDADOR. Yo le abono .
No es villano, es caballero;
que pues le ceñí la espada
con la guarnición dorada,
no ha empleado mal su acero.

LEONARDO. Vamos, llamaré a la puerta
del Remedio.

COMENDADOR. Sólo es Dios.

(Llévase Leonardo a su señor.)

ESCENA XIX

PERIBÁÑEZ, INÉS, LUJÁN.

- PERIBÁÑEZ. (*Dentro.*) Aquí moriréis los dos.
 INÉS. (*Dentro.*) Ya estoy, sin heridas, muerta
 (*Salen huyendo Luján e Inés.*)
 LUJÁN. Desventurado Luján.
 ¿dónde podrás esconderte?
 (*Éntranse por otra puerta, y sale Peribáñez tras ellos.*)
 PERIBÁÑEZ. Ya no se excusa tu muerte. (*Éntrase.*)
 LUJÁN. (*Dentro.*) ¿Por qué, señor capitán?
 PERIBÁÑEZ. (*Dentro.*) Por fingido segador.
 INÉS. (*Dentro.*) Y a mí ¿por qué?
 PERIBÁÑEZ. (*Dentro.*) Por traidora.
 LUJÁN. (*Dentro.*) ¡Muerto soy!
 INÉS. (*Dentro.*) ¡Prima y señora!

ESCENA XX

CASILDA; después, PERIBÁÑEZ.

- CASILDA. No hay sangre donde hay honor.
 (*Vuelve Peribáñez.*)
 PERIBÁÑEZ. Cayeron en el portal.
 CASILDA. Muy justo ha sido el castigo.
 PERIBÁÑEZ. ¿No irás, Casilda, conmigo?
 CASILDA. Tuya soy al bien o al mal.
 PERIBÁÑEZ. A las ancas desa yegua
 amanecerás conmigo
 en Toledo.
 CASILDA. Y a pie, digo.
 PERIBÁÑEZ. Tierra en medio es buena tregua
 en todo acontecimiento

CASILDA. y no aguardar al rigor.
Dios haya al Comendador.
Matóle su atrevimiento.

(*Vanse.*)

ESCENA XXI

Galería del Alcázar de Toledo.

EL REY, EL CONDESTABLE. — GUARDAS.

REY. Alégame de ver con qué alegría
Castilla toda a la jornada viene.

CONDESTABLE. Aborrecen, señor, la monarquía
que en nuestra España el africano tiene.

REY. Libre pienso dejar la Andalucía,
si el ejército nuestro se previene,
antes que el duro invierno con su hielo
cubra los campos y enternezca el suelo.
Iréis, Juan de Velasco, previniendo,
pues que la Vega da lugar bastante,
el alarde famoso que pretendo,
por que la fama del concurso espante
por ese Tajo aurífero, y subiendo
al muro por escalas de diamante,
mire de pabellones y de tiendas
otro Toledo por las verdes sendas.
Tiemble en Granada el atrevido moro
de las rojas banderas y pendones.
Convierta su alegría en triste lloro.

CONDESTABLE. Hoy me verás formar los escuadrones.

REY. La Reina viene, su presencia adoro.
No ayuda mal en estas ocasiones.

ESCENA XXII

LA REINA, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

- REINA. Si es de importancia, volveréme luego.
 REY. Cuando lo sea, que no os vais os ruego.
 ¿Qué puedo yo tratar de paz, señora,
 en que vos no podáis darme consejo?
 Y si es de guerra lo que trato agora,
 ¿cuándo con vos, mi bien, no me aconsejo?
 ¿Cómo queda don Juan?
- REINA. Por veros llora.
 REY. Guárdele Dios; que es un divino espejo
 donde se ven agora retratados,
 mejor que los presentes, los pasados.
- REINA. El príncipe don Juan es hijo vuestro.
 Con esto sólo encarecido queda.
- REY. Mas con decir que es vuestro, siendo
 [nuestro,
 él mismo dice la virtud que encierra.
- REINA. Hágale el cielo en imitaros diestro;
 que con esto no más que le conceda,
 le ha dado todo el bien que le deseo.
- REY. De vuestro generoso amor lo creo.
- REINA. Como tiene dos años, le quisiera
 de edad que esta jornada acompañara
 vuestras banderas.
- REY. ¡Ojalá pudiera
 y a ensalzar la de Cristo comenzara!

ESCENA XXIII

GÓMEZ MANRIQUE. — DICHOS.

- REY. ¿Qué caja es ésa?
 GÓMEZ. Gente de la Vera

- y Extremadura.
- CONDESTABLE. De Guadalajara
y Atienza pasa gente.
- REY. ¿Y la de Ocaña?
- GÓMEZ. Quédase atrás por una triste hazaña.
- REY. ¿Cómo?
- GÓMEZ. Dice la gente que ha llegado
que a don Fadrique un labrador ha muer-
¡A don Fadrique y el mejor soldado [to,
que trujo roja cruz!
- REY. ¿Cierto?
- REINA. Y muy cierto.
- GÓMEZ. En el alma, señora, me ha pesado.
- REY. ¿Cómo fué tan notable desconcierto?
Por celos.
- GÓMEZ. ¿Fueron justos?
- REY. Fueron locos.
- GÓMEZ. Celos, señor, y cuerdos, habrá pocos.
- REINA. ¿Está preso el villano?
- REY. Huyóse luego
con su mujer.
- GÓMEZ. ¡Qué desvergüenza extraña!
¡Con estas nuevas a Toledo llego!
¿Así de mi justicia tiembla España?
Dad un pregón en la ciudad, os ruego,
Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña,
que quien los diere presos, o sea
[muertos,
tendrá de renta mil escudos ciertos.
Id luego, y que ninguno los encubra
ni pueda dar sustento ni otra cosa,
so pena de la vida.
- GÓMEZ. Voy. (Vase.)
- REY. ¡Que cubra
el cielo aquella mano rigurosa!
REINA. Confiad que tan presto se descubra
cuanto llegue la fama codiciosa
del oro prometido.

ESCENA XXIV

UN PAJE, y luego UN SECRETARIO. — EL REY, LA REINA,
EL CONDESTABLE, GUARDAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

- PAJE. Aquí está Arceo,
acabado el guión.
- REY. Verle deseo.
- SECRETARIO. Éste es, señor, el guión.
*(Sale un secretario con un pendón rojo,
y en él las armas de Castilla, con una
mano arriba que tiene una espada, y en
la otra banda un Cristo crucificado.)*
- REY. Mostrad. Paréceme bien;
que este capitán también
lo fué de mi redención.
- REINA. ¿Qué dicen las letras?
- REY. Dicen:
“Juzga tu causa, Señor”.
- REINA. Palabras son de temor.
- REY. Y es razón que atemoricen.
- REINA. Destotra parte ¿qué está?
- REY. El castillo y el león.
y esta mano por blasón,
que va castigando ya.
¿La letra?
- REINA.
- REY. Sólo mi nombre.
- REINA. ¿Cómo?
- REY. “Enrique Justiciero”;
que ya en lugar del Tercero
quiero que este nombre asombre.

ESCENA XXV

GÓMEZ. — DICHOS.

- GÓMEZ. Ya se van dando pregones,
con llanto de la ciudad.
- REINA. Las piedras mueve a piedad.
- REY. Basta. ¡Qué! Los azadones
¿a las cruces de Santiago
se igualan? ¿Cómo o por dónde?
- REINA. ¡Triste dél si no se esconde!
- REY. Voto y juramento hago
de hacer en él un castigo
que ponga al mundo temor.

ESCENA XXVI

UN PAJE. — DICHOS.

- PAJE. (*Al Rey.*) Aquí dice un labrador
que le importa hablar contigo.
- REY. Señora, tomemos sillas.
- CONDESTABLE. Éste algún aviso es.
(*Va el paje a avisar.*)

ESCENA XXVII

PERIBÁÑEZ, *de labrador y con capa larga*; CASILDA. —
DICHOS.

- PERIBÁÑEZ. Dame, gran señor, tus pies.
- REY. Habla, y no estés de rodillas.

Fingiendo que por servicios,
honró mis humildes casas
de unos reposteros, que eran
cubiertas de tales cargas.
Dióme un par de mulas buenas...
mas no tan buenas; que sacan
este carro de mi honra
de los lodos de mi infamia.
Con esto intentó una noche,
que ausente de Ocaña estaba,
forzar mi mujer; mas fuése
con la esperanza burlada.
Vine yo, súpelo todo,
y de las paredes bajas
quité las armas, que al toro
pudieran servir de capa.
Advertí mejor su intento;
mas llamóme una mañana,
y díjome que tenía
de Vuestras Altezas cartas
para que con gente alguna
le sirviese esta jornada;
en fin, de cien labradores
me dió la valiente escuadra.
Con nombre de capitán
salí con ellos de Ocaña;
y como vi que de noche
era mi deshonor clara,
en una yegua a las diez
de vuelta en mi casa estaba;
que oí decir a un hidalgo
que era bienaventuranza
tener en las ocasiones
dos yeguas buenas en casa.
Hallé mis puertas rompidas
y mi mujer destocada,
como corderilla simple
que está del lobo en las garras.

Dió voces, llegué, saqué
 la misma daga y espada
 que ceñí para servirte,
 no para tan triste hazaña;
 páséle el pecho, y entonces
 dejó la cordera blanca,
 porque yo, como pastor,
 supe del lobo quitarla.
 Vine a Toledo, y hallé
 que por mi cabeza daban
 mil escudos; y así, quise
 que mi Casilda me traiga.
 Hazle esta merced, señor;
 que es quien agora la gana,
 porque viuda de mí,
 no pierda prenda tan alta.
 ¿Qué os parece?

REY.

REINA.

Que he llorado,
 que es la respuesta que basta
 para ver que no es delito,
 sino valor.

REY.

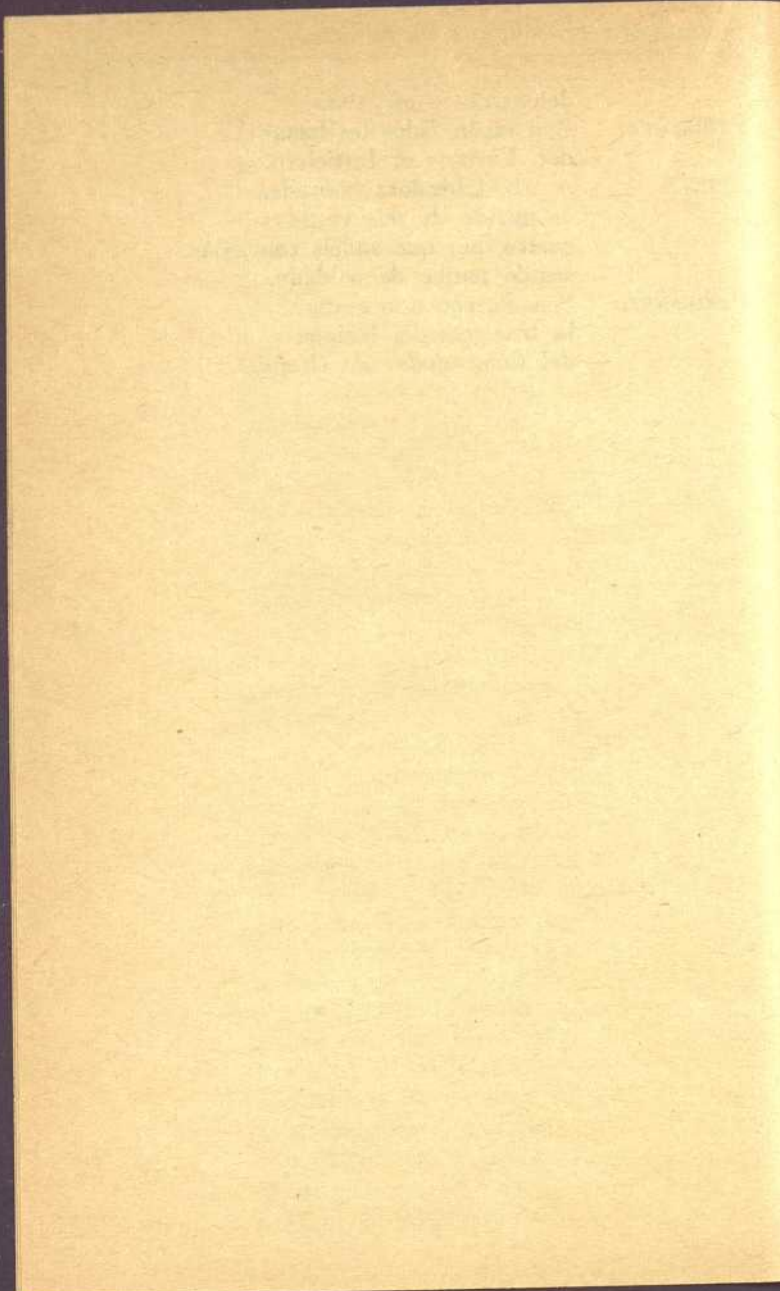
¡Cosa extraña!
 ¡Que un labrador tan humilde
 estime tanto su fama!
 ¡Vive Dios, que no es razón
 matarle! Yo le hago gracia
 de la vida... Mas ¿qué digo?
 Esto justicia se llama.
 Y a un hombre deste valor
 le quiero en esta jornada
 por capitán de la gente
 misma que sacó de Ocaña.
 Den a su mujer la renta,
 y cúmplase mi palabra,
 y después desta ocasión
 para la defensa y guarda
 de su persona, le doy
 licencia de traer armas

defensivas y ofensivas.

PERIBÁÑEZ. Con razón todos te llaman
don Enrique el Justiciero.

REINA. A vos, labradora honrada,
os mando de mis vestidos
cuatro, por que andéis con galas
siendo mujer de soldado.

PERIBÁÑEZ. Senado, con esto acaba
la tragicomedia insigne
del *Comendador de Ocaña*.



LA ESTRELLA DE SEVILLA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

En esta edición se sigue el texto completo, que formaba parte de un volumen de comedias (siglo XVII) y ocupaba en él los folios 99 a 120. Los textos corrientes hasta ahora provenían de una edición posterior, suelta (siglo XVII). El texto completo tiene 3.029 versos; aun así, le faltan unos cuantos. El texto de la *suelta* sólo tiene 2.503. El completo se reimprimió por primera vez en la *Revue Hispanique*, de París, 1920 (tomo XLVIII, páginas 534-655). Al final se nombra como autor a CARDENIO, poeta no identificado todavía. En la *suelta*, se cambió el nombre de CARDENIO por el de LOPE, a trueque de dejar cojo el verso. En las páginas iniciales de ambas ediciones se anuncia la obra como "de Lope de Vega", a quien resultaba cómodo atribuir cualquier comedia para que se vendiera. Se ignora quién sea el autor verdadero. El estilo no es de Lope.

Raymond Foulché-Delbox, el erudito investigador que reimprimió el texto completo, acompañado de minucioso estudio, calcula que la obra debió de escribirse antes de 1617.

PERSONAS

EL REY DON SANCHO EL BRAVO.
DON ARIAS.
DON PEDRO DE GUZMÁN, *alcalde mayor*.
FARFÁN DE RIBERA, *alcalde mayor*.
DON GONZALO DE ULLOA.
FERNÁN PÉREZ DE MEDINA.
DON SANCHO ORTIZ DE LAS ROELAS.
BUSTO TAVERA.
PEDRO DE CAUS, *alcaide*.
ESTRELLA, *dama*.
TEODORA.
NATILDE.
DON ÍÑIGO OSORIO.
DON MANUEL.
CLARINDO, *gracioso*.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS, MÚSICOS, GENTE.

La escena es en Sevilla.

A C T O P R I M E R O

ESCENA PRIMERA

Salón de alcázar

EL REY, DON ARIAS, DON PEDRO DE GUZMÁN, FARFÁN
DE RIBERA.

REY. Muy agradecido estoy
al cuidado de Sevilla,
y conozco que en Castilla
soberano rey ya soy.
Desde hoy reino, pues desde hoy
Sevilla me honra y ampara;
que es cosa evidente y clara
y es averiguada ley
que en ella no fuera rey
si en Sevilla no reinara.
Del gasto y recibimiento,
del aparato en mi entrada,
si no la dejo pagada,
no puedo quedar contento.
Mi corte tendrá su asiento
en ella, y no es maravilla
que la corte de Castilla
de asiento en Sevilla esté;
que en Castilla reinaré
mientras reinare en Sevilla.

DON PEDRO. Hoy sus alcaldes mayores
agradecidos pedimos
tus pies, porque recibimos
en su nombre tus favores.
Jurados y regidores

- ofrecen con voluntad
su riqueza y su lealtad,
y el Cabildo lo desea,
con condición que no sea
en daño de tu ciudad.
- REY. Yo quedo muy satisfecho...
- DON PEDRO. Tus manos nos da a besar.
- REY. Id, Sevilla, a descansar,
que con mi gozo habéis hecho
como quien sois, y sospecho
que a vuestro amparo he de hacerme
rey de Gibraltar, que duerme
descuidado en las colunas;
y con prósperas fortunas
haré que de mí se acuerde. ⁽¹⁾
- FARFÁN. Con su Audiencia y con su gente
Sevilla en tan alta empresa
le servirá a vuestra alteza, ⁽²⁾
ofreciendo juntamente
las vidas.
- DON ARIAS. Así lo siente,
señor Farfán, de los dos,
y satisfecho de vos,
su Alteza, y de su deseo.
- REY. Todo, Sevilla, lo creo
y lo conozco. Id con Dios.
(Vanse los alcaldes.)

ESCENA II

EL REY, DON ARIAS.

DON ARIAS. ¿Que te parece, señor,
de Sevilla?

REY. Parecido

(1) *Acuerda* no es consonante de *hacerme* y *duerme*.

(2) Tampoco *alteza* es consonante de *empresa*.

me ha tan bien, que hoy he sido sólo rey.

DON ARIAS. Mucho mejor, mereciendo tu favor, señor, te parecerá cada día.

REY. Claro está que ciudad tan rica y bella, viviendo despacio en ella, más despacio admirará.

DON ARIAS. El adorno y sus grandezas de las calles, no sé yo si Augusto en Roma las vió, ni, creo, tantas riquezas.

REY. Y las divinas bellezas, ¿por qué en silencio las pasas? ¿Cómo limitas y tasas sus celajes y arreboles? Y di ¿cómo, en tantos soles como fueron, no te abrasas?

DON ARIAS. Doña Leonor de Ribera todo un cielo parecía; que de su rostro nacía el sol de la primavera.

REY. Sol es, si blanca no fuera, y a un sol con rayos de nieve poca alabanza se debe, si en vez de abrasar, enfría. Sol que abrasase querría, no sol que helado se bebe.

DON ARIAS. ¿Doña Elvira de Guzmán, que es la que a su lado estaba, qué te pareció?

REY. Que andaba muy prolijo el alemán, pues de dos en dos están juntas las blancas ansí.

DON ARIAS. Un maravedí vi allí.



- REY. Aunque amor anda tan franco,
por maravedí tan blanco
no diera un maravedí.
- DON ARIAS. Doña Teodora de Castro
es la que viste de verde.
- REY. Bien en su rostro se pierde
el marfil y el alabastro.
- DON ARIAS. Sacárala amor de rastro,
si se la quisiera dar,
porque en un buen verde mar
engorda como en favor.
- REY. A veces es bestia amor
y el verde suele tomar.
- DON ARIAS. La que te arrojó las rosas,
doña Mencía se llama,
Coronel.
- REY. Hermosa dama;
mas otras vi más hermosas.
- DON ARIAS. Las dos morenas briosas,
que en la siguiente ventana
estaban, eran doña Ana
y doña Beatriz Mejía,
hermanas, con que aun el día
nuevos resplandores gana.
- REY. Por Ana es común la una,
y por Beatriz la otra es
sola como el fénix, pues
jamás le igualó ninguna.
- DON ARIAS. La buena o mala fortuna
¿también se atribuye al hombre?
- REY. En amor (y no te asombre)
los nombres con extrañeza
dan calidad y nobleza
al apetito del hombre.
- DON ARIAS. La blanca y rubia...
- REY. No digas
quién es ésa: la mujer
blanca y rubia vendrá a ser

mármol y azófar; y obligas,
 como adelante prosigas,
 a oír lo que me da pena.
 Una vi de gracia llena,
 y en silencio la has dejado;
 que en sola la blanca has dado
 y no has dado en la morena.
 ¿Quién es la que en un balcón
 yo con atención miré
 y la gorra le quité
 con alguna suspensión?
 ¿Quién es la que rayos son
 sus dos ojos fulminantes,
 en abrasar semejantes
 a los de Júpiter fuerte,
 que están dándome la muerte,
 de su rigor ignorantes?
 Una que, de negro, hacía
 fuerte competencia al sol,
 y al horizonte español
 entre ébano amanecía,
 Una noche, horror del día,
 pues, de negro, luz le daba,
 y él eclipsado quedaba;
 un borrón de la luz pura
 del Sol, pues con su hermosura
 sus puras líneas borraba.

DON ARIAS. Ya caigo, señor, en ella.

REY. En la mujer más hermosa
 repara, que es justa cosa.

DON ARIAS. Ésa la llaman *la Estrella
 de Sevilla*.

REY. Si es más bella
 que el sol, ¿cómo así la ofende?
 Mas Sevilla no se entiende,
 mereciendo su arrebol
 llamarse Sol, pues es Sol
 que vivifica y enciende.

- DON ARIAS. Es doña Estrella Tavera
su nombre, y por maravilla
la llama Estrella Sevilla.
- REY. Y Sol llamarla pudiera.
- DON ARIAS. Casarla su hermano espera
en Sevilla, como es justo.
- REY. ¿Llámase su hermano?
- DON ARIAS. Busto
Tavera, y es regidor
de Sevilla, cuyo honor
a su calidad ajusto.
- REY. ¿Y es casado?
- DON ARIAS. No es casado;
que en la esfera sevillana
es Sol si Estrella es su hermana;
que Estrella y Sol se han juntado.
- REY. En buena estrella he llegado
a Sevilla: tendré en ella
suerte favorable y bella
como lo deseo ya;
todo me sucederá
teniendo tan buena Estrella.
Si tal Estrella me guía,
¿cómo me puedo perder?
Rey soy, y he venido a ver
Estrellas a mediodía.
Don Arias, verla querría,
que me ha parecido bien.
- DON ARIAS. Si es Estrella que a Belén
te guía, señor, no es justo
que hagas a su hermano Busto
bestia del portal también.
- REY. ¿Qué orden, don Arias, darás
para que la vea y hable?
- DON ARIAS. Esa Estrella favorable,
a pesar del sol, verás,
a su hermano honrar podrás;
que los más fuertes honores

baten tiros de favores.
 Favorécele; que el dar,
 deshacer y conquistar
 puede imposibles mayores.
 Si tú le das y él recibe,
 se obliga; y si es obligado,
 pagará lo que le has dado;
 que al que dan, en bronce escribe.

REY. A llamarle te apercibe,
 y dar orden juntamente
 cómo la noche siguiente
 vea yo a Estrella en su casa;
 epiciclo que me abrasa
 con fuego que el alma siente.
 Parte, y llámame al hermano.

DON ARIAS. En el alcázar le vi;
 veré, señor, si está allí.

REY. Si hoy este imposible allano,
 mi reino pondré en su mano.

DON ARIAS. Yo esta Estrella te daré. *(Vase.)*

REY. Cielo estrellado seré
 en noche apacible y bella
 y solo con una Estrella
 más que el Sol alumbraré.
(Vase Don Arias.)

ESCENA III

DON GONZALO DE ULLOA, *con luto*. — EL REY.

DON GONZALO. Déme los pies vuestra alteza.

REY. Levantad, por vida mía.
 Día de tanta alegría
 ¿venís con tanta tristeza?

D. GONZALO. Murió mi padre...

REY. Perdí

- un valiente capitán.
 D. GONZALO. Y las fronteras están
 sin quien las defienda.
- REY. Sí.
 Faltó una heroica persona,
 y enternecido os escucho.
- D. GONZALO. Señor, ha perdido mucho
 la frontera de Archidona;
 y puesto, señor, que igual
 no ha de haber a valor,
 y que he heredado el honor
 de tan fuerte general,
 Vuestra Alteza no permita
 que no se me dé el oficio
 que ha vacado.
- REY. Claro indicio
 que en vos siempre se acredita.
 Pero la muerte llorad
 de vuestro padre, y en tanto
 que estáis con luto y con llanto,
 en mi corte descansad.
- D. GONZALO. Con la misma pretensión
 Fernán Pérez de Medina
 viene, y llevar se imagina
 por servicios el bastón;
 que en fin adalid ha sido
 diez años, y con la espada
 los nácares de Granada
 de rubíes ha teñido;
 y por eso adelantarme
 quise.
- REY. Yo me veré en ello;
 que, supuesto que he de hacello,
 quiero en ello consultarme.

ESCENA IV

FERNÁN PÉREZ DE MEDINA. — DICHOS.

FERNÁN. Pienso, gran Señor, que llego tarde a vuestros altos pies; besarlos quiero, y después...

REY. Fernán Pérez, con sosiego los pies me podéis besar; que aun en mis manos está el oficio, y no se da tal plaza sin consultar primero vuestra persona y otras del reino importantes, que, siendo en él los atlantes, serán rayos de Archidona. Id, y descansad.

D. GONZALO. Señor, este memorial os dejo.

FERNÁN. Y yo el mío, que es espejo del cristal de mi valor, donde se verá mi cara limpia, perfecta y leal.

D. GONZALO. También el mío es cristal que hace mi justicia clara.
(*Vanse don Gonzalo y Fernán.*)

ESCENA V

DON ARIAS, BUSTO TAVERA, EL REY.

DON ARIAS. Aquí, gran señor, está Busto Tavera.

BUSTO, A esos pies

turbado llego, porque es natural efecto ya en la presencia del Rey turbarse el vasallo; y yo, puesto que esto lo causó, como es ordinaria ley, dos veces llego turbado, porque el hacerme, señor, este impensado favor, turbación en mí ha causado. Alzad.

REY.

BUSTO.

Bien estoy así; que si el Rey se ha de tratar como santo en el altar, digno lugar escogí.

REY.

BUSTO.

Vos sois un gran caballero. De eso he dado a España indicio; pero conforme a mi oficio, señor, los aumentos quiero.

REY.

BUSTO.

¿Pues yo no os puedo aumentar?

Divinas y humanas leyes dan potestad a los reyes; pero no les dan lugar a los vasallos a ser con sus reyes atrevidos, porque con ellos medidos, gran señor, deben tener sus deseos; y así, yo, que exceder las leyes veo, junto a la ley mi deseo.

REY.

¿Cuál hombre no deseo ser más siempre?

BUSTO.

Si más fuera, cubierto me hubiera hoy; pero si Tavera soy, no ha de cubrirse Tavera.

REY.

(*Aparte, con Don Arias.*) ¡Notable de honor!
[filosofía]

DON ARIAS. (*Aparte, con el Rey.*) Éstos son primero los que caen.

REY. Yo no quiero,
Tavera, por vida mía,
que os cubráis hasta aumentar
vuestra persona en oficio,
que os dé deste amor indicio;
y así, os quiero consultar,
sacándoos de ser Tavera,
por general de Archidona;
que vuestra heroica persona
será rayo en su frontera.

BUSTO. Pues yo, señor, ¿en qué guerra os he servido?

REY. En la paz.
os hallo, Busto, capaz
para defender mi tierra;
tanto, que ahora os prefiero
a estos que servicios tales
muestran por sus memoriales,
que aquí en mi presencia quiero
que leáis y despachéis.
Tres pretenden, que sois vos
y estos dos; mirad qué dos
competidores tenéis.

BUSTO. (*Lee.*) «Muy poderoso señor: Don Gon-
»zalo de Ulloa suplica a Vuestra Alteza
»le haga merced de la plaza de capitán
»general de las fronteras de Archidona,
»atento que mi padre lo ha servido ca-
»torce años, haciendo notables servicios
»a Dios y a vuestra corona; ha muerto
»en una escaramuza. Pido justicia.»
Si de su padre el valor
ha heredado don Gonzalo
el oficio le señalo.

(*Lee.*) «Muy poderoso señor:
»Fernán Pérez de Medina

» veinte años soldado ha sido,
 » y a vuestro padre ha servido,
 » yserviros imagina
 » con su brazo y con su espada,
 » en propios reinos, y extraños.
 » Ha sido adalid diez años
 » de l avega de Granada,
 » ha estado captivo en ella
 » tres años en ejercicios
 » cortos; por cuyos oficios,
 » y por su espada, que en ella
 » toda su justicia abona,
 » pide en este memorial
 » el bastón de general
 » de los campos de Archidona.»

REY.

BUSTO.

Decid los vuestros.
 No sé
 servicio aquí que decir,
 por donde pueda pedir
 ni por donde se me dé.
 Referir de mis pasados
 los soberanos blasones,
 tantos vencidos pendones
 y castillos conquistados,
 pudiera; pero, señor,
 ya por ellos merecieron
 honor; y si ellos sirvieron,
 no merezco yo su honor.
 La justicia, para sello,
 ha de ser bien ordenada,
 porque es caridad sagrada
 que Dios cuelga de un cabello,
 para que, si a tanto exceso
 de una cosa tan sutil,
 para que, cayendo en fil,
 no se quiebre, y dé buen peso.
 Dar este oficio es justicia
 a uno de los dos aquí;

que si me le dais a mí,
 hacéis, señor, injusticia.
 Y aquí en Sevilla, señor,
 en cosa no os he obligado;
 que en las guerras fuí soldado,
 y en las paces regidor.
 Y si va a decir verdad,
 Fernán Pérez de Medina
 merece el cargo; que es dina
 de la frontera su edad.
 Y a don Gonzalo podéis,
 que es mozo, y cordobés Cid,
 hacer, señor, adalid.

REY. Sea, pues vos lo queréis.

BUSTO. Sólo quiero (y la razón
 y la justicia lo quieren)
 darles a los que sirvieren
 debida satisfacción.

REY. Basta; que me avergonzáis
 con vuestros buenos consejos.

BUSTO. Son mis verdades espejos;
 y así, en ellas os miráis.

REY. Sois un grande caballero,
 y en mi cámara y palacio
 quiero que asistáis despacio,
 porque yo conmigo os quiero.
 ¿Sois casado?

BUSTO. Gran señor,
 soy de una hermana marido,
 y casarme no he querido
 hasta dársele.

REY. Mejor,
 yo, Busto, se le dará.
 ¿Es su nombre?

BUSTO. Doña Estrella

REY. A Estrella tan clara y bella,
 no sé qué esposo le dé
 si no es el Sol.

- BUSTO. Sólo un hombre,
señor, para Estrella anhelo;
que no es estrella del cielo.
- REY. Yo la casaré, en mi nombre,
con hombre que la merezca.
- BUSTO. Por ello los pies te pido.
- REY. Daréla, Busto, marido
que a su igual no desmerezca.
Y decidle que he de ser
padrino y casamentero,
y que yo dotarla quiero.
- BUSTO. Ahora quiero saber,
señor para qué ocasión
Vuestra Alteza me ha llamado;
porque me ha puesto en cuidado.
- REY. Tenéis, Tavera, razón;
yo os llamé para un negocio
de Sevilla, y quise hablaros
primero, para informaros
dél; pero la paz y el ocio
nos convida: más despacio
lo trataremos los dos.
Desde hoy asistidme vos
en mi cámara y palacio.
Id con Dios.
- BUSTO. Dadme los pies.
- REY. Mis dos brazos, Regidor,
os daré.
- BUSTO. Tanto favor...
(*Aparte.*) No puedo entender por qué.
Sospechoso voy: quererme,
y sin conocerme honrarme...
El Rey quiere sobornarme
de algún mal que piensa hacerme. (*Vase.*)

ESCENA VI

EL REY, DON ARIAS.

- REY. El hombre es bien entendido,
y tan cuerdo como honrado.
- DON ARIAS. Destos honrados me enfado.
¡Cuántos, gran señor, lo han sido,
hasta dar con la ocasión!
Sin ella, son destos modos
todos cuerdos; pero todos
con ella bailan a un son.
Aquél murmura hoy de aquel
que el otro ayer murmuró;
que la ley que ejecutó
ejecuta el tiempo en él.
Su honra en una balanza
pone; en otra poner puedes
tus favores y mercedes,
tu lisonja y tu privanza;
y verás, gran señor, cómo
la que agora está tan baja
viene a pesar una paja,
y ella mil marcos de plomo.
- REY. Encubierto pienso ver
esta mujer en su casa,
que es Sol, pues tanto me abrasa,
aunque Estrella al parecer.
- DON ARIAS. Mira que podrán decir...
- REY. Los que reparando están,
amigo, en lo que dirán,
se quieren dejar morir.
Viva yo, y diga Castilla
lo que quisiere entender;
que rey mago quiero ser
de la Estrella de Sevilla

(Vanse.)

ESCENA VII

Sala en casa de Busto Tavera.

SANCHO, ESTRELLA, NATILDE, CLARINDO.

SANCHO.

Divino ángel mío,
 ¿cuándo seré tu dueño
 sacando deste empeño
 las ansias que te envió?
 ¿Cuándo el blanco rocío
 que vierten mis dos ojos,
 sol que alumbrando sales
 en conchas de corales,
 de que ha formado amor los labios rojos,
 con apacibles calmas
 perlas harás que engasten nuestras al-
 [mas?

¿Cuándo, dichosa Estrella
 que como el Sol adoro,
 a tu epiciclo de oro
 resplandeciente y bella,
 la luz que baña y sella
 tu cervelo divino,
 con rayos de alegría
 adornarás el día,
 juntándonos amor en solo un sino,
 para que emule el cielo
 otro Cástor y Pólux en el suelo?
 ¿Cuándo en lazos iguales
 nos llamará Castilla
 Géminis de Sevilla
 con gustos inmortales?
 ¿Cuándo tendrán mis males
 esperanzas de bienes?
 ¿Cuándo, alegre y dichoso,
 me llamaré tu esposo,
 a pesar de los tiempos que detienes,

que en perezoso turno
caminan con las plantas de Saturno?

ESTRELLA.

Si como mis deseos
los tiempos caminaran,
al sol aventajaran
los pasos giganteos,
y mis dulces empleos
celebrara Sevilla,
sin envidiar celosa,
amante y venturosa,
la regalada y tierna tortolilla,
que con arrullos ronc
tálamos hace de los huecos troncos.
En círculos amantes
ayer se enamoraban
do sabes, y formaban
requiebros ignorantes;
sus picos de diamantes,
sus penachos de nieve
dulcemente ofendían,
mas luego los hacían
vaso en que amor sus esperanzas bebe,
pues los picos unidos
se brindaban las almas y sentidos.

SANCHO.

¡Ay, cómo te agradezco,
mi vida, esos deseos!
Los eternos trofeos
de la fama apetezco;
sólo el alma te ofrezco.

ESTRELLA.

Yo con ella la vida,
para que viva en ella.

SANCHO.

¡Ay, amorosa Estrella,
de fuego y luz vestida!

ESTRELLA.

¡Ay, piadoso homicida!

SANCHO.

¡Ay, sagrados despojos,
norte en el mar de mis confusos ojos!

CLARINDO.

(*A Natilde.*) ¿Cómo los dos no damos
de holandas y cambrayes

los arroyuelos puros,
y en su argentado suelo
grillos les pone el hielo;
pues si éstos dél jamás están seguros,
¿cómo en tanta mudanza
podré tener del tiempo confianza?

ESTRELLA.

Si el tiempo se detiene,
habla a mi hermano.

SANCHO.

Quiero

hablarle, porque muero
lo que amor se entretiene.

CLARINDO.

Busto Tavera viene.



ESCENA VIII

BUSTO. — DICHOS.

BUSTO.

¡Sancho amigo!

ESTRELLA.

¡Ay! ¿Qué es ésto?

SANCHO.

¿Vos con melancolía?

BUSTO.

Tristeza y alegría
en cuidado me ha puesto.
Éntrate dentro, Estrella.

ESTRELLA.

¡Válgame Dios, si el tiempo me atropella!

(Vanse Estrella y Natilde.)

ESCENA IX

SANCHO, BUSTO, CLARINDO.

BUSTO.

Sancho Ortiz de las Roelas...

SANCHO.

¿Ya no me llamáis cuñado?

BUSTO.

Un caballo desbocado
me hace correr sin espuelas.

Sabed que el Rey me llamó;
no sé, por Dios, para qué;
que aunque se lo pregunté,
jamás me lo declaró.

Hacíame general
de Archidona sin pedillo;
y a fuerza de resistillo
no me dió el bastón real.
Hízome al fin...

SANCHO. Proseguid;
que todo eso es alegría.
Decid la melancolía,
y la tristeza decid.

BUSTO. De su cámara me ha hecho.

SANCHO. También es gusto.

BUSTO. Al pesar
vamos.

SANCHO. (*Aparte.*) Que me ha de costar
algún cuidado sospecho.

BUSTO. Dijome que no casara
a Estrella, porque él quería
casalla, y se profería,
cuando yo no la dotara,
a hacello y dalla marido
a su gusto.

SANCHO. Tú dijiste
que estabas alegre y triste;
mas yo solo el triste he sido,
pues tú alcanzas las mercedes,
y yo los pesares cojo.
Déjame a mí con tu enojo,
y tú el gusto tener puedes;
que en la cámara del Rey,
y bien casada tu hermana,
el tenerle es cosa llana.
Mas no cumples con la ley
de amistad, porque debías
decirle al Rey que ya estaba

- casada tu hermana.
- BUSTO. Andaba
entre tantas demasías
turbado mi entendimiento,
que lugar no me dió allí
a decirlo.
- SANCHO. Siendo así,
¿no se hará mi casamiento?
- BUSTO. Volviendo a informar al Rey
que están hechos los conciertos
y escrituras, serán ciertos
los contratos; que su ley
no ha de atropellar lo justo.
- SANCHO. Si el Rey la quiere torcer,
¿quién fuerza le podrá hacer,
habiendo interés o gusto?
- BUSTO. Yo le hablaré y vos también,
pues yo entonces, de turbado,
no le dije lo tratado.
- SANCHO. ¡Muerte pesares me den!
Bien decía que en el tiempo
no hay instante de firmeza,
y que el llanto y la tristeza
son sombra de pasatiempo.
Y cuando el Rey con violencia
quisiere torcer la ley...
- BUSTO. Sancho Ortiz, el Rey es Rey;
callar y tener paciencia. *(Vase.)*

ESCENA X

SANCHO, CLARINDO.

- SANCHO. En ocasión tan triste,
¿quién paciencia tendrá, quién sufri-
¡Tirano, que veniste [miento?

a perturbar mi dulce casamiento,
 con aplauso a Sevilla,
 no goces los imperios de Castilla!
 Bien de don Sancho el Bravo
 mereces el renombre, que en las obras
 de conocerte acabo,
 y pues por tu crueldad tal nombre co-
 y Dios siempre la humilla, [bras,
 ¡no goces los imperios de Castilla!
 ¡Conjúrese tu gente,
 y ponga a los hijos de tu hermano
 la corona en la frente
 con bulas del Pontífice Romano,
 y dándoles tu silla,
 no goces los imperios de Castilla!
 De Sevilla salgamos;
 vamos a Gibraltar, donde las vidas
 en su riesgo perdamos.

CLARINDO.

Sin ir allá las damos por perdidas.

SANCHO.

Con Estrella tan bella,

¿cómo vengo a tener tan mala estrella?

Mas, ¡ay, que es rigurosa

y en mí son sus efectos desdichados!

CLARINDO.

Por esta Estrella hermosa

morimos como huevos estrellados;

mejor fuera en tortilla.

SANCHO.

¡No goces los imperios de Castilla!

(Vanse.)

ESCENA XI

*Calle*EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO; *después* BUSTO.

REY.

Decid cómo estoy aquí.

DON ARIAS.

Ya lo saben, y a la puerta
a recebirte, señor,

- sale don Busto Tavera (*Sale Busto.*)
- BUSTO. ¡Tal merced, tanto favor!
 ¿En mi casa Vuestra Alteza?
- REY. Por Sevilla así embozado
 salí, con gusto de vella,
 y me dijeron, pasando,
 que eran vuestras casas éstas,
 y quise verlas, que dicen
 que son en extremo buenas.
- BUSTO. Son casas de un escudero.
- REY. Entremos.
- BUSTO. Señor, son hechas
 para mi humildad, y vos
 no podéis caber en ellas;
 que para tan gran señor
 se cortaron muy estrechas,
 y no os vendrán bien sus salas,
 que son, gran señor, pequeñas,
 porque su mucha humildad
 no aspira a tanta soberbia.
 Fuera, señor, de que en casa
 tengo una hermosa doncella
 solamente, que la caso
 ya con escrituras hechas,
 y no sonará muy bien
 en Sevilla, cuando sepan
 que a visitarla veís.
- REY. No vengo, Busto, por ella;
 por vos vengo.
- BUSTO. Gran señor,
 notable merced es ésta;
 y si aquí por mí venís,
 no es justo que os obedezca;
 que será descortesía
 que a visitar su rey venga
 al vasallo, y que el vasallo
 lo permita y lo consienta.
 Criado y vasallo soy,

- y es más razón que yo os vea,
ya que me queréis honrar,
en el alcázar; que afrentan
muchas veces las mercedes,
cuando vienen con sospecha.
¿Sospecha? ¿De qué?
- REY.
BUSTO. Dirán,
puesto que al contrario sea,
que venistes a mi casa
por ver a mi hermana; y puesta
en buena opinión su fama,
está a pique de perderla;
que el honor es cristal puro,
que con un soplo se quiebra.
- REY. Ya que estoy aquí, un negocio
comunicaros quisiera.
Entremos.
- BUSTO. Por el camino
será, si me dais licencia;
que no tengo aperebida
la casa.
- REY. (*Aparte, con don Arias.*)
Gran resistencia
nos hace.
- DON ARIAS. (*Aparte, con el rey.*) Llevalle importa;
que yo quedaré con ella
y en tu nombre la hablaré.
- REY. Habla paso, no te entienda,
que tiene todo su honor
este necio en las orejas.
- DON ARIAS. Arracadas muy pesadas
de las orejas se cuelgan;
el peso las romperá.
- REY. Basta; no quiero por fuerza
ver vuestra casa.
- BUSTO. Señor,
en casando a doña Estrella,

con el adorno que es justo
la verá.

DON ARIAS. Esos coches llegan.

REY. Ocupad, Busto, un estribo.

BUSTO. A pie, si me dais licencia,
he de ir.

REY. El coche es mío
y mando yo en él.

DON ARIAS. Ya esperan
los coches.

REY. Guíen al alcázar.

BUSTO. (*Aparte.*) Muchas mercedes son éstas;
gran favor el Rey me hace:
¡plegue a Dios que por bien sea! (*Vase.*)

ESCENA XII

Sala en casa de Busto.

ESTRELLA, NATILDE; *después*, DON ARIAS.

ESTRELLA. ¿Qué es lo que dices, Natilde?

NATILDE. Que era el Rey, señora. (*Sale don Arias.*)

DON ARIAS. Él era,

y no es mucho que los reyes
siguiendo una estrella vengan.

A vuestra casa venía
buscando tanta belleza;
que si el Rey lo es de Castilla,
vos de la beldad sois reina.

El Rey don Sancho, a quien llaman
por su invicta fortaleza

el Bravo el vulgo, y los moros,
porque de su nombre tiemblan,
el Fuerte, y sus altas obras
el Sacro y Augusto César,
que los laureles romanos

con sus hazañas afrenta,
 esa divina hermosura
 vió en un balcón, competencia
 de los palacios del alba,
 cuando, en rosas y azucenas
 medio dormidas, las aves
 la madrugan y recuerdan,
 y del desvelo llorosa,
 vierte racimos de perlas.
 Mandóme que de Castilla
 las riquezas te ofreciera,
 aunque son para tus gracias
 limitadas las riquezas.
 Que su voluntad admitas;
 que si la admites y premias,
 serás de Sevilla el Sol,
 si hasta aquí has sido la Estrella.
 Daráte villas, ciudades,
 de quien serás rica hembra,
 y te dará a un rico hombre
 por esposo, con quien seas
 corona de tus pasados
 y aumento de tus Taveras.
 ¿Qué respondes?

ESTRELLA.

¿Qué respondo?

Lo que ves. (*Vuelve la espalda.*)

DON ARIAS.

Aguarda, espera.

ESTRELLA.

A tan livianos recados
 da mi espalda la respuesta (*Vase.*)

ESCENA XIII

DON ARIAS, NATILDE.

DON ARIAS. (*Aparte.*) ¡Notable valor de hermanos!
 Los dos suspenso me dejan.
 La gentilidad romana

Sevilla en los dos celebra.
 Parece cosa imposible
 que el Rey los contraste y venza;
 pero porfía y poder
 talan montes, rompen peñas.
 Hablar quiero a esta criada;
 que las dádivas son puertas
 para conseguir favores
 de las Porcias y Lucrecias.
 ¿Eres criada de casa?

NATILDE. Criada soy; mas por fuerza.

DON ARIAS. ¿Cómo por fuerza?

NATILDE. Que soy
 esclava.

DON ARIAS. ¿Esclava?

NATILDE. Y sujeta,

sin la santa libertad,
 a muerte y prisión perpetua.

DON ARIAS. Pues yo haré que el Rey te libre,
 y mil ducados de renta
 con la libertad te dé,
 si en su servicio te empleas.

NATILDE. Por la libertad y el oro
 no habrá maldad que no emprenda;
 mira lo que puedo hacer,
 que lo haré como yo pueda.

DON ARIAS. Tú has de dar al Rey entrada
 en casa esta noche.

NATILDE. Abiertas
 todas las puertas tendrá,
 como cumplas la promesa.

DON ARIAS. Una cédula del Rey
 con su firma y de su letra,
 antes que entre, te daré.

NATILDE. Pues yo le pondré en la misma
 cama de Estrella esta noche.

DON ARIAS. ¿A qué hora Busto se acuesta?

NATILDE. Al alba viene a acostarse.

Todas las noches requiebra;
que este descuido en los hombres
infinitas honras cuesta.
DON ARIAS. Y ¿a qué hora te parece
que venga el Rey?

NATILDE. Señor, venga
a las once; que ya entonces
estará acostada.

DON ARIAS. Lleva
esta esmeralda en memoria
de las mercedes que esperas
del Rey.

NATILDE. Que no hay para qué.

DON ARIAS. No quiero que te parezcas
a los médicos.

NATILDE. Por oro,
¿qué monte tendrá firmeza?
El oro ha sido en el mundo
el que los males engendra,
porque, si él faltara, es claro
no hubiera infamias ni afrentas.

(Vanse.)

ESCENA XIV

Salón del alcázar.

DON ÍÑIGO OSORIO, BUSTO y DON MANUEL, con llaves
doradas.

DON MANUEL. Goce vuestra señoría
la llave y cámara, y vea
el aumento que desea.

BUSTO. Saber pagalle querría
a Su Alteza la merced
que me hace sin merecella.

- DON ÍÑIGO. Mucho merecéis, y en ella
que no se engaña creed
el Rey.
- BUSTO. Su llave me ha dado,
puerta me hace de su cielo;
aunque me amenaza el suelo,
viéndome tan levantado;
que como impensadamente
tantas mercedes me ha hecho,
que se ha de mudar sospecho
el que honra tan de repente.
Mas, conservando mi honor,
si a lo que he sido me humilla,
vendré a quedarme en Sevilla
veinticuatro y Regidor.
- DON ÍÑIGO. ¿Quién es de guarda?
- DON MANUEL. Ninguno.
de los tres.
- DON ÍÑIGO. Pues yo quisiera
holgarme.
- DON MANUEL. Busto Tavera,
si tenéis requiebro alguno,
esta noche nos llevad
y la espalda os guardaremos.
- BUSTO. Si queréis que visitemos
lo común de la ciudad,
yo os llevaré donde halléis
conchetos y vozería,
y dulce filosofía
de amor.
- DON MANUEL. Merced nos haréis.

ESCENA XV

DON ARIAS. — DICHOS.

DON ARIAS. A recoger, caballeros;
que quiere el Rey escribir.

DON MANUEL. Vamos, pues, a divertir
la noche.
(Vanse Busto, don Iñigo y don Manuel.)

ESCENA XVI

EL REY, DON ARIAS.

REY. ¿Que sus luceros
esta noche he de gozar,
don Arias?

DON ARIAS. La esclavilla
es extremada.

REY. Castilla
estatuas la ha de labrar.

DON ARIAS. Una cédula has de hacella.

REY. Ve, don Arias, a ordenalla;
que no dudaré en firmalla,
como mi amor lo atropella.

DON ARIAS. ¡Buena queda la esclavilla,
a fe de noble!

REY. Recelo
que me vende el sol del cielo
en la Estrella de Sevilla.

ESCENA PRIMERA

Calle

EL REY, DON ARIAS y NATILDE, *a la puerta de casa de Busto.*

NATILDE. Solo será más seguro;
que todos reposan ya.

REY. ¿Estrella?

NATILDE. Durmiendo está,
y el cuarto en que duerme, oscuro.

REY. Aunque decillo bastaba,
éste es, mujer, el papel,
con la libertad en él;
que yo le daré otra esclava
a Busto.

DON Arias. El dinero y todo
va en él.

NATILDE. Dadme vuestros pies.

DON ARIAS. *(Aparte, al Rey.)* Todos con el interés
son, señor, de un mismo modo.

REY. Divina cosa es reinar.

DON ARIAS. ¿Quién lo puede resistir?

REY. Al fin, solo he de subir,
para más disimular.

DON ARIAS. ¿Sólo te aventuras?

REY. Pues,
¿por qué espumosos remolcos
por mançanas paso a Colcos?

Busto mi vasallo es:
 ¿no es su casa ésta en que estoy?
 Pues dime, ¿a qué me aventuro?
 Y cuando no esté seguro,
 ¿conmigo mismo no voy?
 Vete.

DON ARIAS. ¿Dónde aguardaré?

REY. Desviado de la calle,
 en parte donde te halle.

DON ARIAS. En San Marcos entraré. *(Vase.)*

REY. ¿A qué hora Busto vendrá?

NATILDE. Viene siempre cuando al alba
 hacen pajarillos salva;
 y abierta la puerta está
 hasta que él viene.

REY. El amor

me alienta tan alta empresa. ⁽¹⁾

NATILDE. Busque tras mí Vuestra Alteza ⁽²⁾

lo oscuro del corredor;
 que así llegará a sus bellas
 luces.

REY. Mira mis locuras,
 pues los dos, ciegos y a oscuras,
 vamos a caza de Estrellas.

NATILDE. ¿Qué Estrella al Sol no se humilla?

REY. Aunque soy don Sancho el Bravo,
 venero en el cielo octavo
 esta Estrella de Sevilla.

(Vanse.)

(1 y 2) Otra vez *empresa* por consonante de *alteza*.

ESCENA II

DON MANUEL, BUSTO, DOÑ IÑIGO.

BUSTO. Ésta es mi posada.
 DON IÑIGO. Adiós.
 BUSTO. Es temprano para mí.
 DON MANUEL. No habéis de pasar de aquí.
 BUSTO. Basta.
 DON IÑIGO. Tenemos los dos
 cierta visita que hacer.
 BUSTO. ¿Qué os pareció Feliciano?
 DON MANUEL. En el alcázar mañana
 amigo, en esa mujer
 hablaremos; que es figura
 muy digna de celebrar.
(Vanse don Manuel y don Iñigo.)

ESCENA III

BUSTO. Temprano me entro a acostar.

(Mirando el portal de su casa.)

Toda la casa está oscura.
 ¿No hay un paje? ¡Hola, Luján,
 Osorio, Juanico, Andrés!
 Todos duermen. ¡Justa, Inés!
 También ellas dormirán.
 ¡Natilde! También la esclava
 se ha dormido: es dios el sueño,
 y de los sentidos dueño.

(Éntrase en su casa.)

ESCENA IV

Sala en casa de Busto.

EL REY, NATILDE; *después*, BUSTO.

- NATILDE. Pienso que es el que llamaba
mi señor. ¡Perdida soy!
- REY. ¿No dijiste que venía
al alba?
- NATILDE. Desdicha es mía.
(Sale Busto y el Rey se emboza.)
- BUSTO. ¡Natilde!
- NATILDE. ¡Ay Dios! Yo me voy.
- REY. *(Aparte, a ella.)* No tengas pena.
(Vase Natilde.)

ESCENA V

EL REY, BUSTO.

- BUSTO. ¿Quién es?
- REY. Un hombre.
- BUSTO. ¡A estas horas hombre
y en mi casa! Diga el nombre.
- REY. Aparta.
- BUSTO. No sois cortés;
y si pasa, ha de pasar
por la punta desta espada;
que aunque esta casa es sagrada,
la tengo de profanar.
- REY. Ten la espada.
- BUSTO. ... ¿Qué es tener,
cuando el cuarto de mi hermana

desta suerte se profana?

Quién sois tengo de saber,
o aquí os tengo de matar.

REY. Hombre de importancia soy;
déjame.

BUSTO. En mi casa estoy,
y en ella yo he de mandar.

REY. Déjame pasar: advierte
que soy hombre bien nacido
y aunque a tu casa he venido,
no es mi intención ofenderte,
sino aumentar más tu honor.

BUSTO. ¡El honor así se aumenta!

REY. Corre tu honor por mi cuenta.

BUSTO. Por esta espada es mejor.
Y si mi honor procuráis,
¿cómo embozado venís?
Honrándome, ¿os encubris?
Dándome honor, ¿os tapáis?
Vuestro temor os convenza,
como averiguado está,
que ninguno que honra da
tiene de dalla vergüenza.
Meted mano, o ¡vive Dios,
que os mate!

REY. ¡Necio apurar!

BUSTO. Aquí os tengo de matar
o me habéis de matar vos. (*Mete mano.*)

REY. (*Aparte.*) (Diréle quién soy.) Detente;
que soy el Rey.

BUSTO. Es engaño.
¡El Rey procurar mi daño,
solo, embozado y sin gente!
No puede ser; y a Su Alteza
aquí, villano, ofendéis,
pues defeto en él ponéis,
que es una extraña bajeza.
¡El Rey había de estar

sus vasallos ofendiendo!
 Desto de nuevo me ofendo;
 por esto os de matar,
 aunque más me porfiéis;
 que, ya que a mí me ofendáis,
 no en su grandeza pongáis
 tal defeto, pues sabéis
 que sacras y humanas leyes
 condenan a culpa estrecha
 al que imagina o sospecha
 cosa indigna de los reyes.

REY. (*Aparte.*) ¡Qué notable apurar de hom-
 Hombre, digo que el Rey soy. [bre!

BUSTO. Menos crédito te doy;
 porque aquí no viene el nombre
 de rey con las obras, pues
 es el rey el que da honor;
 tú buscas mi deshonor.

REY. (*Aparte.*) Éste es necio y descortés:
 ¿qué he de hacer?

BUSTO. (*Aparte.*) (El embozado
 es el Rey, no hay que dudar.
 Quiérole dejar pasar
 y saber si me ha afrentado
 luego; que el alma me incita
 la cólera y el furor;
 que es como censo el honor,
 que aun el que le da le quita.)
 Pasa, cualquiera que seas,
 y otra vez al Rey no infames,
 ni el Rey, villano, te llames
 cuando haces hazañas feas.
 Mira que el Rey, mi señor,
 del África horror y espanto,
 es cristianísimo y santo,
 y ofendes tanto valor.
 La llave me ha confiado
 de su casa y no podía

venir sin llave a la mía
cuando la suya me ha dado.
Y no atropelléis la ley;
mirad que es hombre en efeto:
esto os digo y os respeto
porque os fingisteis el Rey.
Y de verme no os asombre
fiel, aunque quedo afrentado;
que un vasallo está obligado
a tener respeto al nombre.
Esto don Busto Tavera
aquí os lo dice, y ¡por Dios!
que como lo dice a vos
a él mismo se lo dijera.
Y sin más atropellallos
contra Dios y contra ley,
así aprenderá a ser rey
del honor de sus vasallos.

REY.

Ya no lo puedo sufrir;
que estoy confuso y corrido.
¡Necio! Porque me he fingido
el Rey, ¿me dejas salir?
Pues advierte que yo quiero,
porque dije que lo era,
salir de aquesta manera; (*Mete mano.*)
que si libertad adquiero
porque aquí rey me llamé,
y en mí respetas el nombre,
por que te admire y te asombre,
en las obras lo seré.
Muere, villano; que aquí
aliento el nombre me da
de rey, y él te matará.
Sólo mi honor reina en mí. (*Riñen.*)

BUSTO.

ESCENA VI

CRIADOS, *con luces*; NATILDE.—EL REY, *embozado*;
BUSTO.

CRIADOS. ¿Qué es esto?

REY. (*Aparte.*) Escaparme quiero
antes de ser conocido.

Deste villano ofendido
voy; pero vengarme espero. (*Vase.*)

UN CRIADO. Huyó quien tu afrenta trata.

BUSTO. Seguidle, dadle el castigo...

—Dejadle; que al enemigo
se ha de hacer puente de plata.

Si huye, la gloria es notoria
que se alcanza sin seguir,

que el vencido con huir
da al vencedor la vitoria.

Cuanto más, que éste que huyó,

más por no ser conocido

huye, que por ser vencido,

porque nadie le venció.

Dadle una luz a Natilde,

y entraos vosotros allá.

(*Dánsela, y vanse los criados.*)

ESCENA VII

BUSTO, NATILDE.

BUSTO. (*Aparte.*) (Ésta me vende, que está
avergonzada y humilde.

La verdad he de sacar
con una mentira cierta.)

Cierra de golpe esa puerta.

Aquí os tengo de matar:
todo el caso me ha contado
el Rey.

NATILDE. (*Aparte.*) (Si él no guardó
el secreto, ¿cómo yo,
con tan infelice estado,
lo puedo guardar?) Señor,
todo lo que el Rey te dijo
es verdad.

BUSTO. (*Aparte.*) (Ya aquí colijo
los defetos de mi honor.)
¿Qué tú al fin al Rey le diste
entrada?

NATILDE. Me prometió
la libertad; y así, yo
por ella, como tú viste,
hasta este mismo lugar
le metí.

BUSTO. Y dí: ¿sabe Estrella
algo desto?

NATILDE. Pienso que ella
en sus rayos a abrasar
me viniera, si entendiera
mi concierto.

BUSTO. Es cosa clara;
porque si acaso enturbiara
la luz, Estrella no fuera.
No permite su arrebol
eclipse ni sombra oscura;
que es su luz, brillante y pura,
participada del sol.

NATILDE. A su cámara llegó;
en dándome este papel,
entró el Rey, y tú tras él.

BUSTO. ¿Cómo? ¿Este papel te dió?

NATILDE. Con mil ducados de renta
y la libertad.

BUSTO. (*Aparte.*) ¡Favor

grande! ¡A costa de mi honor!
 ¡Bien me engrandece y aumenta!
 Ven conmigo.

NATILDE.

¿Dónde voy?

BUSTO.

Vas a que te vea el Rey;
 que así cumplo con la ley
 y obligación en que estoy.

NATILDE.

¡Ay desdichada esclavilla!

BUSTO.

(*Aparte.*) Si el Rey la quiso eclipsar,
 fama a España ha de quedar
 de la Estrella de Sevilla. (Vanse.)

ESCENA VIII

Calle que sale al alcázar.

EL REY, DON ARIAS.

REY.

Esto al fin ha sucedido.

DON ARIAS.

Quisiste entrar solo.

REY.

Ha andado
 tan necio y tan atrevido,
 que vengo, amigo, afrentado;
 que sé que me ha conocido.
 Metió mano para mí
 con equívocas razones,
 y aunque más me resistí,
 las naturales acciones
 con que como hombre nací,
 del decoro me sacaron
 que pide mi majestad.
 Doy sobre él; pero llegaron
 con luces, que la verdad
 dijera que imaginaron,
 si la espalda no volviera,
 temiendo el ser conocido;

y vengo desta manera.
Lo que ves me ha sucedido,
Arias, con Busto Tavera.

DON ARIAS. Pague con muerte el disgusto;
degiéllale, vea el sol
naciendo el castigo justo,
pues en el orbe español
no hay más leyes que tu gusto.

REY. Matarle públicamente,
Arias, es yerro mayor.

DON ARIAS. Causa tendrá suficiente;
que en Sevilla es regidor,
y el más sabio y más prudente
no deja, señor, de hacer
algún delito, llevado
de la ambición y el poder.

REY. Es tan cuerdo y tan mirado,
que culpa no ha de tener.

DON ARIAS. Pues hazle, señor, matar
en secreto.

REY. Eso sí:
mas ¿de quién podré fiar
este secreto?

DON ARIAS. De mí.

REY. No te quiero aventurar.

DON ARIAS. Pues yo darte un hombre quiero,
valeroso y gran soldado,
como insigne caballero,
de quien el moro ha temblado
en el obelisco fiero
de Gibraltar, donde ha sido
muchas veces capitán
victorioso, y no vencido,
y hoy en Sevilla le dan,
por gallardo y atrevido,
el lugar primero; que es
de militares escuelas,
el sol.

- REY. Su nombre ¿cómo es?
- DON ARIAS. Sancho Ortiz de las Roelas,
y el Cid andaluz después.
Éste le dará la muerte,
señor, con facilidad,
que es bravo, robusto y fuerte,
y tiene en esta ciudad
superior ventura y suerte.
- REY. Ése al momento me llama,
pues ya quiere amanecer.
- DON ARIAS. Ven a acostarte.
- REY. ¿Qué cama,
Arias, puede apeteecer
quien está ofendido y ama?
Ese hombre llama al momento.
- DON ARIAS. En el alcázar está
un bulto pendiente al viento.
- REY. ¿Bulto dices? ¿Qué será?
- DON ARIAS. No será sin fundamento.
- REY. Llega, llega, Arias, a ver
lo que es.
- DON ARIAS. Es mujer colgada.
- REY. ¿Mujer, dices?
- DON ARIAS. Es mujer.
- REY. ¿Mujer?
- DON ARIAS. Y está ahorcada,
conque no lo viene a ser.
- REY. Mira quién es.
- DON ARIAS. ¡La esclavilla,
con el papel en las manos!
- REY. ¡Hay tal rabia!
- DON ARIAS. ¡Hay tal mancilla!
- REY. Mataré a los dos hermanos,
si se alborota Sevilla.
Mándala luego quitar,
y con decoro y secreto
también la manda enterrar.
¿Así se pierde el respeto

a un rey? No me ha de quedar,
no más que si arenas fuera,
deste linaje ninguno:
en Sevilla, gente fiera,
a mis manos, uno a uno,
no ha de quedar un Tavera;
esta Estrella, que al Sol brilla
en Sevilla, ha de caer.

DON ARIAS.

Si cae, no es maravilla
que la abrase.

REY.

Se ha de arder
hoy con su Estrella Sevilla. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Sala en casa de Busto.

BUSTO, ESTRELLA.

BUSTO.

Echa ese marco.

ESTRELLA.

¿Qué es esto,

que apenas el sol dormido

por los balcones del alba

sale pisando zafiros,

y del lecho me levantas

solo, triste y afligido?

¿Confuso y turbado me hablas?

Dime: ¿has visto algún delito

en que cómplice yo sea?

BUSTO.

Tú me dirás si lo has sido.

ESTRELLA.

¿Yo? ¿Qué dices? ¿Estás loco?

Dime si has perdido el juicio.

¡Yo delito! Mas ya entiendo

que tú lo has hecho en decillo,

pues sólo con preguntallo,

contra mí lo has cometido.

¿Si he hecho delitos, preguntas?
 No de ti, de mí me admiro;
 mas por decirte que sí,
 lo quiero hacer en sufrillo.
 ¿No me conoces? ¿No sabes
 quién soy? ¿En mi boca has visto
 palabras desenlazadas
 del honor con que las rijo?
 ¿Has visto alegres mis ojos
 de la cárcel de sus vidrios
 desatar rayos al aire,
 lisonjeros y lascivos?
 ¿En las manos de algún hombre
 viste algún papel escrito
 de la mía? ¿Has visto hablando,
 dime, algún hombre conmigo?
 Porque si no has visto nada
 de las cosas que te he dicho,
 ¿qué delito puede haber?
 Sin ocasión no lo digo.

BUSTO.

ESTRELLA.

¿Sin ocasión?

BUSTO.

¡Ay, Estrella!

Que esta noche en casa...

ESTRELLA.

Dilo;

que si estuviera culpada,
 luego me ofrezco al suplicio.
 ¿Qué hubo esta noche en mi casa?

BUSTO.

Esta noche fué epíclito
 del Sol; que en entrando en ella
 se trocó de Estrella el signo.

ESTRELLA.

Las llanezas del honor
 no con astrólogo estilo
 se han de decir: habla claro,
 y deja en sus zonas cinco
 el Sol; que aunque Estrella soy,
 yo por el Sol no me rijo;
 que son las tuyas errantes,

en el cielo de mi honor,
de quien los rayos recibo...
BUSTO. Cuando partía la noche
con sus destemplados giros
entre domésticas aves
los gallos olvidadizos,
rompiendo el mudo silencio
con su canoro sonido
la campana de las Crevas,
lisonja del cielo empíreo,
entré en casa, y topé en ella,
cerca de tu cuarto mismo,
al Rey, solo y embozado.

ESTRELLA. ¡Qué dices!

BUSTO.

Verdad te digo.
Mira, Estrella, a aquellas horas
¡a qué pudo haber venido
el Rey a mi casa solo,
si por Estrella no vino!
Que de noche las Estrellas
son de los cielos jacintos,
y a estas horas las buscaban
los astrólogos egipcios.
Natilde con él estaba;
que a los pasos y al rüido
salió, que aunque a oscuras era
lo vió el honor lince mío.
Metí mano: y “¿Quién va?”, dije;
respondió: “Un hombre”; y embisto
con él; y él, de mi apartado,
que era el Rey, Estrella, dijo:
y aunque le conocí luego,
híceme desentendido
en conocerle; que el cielo
darme sufrimiento quiso.
Embistióme como rey
enojado y ofendido;
que un rey que embiste enojado,

se trae su valor consigo.
Salieron pajes con luces;
y entonces, por no ser visto,
volvió la espalda, y no pudo
ser de nadie conocido.
Conjuré a la esclava; y ella,
sin mostralle de Dionisio
los tormentos, confesó
las verdades sin martirio.
Firmada la libertad
le dió en un papel que le hizo
el Rey, que ha sido el proceso
en que sus culpas fulmino.
Saquéla de casa luego,
por que su aliento nocivo
no sembrara deshonor
por los nobles edificios;
que es un criado, si es malo,
en la casa un basilisco;
si con lisonjas y halagos,
engañoso cocodrilo.
Cogíla a la puerta, y luego,
puesta en los hombros, camino
al alcázar, y en sus rejas
la colgué por su delito;
que quiero que el Rey conozca
que hay Brutos contra Tarquinos
en Sevilla, y que hay vasallos
honrados y bien nacidos.
Esto me ha pasado, Estrella;
nuestro honor está en peligro:
yo he de ausentarme por fuerza,
y es fuerza darte marido.
Sancho Ortiz lo ha de ser tuyo;
que con su amparo te libro
del rigor del Rey, y yo
libre me pongo en camino.
Yo le voy a buscar luego

porque así mi honor redimo,
y el nombre de los Taveras
contra el tiempo resucito.

ESTRELLA. ¡Ay Busto! Dame esa mano
por el favor recibido
que me has hecho.

BUSTO. Hoy has de ser,
y así, Estrella, te apercibo,
su esposa: guarda silencio,
porque importa al honor mío. (Vase.)

ESTRELLA. ¡Ay amor! y ¡qué ventura!
Ya está de la venda asido;
no te has de librar. Mas ¿quién
sacó el fin por el principio,
si entre la taza y la boca
un sabio temió el peligro?... (Vase.)

ESCENA X

Salón del alcázar.

EL REY, con dos papeles; DON ARIAS.

DON ARIAS. Ya en la antecámara aguarda
Sancho Ortiz de las Roelas (1).

REY. Todo el amor es cautelas;
si la piedad me acobarda,
en este papel sellado
traigo su nombre y su muerte,
y en éste, que yo he mandado
matalle: y de aquesta suerte
él quedará disculpado.
Hazle entrar, y echa a la puerta
la loba, y tú no entres.

(1) En seguida falta un verso.

DON ARIAS.

¿No?

REY.

No; porque quiero que advierta
que sé este secreto yo
solamente; que concierta
la venganza mi deseo
más acomodada así.

DON ARIAS.

Voy a llamarle. (*Vase.*)

REY.

Ya veo,

amor, que no es éste en mí
alto y glorioso trofeo;
mas disculparme podrán
mil prodigiosas historias
que en vivos bronces están,
y este exceso entre mil glorias
los tiempos disculparán.

ESCENA XI

SANCHO, EL REY.

SANCHO.

Vuestra Alteza a mis dos labios
les conceda los dos pies.

REY.

Alzad; que os hiciera agravios.
Alzad.

SANCHO.

Señor...

REY.

(*Aparte.*) Galán es.

SANCHO.

Los filósofos más sabios
y más dulces oradores
en la presencia real
sus retóricas colores
pierden, y en grandeza igual,
y en tan inmensos favores,
no es mucho que yo, señor,
me turbe, no siendo aquí
retórico ni orador.

REY.

Pues decid: ¿qué véis en mí?

- SANCHO. La majestad, y el valor,
y al fin, una imagen veo,
de Dios, pues le imita el Rey;
y después dél, en vos creo,
y a vuestra cesárea ley,
gran señor, aquí me empleo.
- REY. ¿Cómo estáis?
- SANCHO. Nunca me he visto
tan honrado como estoy,
pues a vuestro lado asisto.
- REY. Pues aficionado os soy,
por prudente y por bienquisto,
y por valiente soldado,
y por hombre de secreto,
que es lo que más he estimado.
- SANCHO. Señor, de mí tal conceto...
Vuestra Alteza más me ha honrado,
que las partes que me dais
sin tenellas, sustenellas
tengo, por lo que me honráis.
- REY. Son las virtudes Estrellas.
- SANCHO. (*Aparte.*) Si en la Estrella me tocáis,
ciertas son mis desventuras:
honrándome, el Rey me ofende;
no son sus honras seguras,
pues sospecho que pretende
dejarme sin ella a oscuras.
- REY. Porque estaréis con cuidado,
codicioso de saber
para lo que os he llamado,
decíroslo quiero, y ver
que en vos tengo un gran soldado.
A mí me importa matar
en secreto a un hombre, y quiero
este caso confiar
sólo de vos; que os prefiero
a todos los del lugar.
- SANCHO. ¿Está culpado?

REY.

Si está.

SANCHO.

Pues ¿cómo muerte en secreto
a un culpado se le da?

Poner su muerte en efeto
públicamente podrá
vuestra justicia, sin dalle
muerte en secreto; que así
vos os culpáis en culpalle
pues dais a entender que aquí
sin culpa mandáis matalle.

Y dalle muerte, señor,
sin culpa, no es justa ley,
sino bárbaro rigor;
y un rey, sólo por ser rey,
se ha de respetar mejor.

Que si un brazo poderoso
no se vence en lo que puede,
siempre será riguroso,
y es bien que enfrenado quede
con el afecto piadoso.

¿Qué hace un poderoso en dar
muerte a un humilde, despojos
de sus pies, sino triunfar
de las pasiones y enojos
con que le mandó matar?

Si ese humilde os ha ofendido
en leve culpa, señor,
qué le perdonéis os pido.

REY.

Para su procurador,
Sancho Ortiz, no habéis venido,
sino para dalle muerte;

y pues se la mando dar
escondiendo el brazo fuerte,
debe a mi honor importar
matarle de aquesta suerte.

¿Merece, el que ha cometido
crimen laesae, muerte?

SANCHO.

En fuego.

- REY. ¿Y si *crimen laesae* ha sido
el déste?...
- SANCHO. ¡Que muera luego!
Y a voces, señor, os pido,
aunque él mi hermano sea,
o sea deudo, o amigo
que en el corazón se emplea,
el riguroso castigo
que tu autoridad desea.
Si es así, muerte daré,
señor, a mi mismo hermano,
y en nada repararé.
- REY. Dadme esa palabra y mano.
- SANCHO. Y en ella el alma y la fe.
- REY. Hallándole descuidado,
puedes matarle.
- SANCHO. ¡Señor!
Siendo Roela, y soldado
¿me quieres hacer traidor?
¡Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo a cuerpo he de matalle,
donde Sevilla lo vea,
en la plaza o en la calle;
que al que mata y no pelea,
nadie puede disculpalle;
y gana más el que muere
a traición, que el que le mata;
que el muerto opinión adquiere,
y el vivo ,con cuantos trata
su alevosía refiere.
- REY. Matalde como queráis;
que este papel para abono
de mí firmado lleváis,
por donde, Sancho, os perdono
cualquier delito que hagáis.
Referildo. (*Dale el papel.*)
- SANCHO. Dice así:
(*Lee.*) «Al que ese papel advierte,

» Sancho Ortiz, luego por mí,
 » y en mi nombre dalde muerte;
 » que yo por vos salgo aquí;
 » y si os halláis en aprieto,
 » por este papel firmado
 » sacaros dél os prometo. —

» *Yo el Rey.*» — Estoy admirado
 de que tan poco conceto
 tenga de mí Vuestra Alteza.

¡Yo cédula! ¡Yo papel!
 Tratadme con más llaneza,
 que más en vos que no en él
 confía aquí mi nobleza.

Si vuestras palabras cobran
 valor que los montes labra,
 y ellas cuanto dicen obran,
 dándome aquí la palabra,
 señor, los papeles sobran.

A la palabra remito
 la cédula que me dais,
 con que a vengaros me incito,
 porque donde vos estáis
 es excusado lo escrito.

Rompeldo, porque sin él
 la muerte le solicita
 mejor, señor, que con él;
 que en parte desacredita
 vuestra palabra el papel. (*Rómpele.*)

Sin papel, señor, aquí
 nos obligamos los dos,
 y prometemos así,
 yo de vengaros a vos,
 y vos de librarme a mí.

REY.

Si es así, no hay que hacer
 cédulas, que estorbo han sido:
 yo os voy luego a obedecer;
 y sólo por premio os pido
 para esposa la mujer

que yo eligiere.

REY. Aunque sea
ricafembra de Castilla
os la concedo.

SANCHO. ¡Posea
vuestro pie la alarbe silla:
el mar los castillos vea
gloriosos y dilatados
por los trópicos ardientes
y por sus climas helados!

REY. Vuestros hechos excelentes,
Sancho, quedarán premiados.
En este papel va el nombre

(Dale un papel.)

del hombre que ha de morir;
cuando lo abráis no os asombre:
mirad que he oído decir
en Sevilla que es muy hombre.

SANCHO. Presto señor, lo sabremos.

REY. Los dos, Sancho, solamente
este secreto sabemos.

No hay que advertiros; prudente
sois vos: obrad, y callemos. *(Vase.)*

ESCENA XII

CLARINDO, SANCHO.

CLARINDO. ¿Había de encontrarte
cuando nuevas tan dulces vengo a darte?
Dame, señor, albricias
de las glorias mayores que codicias.

SANCHO. ¿Agora de humor vienes?

CLARINDO. ¿Cómo el alma en albricias no previenes?

SANCHO. ¿Cuyo es éste?

(Dale un papel.)

y yo Estrella fija he sido

- CLARINDO. De Estrella,
que estaba más que el Sol hermosa y bella
cuando por la mañana
forma círculos de oro en leche y grana.
Mandóme que te diera
ese papel, y albricias te pidiera.
- SANCHO. ¿De qué?
- CLARINDO. Del casamiento,
que se ha de efectuar luego al momento.
- SANCHO. Abrázame, Clarindo,
que no he visto jamás hombre tan lindo.
- CLARINDO. Tengo, señor, buen rostro
con buenas nuevas, pero fuera un mostro
si malas las trajera,
que hermosea el placer desta manera.
No vi que hermoso fuese
hombre jamás que deuda me pidiese,
ni vi que feo hallase
hombre jamás que deuda me pagase.
¡Ay mortales deseos,
que hacéis hermosos los que espantan
y feos los hermosos! [feos
- SANCHO. ¡Ay renglones divinos y amorosos,
beberos quiero a besos,
para dejaros en el alma impresos,
donde, pues os adoro,
más eternos seréis que plantas de oro.
Abrázame, Clarindo,
que no he visto jamás hombre tan lindo.
- CLARINDO. Soy como un alpargate.
- SANCHO. Leeréle otra vez, aunque me mate
la impensada alegría.
¿Quién tal Estrella vió al nacer del día?
¿El hermoso lucero
del alba es para mí ya el Sol? Espero
con sus dorados rayos
en abismo de luz pintar los mayos.
(Lee.) «Esposo, ya ha llegado

» el venturoso plazo deseado:
 » mi hermano va a buscarte
 » sólo por darme vida y por premiarte.
 » Si del tiempo te acuerdas,
 » búscale luego, y la ocasión no pierdas.
 » Tu *Estrella*.» — ¡Ay forma bella!
 ¿Qué bien no he de alcanzar con tal Es-
 [trella?

SANCHO. ¡Ay, vuelto soberano
 deste Pólux divino, soy humano!

CLARINDO. ¡Vivas eternidades,
 siendo a tus pies momentos las edades!
 ¡Si amares, en amores
 trueques las esperanzas y favores!
 Y en batallas y ofensas
 siempre glorioso tus contrarios venzas,
 y no salgas vencido,
 que ésta la suerte más dichosa ha sido.

SANCHO. Avisa al mayordomo
 de la dichosa sujeción que tomo,
 y que saque al momento
 las libreas que están para este intento
 en casa reservadas,
 y saquen las cabezas coronadas
 mis lacayos y pajes
 de hermosas pesadumbres de plumajes.
 Y si albricias codicias,
 toma aqueste jacinto por albricias;
 que el Sol también te diera,
 cuando la piedra del anillo fuera.

CLARINDO. Vivas más que la piedra,
 a tu esposa enlazado como hiedra;
 y pues tanto te aprecio,
 vivas, señor, más años que no un necio.
 (Vase.)

ESCENA XIII

SANCHO. Buscar a Busto quiero;
que entre deseos y esperanzas muero.
¡Cómo el amor porfía!
¡Quién tal Estrella vió al nacer del día!
Mas con el miedo y gusto
me olvidaba del Rey y no era justo.
Ya está el papel abierto.
Quiero saber quién ha de ser el muerto.
(*Lee.*) «Al que muerte habéis de dar
» es, Sancho, a Busto Tavera.»
¡Válgame Dios! ¡Que esto quiera
tras una suerte un azar!
Toda esta vida es jugar
una carteta imperfeta,
mal barajada, y sujeta
a desdichas y a pesares;
que es toda en cientos y azares
como juego de carteta.
Pintada la suerte vi;
mas luego se despintó,
y el naipe se barajó
para darme muerte a mí.
Miraré si dice así...
Pero yo no lo leyerá
si el papel no lo dijera.
Quiérole otra vez mirar.
(*Lee.*) «Al que muerte habéis de dar
» es, Sancho, a Busto Tavera.»
¡Perdido soy! ¿Qué he de hacer?
Que al Rey la palabra he dado...
de matar a mi cuñado,
y a su hermana he de perder...
Sancho Ortiz, no puede ser.
Viva Busto. — Mas no es justo

que al honor contraste el gusto:
muera Busto, Busto muera. —
Mas detente, mano fiera;
viva Busto, viva Busto.
— Mas no puedo con mi honor
cumplir, si a mi amor acudo;
mas ¿quién resistirse pudo
a la fuerza del amor?
Morir me será mejor,
o ausentarme, de manera
que sirva al Rey, y él no muera.
Mas quiero al Rey agradar.
(Lee.) «Al que muerte habéis de dar
» es, Sancho, a Busto Tavera.»
¡Oh, nunca yo me obligara
a ejecutar el rigor
del Rey, y nunca el amor
mis potencias contratara!
¡Nunca yo a Estrella mirara,
causa de tanto disgusto!
Si servir al Rey es justo,
Busto muera, Busto muera;
pero extraño rigor fuera:
viva Busto, viva Busto.
¿Si le mata por Estrella
el Rey, que servilla trata?...
Sí, por Estrella le mata:
pues no muera aquí por ella.
Ofendelle y defendella
quiero. — Mas soy caballero,
y no he de hacer lo que quiero,
sino lo que debo hacer.
Pues ¿qué debo obedecer?
La ley que fuere primero.
Mas no hay ley que a aquesto obligue.
Mas sí hay; que aunque injusto el Rey,
debo obedecer su ley;
a él después Dios le castigue.

Mi loco amor se mitigue;
 que, aunque me cueste disgusto,
 acudir al Rey es justo:
 Busto muera, Busto muera,
 pues ya no hay quien decir quiera:
 «viva Busto, viva Busto».
 Perdóname, Estrella hermosa;
 que no es pequeño castigo
 perderte y ser tu enemigo.
 ¿Qué he de hacer? ¿Puedo otra cosa?

ESCENA XIV

BUSTO, SANCHO.

- BUSTO. Cuñado, suerte dichosa
 he tenido en encontraros.
- SANCHO. *(Aparte.)* Y yo desdicha en hallaros,
 porque me buscáis aquí
 para darme vida a mí;
 pero yo para mataros.
- BUSTO. Ya, hermano, el plazo llegó
 de vuestras dichas bodas.
- SANCHO. *(Aparte.)* Más de mis desdichas todas,
 decirte pudiera yo.
 ¡Válgame Dios! ¿Quién se vió
 jamás en tanto pesar?
 ¡Que aquí tengo de matar
 al que más bien he querido!
 ¡Que a su hermana haya perdido!
 ¡Que con todo he de acabar!
- BUSTO. ¿Desa suerte os suspendéis,
 cuando a mi hermana os ofrezco?
- SANCHO. Como yo no la merezco,
 callo.
- BUSTO. ¿No la merecéis?

¿Callando me respondéis?
 ¿Qué dudáis, que estáis turbado,
 y con el rostro mudado
 miráis al suelo y al cielo?
 Decid: ¿qué pálido hielo
 de silencio os ha bañado?
 ¿Por escrituras no estáis
 casado con doña Estrella?

SANCHO.

Casarme quise con ella;
 mas ya no, aunque me la dais.

BUSTO.

¿Conocéisme? ¡Así me habláis!

SANCHO.

Por conoceros, aquí
 os hablo, Tavera, así.

BUSTO.

Si me conocéis Tavera
 ¿cómo habláis de esa manera?

SANCHO.

Hablo porque os conocí.

BUSTO.

¿Habréis en mí conocido
 sangre, nobleza y valor,
 y virtud, que es el honor;
 que sin ella honor no ha habido
 y estoy, Sancho Ortiz, corrido.

SANCHO.

Más lo estoy yo.

BUSTO.

¡Vos! ¿De qué?

SANCHO.

De hablaros.

BUSTO.

Si en mi honra y fe
 algún defecto advertís,
 como villano mentís,
 y aquí os lo sustentaré. *(Meten mano.)*

SANCHO.

¿Qué has de sustentar, villano?
(Aparte.) Perdone amor; que el exceso
 del Rey me ha quitado el seso,
 y es el resistirme en vano. *(Riñen.)*

BUSTO.

¡Muerto soy! Detén la mano. *(Cae.)*

SANCHO.

¡Ay, que estoy fuera de mí,
 y sin sentido te herí!
 Mas aquí, hermano, te pido
 que ya que cobré el sentido
 que tú me mates a mí.

Quede tu espada envainada
en mi pecho; abre con ella
puerta al alma.

BUSTO.

A doña Estrella
os dejo, hermano, encargada.
Adiós. (*Muere.*)

SANCHO.

Rigurosa espada,
sangrienta y fiera homicida,
si me has quitado la vida,
acábame de matar,
por que le pueda pagar
el alma por otra herida.

ESCENA XV

*Los dos alcaldes mayores DON PEDRO DE GUZMÁN y
FARFÁN DE RIBERA, y otros caballeros; SANCHO;
BUSTO, muerto.*

DON PEDRO. ¿Qué es esto? Detén la mano.

SANCHO. ¿Cómo, si a mi vida he muerto?

FARFÁN. ¡Hay tan grande desconcierto!

DON PEDRO. ¿Qué es esto?

SANCHO. He muerto a mi hermano.
Soy un Caín sevillano,
que vengativo y cruel,
maté a un inocente Abel:
veisle aquí; matadme aquí;
que, pues él muere por mí,
yo quiero morir por él.

ESCENA XVI

DON ARIAS, DICHOS.

DON ARIAS. ¿Qué es esto?

SANCHO. Un fiero rigor;
que tanto en los hombres labra

una cumplida palabra
 y un acrisolado honor.
 Decidle al Rey mi señor
 que tienen los sevillanos
 las palabras en las manos,
 como lo veis, pues por ellas
 atropellan las Estrellas
 y no hacen caso de hermanos.

DON PEDRO.

Dió muerte a Busto Tavera.

DON ARIAS.

¡Hay tan temerario exceso!

SANCHO.

Prendedme, llevadme preso;
 que es bien que el que mata muera.
 ¡Mirad qué hazaña tan fiera
 me hizo el amor intentar,
 pues me ha obligado a matar
 y me ha obligado a morir,
 pues por él vengo a pedir
 la muerte que él me ha de dar!

DON PEDRO.

Llevalde a Triana preso,
 porque la ciudad se altera.

SANCHO.

¡Amigo Busto Tavera!...

FARFÁN.

Este hombre ha perdido el seso.

SANCHO.

Dejadme llevar en peso,
 señores, el cuerpo helado,
 en noble sangre bañado;
 que así su atlante seré,
 y entretanto le daré
 la vida que le he quitado.

DON PEDRO.

Loco está.

SANCHO.

Yo, si atropello
 mi gusto, guardo la ley.
 Esto, señor, es ser rey,
 y esto, señor, es no sello.
 Entendello y no entendello
 importa, pues yo lo callo.
 Yo lo maté, no hay negallo;
 mas el porqué no diré:
 otro confiese el porqué,

pues yo confieso el matallo.

(*Llévenselo y vanse.*)

ESCENA XVII

Sala en casa de Busto.

ESTRELLA, TEODORA.

ESTRELLA.

No sé si me vestí bien,
como me vestí de prisa.

TEODORA.

Dame, Teodora, ese espejo.
Verte, señora, en ti misma
puedes, porque no hay cristal
que tantas verdades diga,
ni de hermosura tan grande
haga verdadera cifra.

ESTRELLA.

Alterado tengo el rostro
y la color encendida.

TEODORA.

Es, señora, que la sangre
se ha asomado a las mejillas,
entre temor y vergüenza,
sólo a celebrar tus dichas.

ESTRELLA.

Ya me parece que llega,
bañado el rostro de risa,
mi esposo a darme la mano
entre mil tiernas caricias.
Ya me parece que dice
mil ternezas, y que oídas,
sale el alma por los ojos,
disimulando sus niñas.
¡Ay venturoso día!

TEODORA.

Ésta ha sido, Teodora, estrella mía.
Parece que gente suena.
Cayó el espejo. De envidia,
dentro la hoja, el cristal,

(*Alzale.*)

de una luna hizo infinitas.
 ESTRELLA. ¿Quebróse?
 TEODORA. Señora, sí.
 ESTRELLA. Bien hizo, porque imagina
 que aguardo el cristal, Teodora,
 en que mis ojos se miran;
 y pues tal espejo aguardo,
 quiébrese el espejo, amiga;
 que no quiero que con él,
 éste de espejo me sirva.

ESCENA XVIII

CLARINDO, *muy galán*; DICHAS.

CLARINDO. Ya aquesto suena, señora,
 a gusto y volatería;
 que las plumas del sombrero
 los casamientos publican.
 ¿No vengo galán? ¿No vengo
 como Dios hizo una guinda,
 hecho un jarao por de fuera
 y por de dentro una pipa?
 A mi dueño di el papel,
 y díome aquesta sortija
 en albricias.

ESTRELLA. Pues yo quiero
 feriarle aquesas albricias;
 dámela, y toma por ella
 este diamante.

CLARINDO. Partida
 está por medio la piedra:
 será de melancolía;
 que los jacintos padecen
 de ese mal, aunque le quitan.
 Partida por medio está.



- ESTRELLA. No importa que esté partida;
que es bien que las piedras sientan
mis contentos y alegrías.
¡Ay venturoso día!
Ésta, amigos, ha sido estrella mía.
- TEODORA.. Gran tropel suena en los patios
- CLARINDO. Y ya el escalera arriba
parece que sube gente.
- ESTRELLA. ¿Qué valor hay que resista
al placer?

ESCENA XIX

LOS ALCALDES MAYORES, *con GENTE que trae el
cadáver de Busto.* — DICHO.

- ESTRELLA. Pero... ¿qué es esto?
- DON PEDRO. Los desastres y desdichas
se hicieron para los hombres;
que es mar de llanto esta vida.
El señor Busto Tavera
es muerto, y sus plantas pisan
ramos de estrellas, del cielo
lisonjera argentería.
El consuelo que aquí os queda
es que está el fiero homicida,
Sancho Ortiz de las Roelas,
preso, y dél se hará justicia
mañana sin falta...
- ESTRELLA. ¡Ay Dios!
Dejadme, gente enemiga;
que en vuestras lenguas traéis
de los infiernos las iras.
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz! ¿Hay quien lo diga?

¿Hay quien lo escuche y no muera?
 Piedra soy, pues estoy viva.
 ¡Ay riguroso día!
 Ésta, amigos, ha sido estrella mía.
 ¿No hay cuchillos, no hay espadas,
 no hay cordel, no hay encendidas
 brasas, no hay áspides fieros,
 muertes de reinas egipcias?
 Pero si hay piedad humana,
 matadme.

DON PEDRO. El dolor la priva,
 y con razón.

ESTRELLA. ¡Desdichada
 ha sido la estrella mía!
 ¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
 Sancho Ortiz! ¡Él quien divide
 tres almas de un corazón!...
 Dejadme, que estoy perdida.

DON PEDRO. Ella está desesperada.

FARFÁN. ¡Infeliz beldad!

DON PEDRO. Seguidla.

CLARINDO. Señora...

ESTRELLA. Déjame, ingrato,
 sangre de aquel fratricida.
 Y pues acabo con todo,
 quiero acabar con la vida.
 ¡Ay riguroso día!
 Ésta, Teodora, ha sido estrella mía .

ESCENA PRIMERA

Salón del alcázar

EL REY, LOS DOS ALCALDES, DON ARIAS.

- DON PEDRO. Confiesa que le mató,
mas no confiesa por qué.
- REY. ¿No dice qué le obligó?
- FARFÁN. Sólo responde: «No sé»,
y es gran confusión.
- REY. Y, ¿no
dice si le dió ocasión?
- DON PEDRO. Señor, de ninguna suerte.
- DON ARIAS. ¡Temeraria confusión!
- DON PEDRO. Dice que le dió la muerte;
no sabe si es con razón.
- FARFÁN. Sólo confiesa matalle
porque matalle juró.
- DON ARIAS. Ocasión debió de dalle.
- DON PEDRO. Dice que no se la dió.
- REY. Volved de mi parte a hablalle,
y decilde que yo digo
que luego el descargo dé;
y decid que soy su amigo,
y su enemigo seré
en el rigor y castigo.

Declare por qué ocasión
dió muerte a Busto Tavera
y en sumaria información
antes que de necio muera
dé del delito razón.

Diga quién se lo mandó
y por quién le dió la muerte,
o qué ocasión le movió
a hacello; que desta suerte
oiré su descargo yo;
o que a morir se aperciba.

DON PEDRO. Eso es lo que más desea.
El sentimiento le priva,
viendo una hazaña tan fea,
tan avara y tan esquiva,
del juicio.

REY. ¿Y no se queja
de ninguno?

FARFÁN. No, señor;
con su pesar se aconseja.

REY. ¡Notable y raro valor!

FARFÁN. Los cargos ajenos deja,
y a sí se culpa no más.

REY. No se habrá visto en el mundo
tales dos hombres jamás.
Cuando su valor confundo,
me van apurando más.
Id, y haced, alcaldes, luego
que haga la declaración
y habrá en la corte sosiego.
Id vos, con esta ocasión,
don Arias, a ese hombre ciego;
de mi parte le decid
que diga por quién le dió
la muerte y le persuadid
que declare, aunque sea yo
el culpado; y prevenid,

si no confiesa al momento,
el teatro en que mañana
le dé a Sevilla escarmiento.

DON ARIAS. Ya voy.

(Vanse los Alcaldes y don Arias.)

ESCENA II

DON MANUEL, EL REY.

DON MANUEL. La gallarda hermana,
con grande acompañamiento,
de Busto Tavera pide
para besaros las manos
licencia.

REY. ¿Quién se lo impide?

DON MANUEL. Gran Señor, los ciudadanos.

REY. ¡Bien con la razón se mide!
Dadme una silla y dejad
que entre ahora.

DON MANUEL. Voy por ella.

(Vase.)

REY. Vendrá vertiendo beldad,
como en el cielo la estrella
sale tras la tempestad.

(Vuelve don Manuel.)

DON MANUEL. Ya está aquí.

REY. No por abril
parece así su arrebol
el Sol gallardo y gentil,
aunque por verano el Sol
vierte rayos de marfil.

ESCENA III

ESTRELLA, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

ESTRELLA. Cristianísimo don Sancho,
de Castilla Rey ilustre,
por las hazañas notable,
heroico por las virtudes:
una desdichada Estrella
que sus claros rayos cubre
de este luto, que mi llanto
lo ha sacado en negras nubes;
justicia a pedirte vengo;
mas no que tú la ejecutes,
sino que en mi arbitrio dejes
que mi venganza se funde.
Estrella de mayo fuí,
cuando más flores produce,
y agora en extraño llanto
ya soy Estrella de octubre.
No doy lugar a mis ojos,
que mis lágrimas enjuguen,
por que, anegándose en ellas,
mi sentimiento no culpen.
Quise a Tavera, mi hermano,
que sus sacras pesadumbres
ocupa, pisando estrellas
en pavimentos azules.
Como hermano me amparó,
y como a padre le tuve
la obediencia, y el respeto
en sus mandamientos puse.
Vivía con él contenta,
sin dejar que el Sol me injurie:
que aun los rayos del sol no eran

a mis ventanas comunes.
 Nuestra hermandad envidiaba
 Sevilla, y todos presumen
 que éramos los dos hermanos
 que a una Estrella se reducen.
 Un tirano cazador
 hace que el arco ejecute
 el fiero golpe en mi hermano,
 y nuestras glorias confunde.
 Perdí hermano, perdí esposo:
 sola he quedado, y no acudes
 a la obligación de rey,
 sin que nadie te disculpe.
 Hazme justicia, señor;
 dame el homicida, porque, ⁽¹⁾
 en mis manos los excesos,
 déjame que yo los juzgue.
 Entregámele, así reines
 mil edades, así triunfes
 de las lunas que te ocupan
 los términos andaluces,
 por que Sevilla te alabe,
 sin que su gente te adule,
 en los bronces inmortales
 que ya los tiempos te bruñen.
 REY. Sosegaos, y enjugad las luces bellas,
 si no queréis que arda mi palacio,
 que lágrimas del Sol son las Estrellas,
 si cada rayo suyo es un topacio;
 recoja el alba su tesoro en ellas,
 si el Sol recién nacido le da espacio,
 y dejad que los cielos las codicien;
 que no es razón que aquí se desperdicien.
 Tomad esta sortija, y en Triana

(1) *Porque* no rima, como debería, en *u-e*. La antigua edición suelta trae así el pasaje:

...dame el homicida; cumple
 con tu obligación en esto;
 déjame que yo le juzgue.

allanad el castillo con sus señas:
 pónganlo en vuestras manos, sed tirana
 fiera, como él, de las hircanas peñas,
 aunque a piedad y compasión villana
 nos enseñan volando las cigüeñas:
 que es bien que sean, por que más asom-
 aves y fieras confusión del hombre. [bre,
 Vuestro hermano murió; quien le dió
 [muerte
 dicen que es Sancho Ortiz: vengaos vos
 [della;
 y aunque él muriese así de aquesta suerte,
 vos la culpa tenéis por ser tan bella:
 si es la mujer el animal más fuerte,
 mujer, Estrella sois y sois Estrella;
 vos vencéis, que inclináis, y con vencederos
 competencia tendréis con dos luceros.

ESTRELLA.

¿Qué ocasión dió, gran señor, mi hermo-
 [sura
 en la inocente muerte de mi hermano?
 ¿He dado yo la causa, por ventura,
 o con deseo, a propósito liviano?
 ¿Ha visto alguno en mi desenvoltura
 algún inútil pensamiento vano?
 Es ser hermosa, en la mujer, tan fuerte,
 que, sin dar ocasión, da al mundo muerte.

REY.

Vos quedáis sin matar, porque en vos
 [mata
 la parte que os dió el cielo, la belleza;
 se ofenderá consigo cuando, ingrata
 emulación con la naturaleza,
 no avarientas las perlas, ni la plata,
 y un oro que hace mar vuestra cabeza,
 para vos reservéis; que no es justicia.

ESTRELLA.

Aquí, señor, virtud es avaricia...
 que si en mí plata hubiera y oro hubiera,
 luego de mi cabeza le arrancara,
 y el rostro con fealdad oscureciera,

aunque en brasas ardientes le abrasara.
Si un Tavera murió, quedó un Tavera;
y si su deshonor está en mi cara,
ya la pondré de suerte con mis manos,
que espanto sea entre los más tiranos.
(*Vanse todos, menos el Rey.*)

ESCENA IV

REY. Si a Sancho Ortiz le entregan, imagino
que con su mano misma ha de matalle,
¡que en vaso tan perfeto y peregrino
permite Dios que la fiereza se halle!
¡Ved lo que intenta un necio desatino!
Yo incité a Sancho Ortiz: voy a libralle;
que amor que pisa púrpura de reyes,
a su gusto no más promulga leyes.
(*Vase.*)

ESCENA V

Prisión

SANCHO, CLARINDO, MÚSICOS.

SANCHO. ¿Algunos versos, Clarindo,
no has escrito a mi suceso?

CLARINDO. ¿Quién, señor, ha de escribir
teniendo tan poco premio?
A las fiestas de la plaza
muchos me pidieron versos,
y viéndome por las calles,
como si fuera maestro
de cortar o de coser,
me decían: «¿No está hecho

aquel recado?» Y me daban
 más prisa que un rompimiento.
 Y cuando escritas llevaba
 las estancias, muy compuestos
 decían: «Buenas están:
 yo, Clarindo, lo agradezco»;
 y sin pagarme la hechura
 me enviaban boquiseco.
 No quiero escrebir a nadie,
 ni ser tercero de necios,
 que los versos son cansados
 cuando no tienen provecho.
 Tomen la pluma los cultos,
 después de cuarenta huevos
 sorbidos, y versos pollos
 saquen a luz de otros dueños,
 que yo por comer escribo,
 si escriben comidos ellos.
 Y si que comer tuviera,
 excediera en el silencio
 a Anaxágoras, y burla
 de los latinos y griegos
 ingenios hiciera.

ESCENA VI

LOS ALCALDES (DON PEDRO DE GUZMÁN y FARFÁN DE
 RIBERA), DON ARIAS, DICHS.

DON PEDRO.

Entrad.

CLARINDO.

Que vienen, señor, sospecho
 éstos a notificarte
 la sentencia.

SANCHO.

Pues de presto
 decid vosotros un tono. (*A los músicos.*)

¡Agora sí que deseo
morir, y quiero cantando
dar muestras de mi contento!
Fuera de que quiero dalles
a entender mi heroico pecho,
y que aun la muerte no puede
en él obligarme a menos.

CLARINDO. ¡Notable gentilidad!
¿Qué más hiciera un tudesco,
llena el alma de lagañas
de pipotes de lo añejo,
de Monturques, de Lucena,
santos y benditos pueblos?

MÚSICOS. *(Cantando.)*

Si consiste en el vivir
mi triste y confusa suerte,
lo que se alarga la muerte,
eso se tarda el morir.

CLARINDO. ¡Gallardo mote han cantado!
SANCHO. A propósito y discreto.

MÚSICOS. *(Cantan.)*

No hay vida como la muerte
para el que vive muriendo.

DON PEDRO. ¿Ahora es tiempo, señor,
de música? *(Vanse los músicos.)*

SANCHO. Pues ¿qué tiempo
de mayor descanso pueden
tener en su mal los presos?

FARFÁN. ¿Cuando la muerte por horas
le amenaza, y por momentos
la sentencia está aguardando
del fulminado proceso,
con música se entretiene?

- SANCHO. Soy cisne, y la muerte espero cantando.
- FARFÁN. Ha llegado el plazo.
- SANCHO. Las manos y pies os beso por las nuevas que me dais. ¡Dulce día! Sólo tengo (*A los músicos.*) amigos, esta sortija, pobre prisión de mis dedos: repartida, que en albricias os la doy, y mis contentos publicad con la canción que a mi propósito han hecho.
- MÚSICOS. (*Cantan.*)
- Si consiste en el vivir
mi triste y confusa suerte,
lo que se alarga la muerte,
eso se tarda el morir.
- SANCHO. Pues si la muerte se alarga lo que la vida entretengo, y está en la muerte la vida, con justicia la celebro.
- DON PEDRO. Sancho Ortiz de las Roelas, ¿vos confesáis que habéis muerto a Busto Tavera?
- SANCHO. Sí,
y aquí a voces lo confieso;
yo le di muerte, señores,
al más noble caballero
que trujo arnés, ciñó espada,
lanza empuñó, enlazó yelmo.
Las leyes del amistad,
guardadas con lazo eterno,
rompí, cuando él me ofreció
sus estrellados luceros.
Buscad bárbaros castigos,
inventad nuevos tormentos,

por que en España se olviden
de Fálaris y Majencio.

FARFÁN. Pues ¿sin daros ocasión
le matasteis?

SANCHO. Yo le he muerto:
esto confieso, y la causa,
no la sé, y causa tengo,
y es de callaros la causa,
pues tan callada la tengo;
si hay alguno que la sepa,
dígalo; que yo no entiendo
por qué murió; sólo sé
que le maté sin saberlo.

DON PEDRO. Pues parece alevosía
matarle sin causa.

SANCHO. Es cierto
que la dió, pues que murió.

DON PEDRO. ¿A quién?

SANCHO. A quien me ha puesto
en el estado en que estoy,
que es en el último extremo.

DON PEDRO. ¿Quién es?

SANCHO. No puedo decillo,
porque me encargó el secreto;
que como rey en las obras,
he de serlo en el silencio.
Y para matarme a mí
basta saber que le he muerto,
sin preguntarme el porqué .

DON ARIAS. Señor, Sancho Ortiz, yo vengo
aquí, en nombre de Su Alteza,
a pedirlos que a su ruego
confeséis quién es la causa
deste loco desconcierto:
si lo hiciste por amigos,
por mujeres o por deudos,

o por algún poderoso
y grande de aqueste reino.
Y si tenéis de su mano
papel, resguardo o concierto
escrito o firmado, al punto
lo manifestéis, haciendo
lo que debéis.

SANCHO.

Si lo hago,
no haré, señor, lo que debo.
Decidle a Su Alteza, amigo,
que cumplo lo que prometo;
y si él es don Sancho el Bravo,
yo ese mismo nombre tengo.
Decidle que bien pudiera
tener papel; mas me afrento
de que papeles me pida,
habiendo visto rompellos.
Yo maté a Busto Tavera;
y aunque aquí librarme puedo,
no quiero, por entender
que alguna palabra ofendo.
Rey soy en cumplir la mía,
y lo prometido he hecho;
y quien promete, también
es razón haga lo mismo.
Haga quien se obliga hablando,
pues yo me he obligado haciendo,
que si al hablar llaman Sancho,
yo soy Sancho, y callar quiero.
Esto a Su Alteza decid
y decidle que es mi intento
que conozco que en Sevilla
también ser reyes sabemos.

DON ARIAS.

Si en vuestra boca tenéis
el descargo, es desconcierto
negarlo.

- SANCHO. Yo soy quien soy,
y siendo quien soy me venzo
a mí mismo con callar,
y a alguno que calla afrento...
Quien es quien es, haga obrando
como quien es; y con esto,
de aquesta suerte los dos
como quien somos haremos.
- DON ARIAS. Eso le diré a Su Alteza.
- DON PEDRO. Vos, Sancho Ortiz, habéis hecho
un caso muy mal pensado
y anduvisteis poco cuerdo.
- FARFÁN. Al Cabildo de Sevilla
habéis ofendido, y puesto
a su rigor vuestra vida,
y en su furor vuestro cuello. *(Vase.)*
- DON PEDRO. Matasteis a un regidor
sin culpa, al cielo ofendiendo;
Sevilla castigará
tan locos atrevimientos. *(Vase.)*
- DON ARIAS.
..... (1)
y al Rey, que es justo y es santo.
(Aparte.) ¡Raro valor! ¡Bravo esfuerzo!
(Vase.)

ESCENA VII

SANCHO, CLARINDO.

- CLARINDO. ¿Es posible que consientas
tantas injurias?

- SANCHO. Consiento
que me castiguen los hombres
y que me confunda el cielo.
Y ya, Clarindo, comienza.
¿No oyes un confuso estruendo?
Braman los aires, armados
de relámpagos y truenos.
Uno baja sobre mí
como culebra esparciendo
círculos de fuego a priesa.
- CLARINDO. Pienso que has perdido el seso.
(*Aparte.*) Quiero seguille el humor.
- SANCHO. ¡Que me abraso!
- CLARINDO. ¡Que me quemó!
- SANCHO. ¿Cogióte el rayo también?
- CLARINDO. ¿No me ves cenizas hecho?
- SANCHO. ¡Válgame Dios!
- CLARINDO. Sí, señor.
Ceniza soy de sarmientos.
- SANCHO. Dame una poca, Clarindo,
para que diga "memento".
- CLARINDO. ¿Y a ti no te ha herido el rayo?
- SANCHO. ¿No me ves, Clarindo, vuelto,
como la mujer de Lot,
en piedra sal?
- CLARINDO. Quiero verlo.
- SANCHO. Tócame.
- CLARINDO. Duro y salado
estás.
- SANCHO. ¿No lo he de estar, necio,
si soy piedra sal aquí?
- CLARINDO. Así te gastarás menos;
mas si eres ya piedra sal,
di: ¿cómo hablas?

- SANCHO. Porque tengo
el alma ya encarcelada
en el infierno del cuerpo.
¿ Ytú, si eres ya ceniza,
cómo hablas?
- CLARINDO. Soy un brasero,
donde entre cenizas pardas
el alma es tizón cubierto.
- SANCHO. ¿Alma tizón tienes? Malo.
- CLARINDO. Antes, señor, no es muy bueno.
- SANCHO. ¿Ya estamos en la otra vida?
- CLARINDO. Y pienso que en el infierno.
- SANCHO. ¿En el infierno, Clarindo?
¿En qué lo ves?
- CLARINDO. En que veo,
señor, en aquel castillo
más de mil sastres mintiendo.
- SANCHO. Bien dices que en él estamos;
que la Soberbia está ardiendo
sobre esa torre formada
de arrogantes y soberbios.
Allí veo a la Ambición
tragando abismos de fuego.
- CLARINDO. Y más adelante está
una legión de cocheros.
- SANCHO. Si andan coches por acá,
destruirán el infierno.
Pero si el infierno es,
¿cómo escribanos no vemos?
- CLARINDO. No los quieren recibir
por que acá no inventen pleitos.
- SANCHO. Pues si en él pleitos no hay,
bueno es el infierno.
- CLARINDO. Bueno.
- SANCHO. ¿Qué son aquéllos?



- CLARINDO. Tahures
sobre una mesa de fuego.
- SANCHO. ¿Y aquéllos?
- CLARINDO. Son demonios,
que los llevan, señor, presos.
- SANCHO. No les basta ser demonios,
sino soplones. ¿Qué es esto?
- CLARINDO. Voces de dos mal casados
que se están pidiendo celos.
- SANCHO. Infierno es ése dos veces,
acá y allá padeciendo,
bravo penar, fuerte yugo;
lástima, por Dios, les tengo.
¿De qué te ríes?
- CLARINDO. De ver
a un espantado hacer gestos,
señor, a aquellos demonios,
porque le han ajado el cuello
y cortado las melenas.
- SANCHO. Ése es notable tormento
sentirálo mucho.
- CLARINDO. Allí
la necesidad haciendo
cara de hereje, da voces.
- SANCHO. Acá y allá padeciendo,
pobre mujer, disculpados
habían de estar sus yerros,
porque la necesidad
tiene disculpa en hacerlos,
y no te espantes, Clarindo.
- CLARINDO. ¡Válgame Dios! Saber quiero
quién es aquél de la pluma.
- SANCHO. Aquél, Clarindo, es Homero
y aquel Virgilio, a quien Dido
la lengua le cortó, en premio
del testimonio y mentira

que le levantó. Aquel viejo
es Horacio, aquél Lucano,
y aquél Ovidio.

CLARINDO.

No veo,
señor, entre estos poetas
ninguno de nuestros tiempos:
no veo ahora ninguno
de los sevillanos nuestros.

SANCHO.

Si son los mismos demonios,
dime cómo puedes vellos,
que allá en forma de poetas
andan dándonos tormentos.

CLARINDO.

¿Demonios poetas son?
Por Dios, señor, que lo creo,
que aquel demonio de allí,
arrogante y carinegro,
a un poeta amigo mío
se parece, pero es lego;
que los demonios son sabios,
mas éste será mbstrenco.
Allí está el tirano Honor,
cargado de muchos necios
que por la honra padecen.

SANCHO.

Quiérome juntar con ellos.
—Honor, un necio y honrado
viene a ser criado vuestro,
por no exceder vuestras leyes.
—Mal, amigo, lo habéis hecho,
porque el verdadero honor
consiste ya en no tenerlo.
¡A mí me buscáis allá,
y ha mil siglos que estoy muerto!
Dinero, amigo, buscad;
que el honor es el dinero.
¿Qué hicisteis? — Quise cumplir
una palabra. — Riendo
me estoy: ¿palabras cumplís?

Parecéisme majadero;
que es ya el no cumplir palabras
bizarría en este tiempo.

—Prometí matar a un hombre,
y le maté airado, siendo
mi mejor amigo. —Malo.

CLARINDO. No es muy bueno.

SANCHO. No es muy bueno.

Metelde en un calabozo,
y condénese por necio.

—Honor, su hermana perdí,
y ya en su ausencia padezco.

—No importa.

CLARINDO. (*Aparte.*) ¡Válgame Dios!

Si más proseguir le dejo,
ha de perder el juicio.

Inventar quiero un enredo. (*Da voces.*)

SANCHO. ¿Quién da voces? ¿Quién da voces?

CLARINDO. Da voces el Cancerbero,
portero de este palacio.

—¿No me conocéis?

SANCHO. Sospecho

que sí.

CLARINDO. ¿Y vos quién sois?

SANCHO. ¿Yo?

Un honrado.

CLARINDO. ¿Y acá dentro

estáis? Salid noramala.

SANCHO. ¿Qué decís?

CLARINDO. Salíos presto;

que este lugar no es de honrados;

asidle, llevadle preso

al otro mundo, a la cárcel
de Sevilla por el viento.

—¿Cómo? —Tapados los ojos,

para que vuele sin miedo.

—Ya está tapado. — En sus hombros al punto el Diablo Cojuelo allá le ponga de un salto.

—¿De un salto? Yo soy contento.

—Camina, y lleva también de la mano al compañero.

(Da una vuelta y déjale.)

—Ya estáis en el mundo, amigo.

Quedaos adiós. — Con Dios quedo.

SANCHO.

CLARINDO.

¿Adiós dijo?

Sí, señor;

que este demonio, primero que lo fuese, fué cristiano bautizado, y es gallego de Cal de Francos.

SANCHO.

Parece

que de un éxtasis recuerdo.

¡Válgame Dios! ¡Ay, Estrella,

qué desdichada la tengo

sin vos! Mas si yo os perdí,

este castigo merezco.

ESCENA VIII

EL ALCAIDE y ESTRELLA *con el manto echado.* —

DICHOS.

ESTRELLA.

Luego el preso me entregad.

ALCAIDE.

Aquí está, señora, el preso,

y como lo manda el Rey,

en vuestras manos lo entrego .

—Señor Sancho Ortiz, Su Alteza

¿Qué miráis? ¿Qué os suspendéis?
Tiempo pierde el que se tarda:
id, que el caballo os aguarda,
en que escaparos podéis.
Dineros tiene el criado
para el camino.

SANCHO. Señora,
dadme esos pies.

ESTRELLA. Id; que ahora
no es tiempo.

SANCHO. Voy con cuidado.
Sepa yo quién me ha librado,
por que sepa agradecer
tal merced.

ESTRELLA. Una mujer:
vuestra aficionada soy,
que la libertad os doy,
teniéndola en mi poder.
Id con Dios.

SANCHO. No he de pasar
de aquí, si no me decís
quién sois o no os descubris.

ESTRELLA. No me da el tiempo lugar.

SANCHO. La vida os quiero pagar,
y la libertad también.
Yo he de conocer a quién
tanta obligación le debo,
para pagar lo que debo,
reconociendo este bien.

ESTRELLA. Una mujer principal
soy, y si más lo pondero,
la mujer que más os quiero
y a quien vos queréis más mal.
Idos con Dios.

- SANCHO. No haré tal,
si no os descubris ahora.
- ESTRELLA. Porque os vais, yo soy. (*Descúbrese.*)
- SANCHO. ¡Señora!
¡Estrella del alma mía!
- ESTRELLA. Estrella soy que te guía,
de tu vida precursora.
Vete; que amor atropella
la fuerza así del rigor;
que como te tengo amor,
te soy favorable estrella.
- SANCHO. ¡Tú, resplandeciente y bella,
con el mayor enemigo!
¡Tú tanta piedad conmigo!
Trátame con más crueldad;
que aquí es rigor la piedad,
porque es piedad el castigo.
Haz que la muerte me den;
no quieras tan liberal
con el bien hacerme mal
cuando está en mi mal el bien.
¡Darle libertad a quien
muerte a su hermano le dió!
No es justo que viva yo,
pues él padeció por mí;
que es bien que te pierda así
quien tal amigo perdió.
En libertad, desta suerte
me entrego a la muerte fiera;
porque si preso estuviera
¿qué hacía en pedir la muerte?
- ESTRELLA. Mi amor es más firme y fuerte;
y así, la vida te doy.
- SANCHO. Pues yo a la muerte me voy,
puesto que librarme quieres;

que si haces como quien eres,
yo he de hacer como quien soy .

ESTRELLA. ¿Por qué mueres?

SANCHO. Por vengarte.

ESTRELLA. ¿De qué?

SANCHO. De mi alevosía.

ESTRELLA. Es crueldad.

SANCHO. Es valentía.

ESTRELLA. Ya no hay parte.

SANCHO. Amor es parte.

ESTRELLA. Es ofenderme.

SANCHO. Es amarte.

ESTRELLA. ¿Cómo me amas?

SANCHO. Muriendo.

ESTRELLA. Antes me ofendes.

SANCHO. Viviendo.

ESTRELLA. Óyeme.

SANCHO. No hay qué decir.

ESTRELLA. ¿Dónde vas?

SANCHO. Voy a morir,
pues con la vida te ofendo.

ESTRELLA. Vete y déjame.

SANCHO. No es bien.

ESTRELLA. Vive y librate.

SANCHO. No es justo.

ESTRELLA. ¿Por quién mueres?

- SANCHO. Por mi gusto.
- ESTRELLA. Es crueldad.
- SANCHO. Honor también.
- ESTRELLA. ¿Quién te acusa?
- SANCHO. Tu desdén.
- ESTRELLA. No lo tengo.
- SANCHO. Piedra soy.
- ESTRELLA. ¿Estás en ti?
- SANCHO. En mi honra estoy
y te ofendo con vivir.
- ESTRELLA. Pues vete, loco, a morir,
que a morir también me voy.
(*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA X

Salón del alcázar.

EL REY, DON ARIAS.

- REY. ¿Qué no quiere confesar
que yo mandé darle muerte?
- DON ARIAS. No he visto bronce más fuerte;
todo su intento es negar.
Dijo al fin que él ha cumplido
su obligación, y que es bien
que cumpla la suya quien
le obligó con prometido.
- REY. Callando quiere vencerme.

DON ARIAS. Y aun te tiene convencido.

REY. Él cumplió lo prometido.
En confusión vengo a verme
por no podelle cumplir
la palabra que enojado
le di.

DON ARIAS. Palabra que has dado
no se puede resistir,
porque si debe cumplilla
un hombre ordinario, un rey
la hace entre sus labios ley,
y a la ley todo se humilla.

REY. Es verdad, cuando se mide
con la natural razón
la ley.

DON ARIAS. Es obligación.
El vasallo no la pide
al rey; sólo ejecutar,
sin vello y averiguallo,
debe la ley el vasallo;
y el rey debe consultar.
Tú esta vez la promulgaste
en un papel; y pues él
la ejecutó sin papel,
a cumplille te obligaste
la ley que hiciste en mandalle
matar a Busto Tavera;
que, si por tu ley no fuera,
él no viniera a matalle.

REY. Pues ¿he de decir que yo
darle la muerte mandé,
y que tal crueldad usé
con quien jamás me ofendió?
¿El Cabildo de Sevilla,
viendo que la causa fuí,

Arias, qué dirá en Castilla,
 cuando don Alonso en ella
 me está llamando tirano,
 y el Pontífice romano
 con censuras me atropella?
 La parte de mi sobrino
 vendrá a esforzar por ventura,
 y su amparo la asegura.
 Falso mi intento imagino;
 también si dejo morir
 a Sancho Ortiz, es bajaza.
 ¿Qué he de hacer?

DON ARIAS.

Puede tu Alteza
 con halagos persuadir
 a los alcaldes mayores,
 y pedilles con destierro
 castiguen su culpa y yerro,
 atropellando rigores.
 Pague Sancho Ortiz: así
 vuelves, gran señor, por él,
 y ceñido de laurel,
 premiado queda de ti.
 Puedes hacerle, señor,
 general de una frontera.

REY.

Bien dices; pero si hubiera
 ejecutado el rigor
 con él doña Estrella ya,
 a quien mi anillo le di,
 ¿cómo lo haremos aquí?

DON ARIAS.

Todo se remediará.
 Yo en tu nombre iré a prendella
 por causa que te ha movido,
 y sin gente y sin ruido
 traeré al alcázar a Estrella.
 Aquí la persuadirás
 a tu intento, y por que importe,

con un grande de la corte
casarla, señor, podrás;
que su virtud y nobleza
merece un alto marido.

REY. ¡Cómo estoy arrepentido,
doñ Arias, de mi flaqueza!
Bien dice un sabio que aquel
era sabio solamente
que era en la ocasión prudente
como en la ocasión cruel.
Ve luego a prender a Estrella,
pues de tanta confusión
me sacas con su prisión;
que pienso casar con ella,
para venirla a aplacar,
un ricohome de Castilla;
y a poderla dar mi silla,
la pusiera en mi lugar;
que tal hermano y hermana
piden inmortalidad.

DON ARIAS. La gente desta ciudad
oscurece la romana. (*Vase.*)

ESCENA XI

EL ALCAIDE PEDRO DE CAUS, EL REY.

ALCAIDE. Déme los pies Vuestra Alteza.

REY. Pedro de Caus, ¿qué causa
os atrae a mis pies?

ALCAIDE. Señor,
este anillo con sus armas
¿no es de Vuestra Alteza?

REY.

Sí:

éste es privilegio y salva
de cualquier crimen que hayáis
cometido.

ALCAIDE.

Fué a Triana,
invicto señor, con él
una mujer muy tapada,
diciendo que Vuestra Alteza
que le entregara mandaba
a Sancho Ortiz. Consultéle
tu mandato con las guardas
y el anillo juntamente;
y todos que le entregara
me dijeron; dile luego;
pero en muy poca distancia
Sancho Ortiz, dando mil voces,

pide que las puertas abra
del castillo, como loco:
«no he de hacer lo que el Rey manda»,
decía, y «quiero morir;
que es bien que muera quien mata».
— La entrada le resistí;
pero, como voces tantas
daba, fué abrirle fuerza.
Entró, donde alegre aguarda
la muerte.

REY.

No he visto gente
más gentil ni más cristiana
que la desta ciudad: callen
bronces, mármoles y estatuas.

ALCAIDE.

La mujer dice, señor,
que la libertad le daba,
y que él no quiso admitilla,
por saber que era la hermana
de Busto Tavera, a quien
dió la muerte.

REY. Más que espanta
 lo que me decís agora.
 En sus grandezas agravian
 la mesma naturaleza.
 Ella, cuando más ingrata
 había de ser, le perdona,
 le libra; y él, por pagarla
 el ánimo generoso,
 se volvió a morir. Si pasan
 más adelante sus hechos,
 darán vida a eternas planchas.
 Vos, Pedro de Caus, traedme
 con gran secreto al alcázar
 a Sancho Ortiz en mi coche,
 excusando estruendo y guardas.

ALCAIDE. Voy a servirte. (*Vase.*)

ESCENA XII

UN CRIADO; EL REY; *después*, los ALCALDES.

CRIADO. Aquí
 ver a Vuestra Alteza aguardan
 sus dos alcaldes mayores.

REY. Decid que entren con sus varas.
 (*Vase el criado.*)
 Si yo puedo, a Sancho Ortiz
 he de cumplir la palabra,
 sin que mi rigor se entienda...
 (*Salen los dos Alcaldes.*)

DON PEDRO. Ya, gran señor, sustanciada
 la culpa, pide el proceso
 la sentencia.

al suplicio Sancho Ortiz,
como las leyes lo tratan. —
Vos, don Pedro de Guzmán,
escuchadme una palabra
aquí aparte. (*Vase Farfán.*)

ESCENA XIII

EL REY, DON PEDRO.

- DON PEDRO. Pues ¿qué es
lo que Vuestra Alteza manda?
- REY. Dando muerte a Sancho, amigo
don Pedro, no se restaura
la vida al muerto; y querría,
evitando la desgracia
mayor, que le desterremos
a Gibraltar o a Granada,
donde en mi servicio tenga
una muerte voluntaria.
¿Qué decís?
- DON PEDRO. Que soy don Pedro
de Guzmán, y a vuestras plantas
me tenéis. Vuestra es mi vida,
vuestra es mi hacienda y espada,
y así serviros prometo
como el menor de mi casa.
- REY. Dadme esos brazos, don Pedro
de Guzmán; que no esperaba
yo menos de un pecho noble.
Id con Dios: haced que salga
luego Farfán de Ribera.
(*Aparte.*) Montes la lisonja allana.
(*Vase don Pedro.*)



ESCENA XIV

FARFÁN, EL REY

- FARFÁN. Aquí a vuestros pies estoy.
- REY. Farfán de Ribera, estaba con pena de que muriera Sancho Ortiz; mas ya se trata de que en destierro se trueque la muerte, y será más larga, porque será mientras viva. Vuestro parecer me falta, para que así se pronuncie.
- FARFÁN. Cosa de más importancia mande a Farfán de Ribera Vuestra Alteza, sin que en nada repare; que mi lealtad en servirle no repara en cosa alguna.
- REY. En fin, sois Ribera, en quien vierte el alba flores de virtudes bellas que os guarnecen y acompañan. Id con Dios. (*Vase Farfán.*)

ESCENA XV

- REY. Bien negocié.
Hoy de la muerte se escapa Sancho Ortiz, y mi promesa

sin que se entienda se salva.
Haré que por general
de alguna frontera vaya,
con que le destierro y premio.

ESCENA XVI

LOS ALCALDES, EL REY.

- DON PEDRO. Ya está, gran señor, firmada
la sentencia, y que la vea
Vuestra Alteza, sólo falta.
- REY. Habrá la sentencia sido
como yo la deseaba
de tan grandes caballeros.
- FARFÁN. Nuestra lealtad nos ensalza.
- REY. (*Lee.*) «Fallamos y pronunciamos
» que le corten en la plaza
» la cabeza.» ¡Esta sentencia
es la que traéis firmada!
¿Así, villanos, cumplís
a vuestro rey la palabra?
¡Vive Dios!
- FARFÁN. Lo prometido
con las vidas, con las almas
cumplirá el menor de todos
como ves, como arrimada
la vara tenga; con ella,
por las potencias humanas,
por la tierra y por el cielo,
que ninguno dellos haga
cosa mal hecha o mal dicha.

DON PEDRO. Como a vasallos nos manda,
 mas como alcaldes mayores,
 no pidas injustas causas;
 que aquello es estar sin ellas,
 y aquesto es estar con varas,
 y el Cabildo de Sevilla
 es quien es.

REY. Bueno está. Basta;
 que todos me avergonzáis.

ESCENA XVII

DON ARIAS; ESTRELLA. — DICHOS.

DON ARIAS. Ya está aquí Estrella.

REY. Don Arias,
 ¿qué he de hacer? ¿Qué me aconsejas
 entre confusiones tantas? (1)

ESCENA XVIII

EL ALCAIDE; SANCHO; CLARINDO. — DICHOS.

ALCAIDE. Ya Sancho Ortiz está aquí.

SANCHO. Gran señor, ¿por qué no acabas
 con la muerte mis desdichas
 con tu rigor mis desgracias?

(1) Falta la respuesta de Don Arias.

- SANCHO. ¿Y quedáis así vengada
de mi agravio?
- ESTRELLA. Y satisfecha.
- SANCHO. Pues por que tus esperanzas
se logren, la vida aceto.
- REY. Id con Dios.
- FARFÁN. Mirad, señor,
que así Sevilla se agravia,
y debe morir.
- REY. (*A don Arias.*) ¿Qué haré,
que me apura y me acobarda
esta gente?
- DON ARIAS. Hablad.
- REY. Sevilla,
matadme a mí, que fuí causa
desta muerte. Yo mandé
matalle, y aquesto basta
para su descargo.
- SANCHO. Sólo
ese descargo aguardaba
mi honor. El Rey me mandó
matarle; que yo una hazaña
tan fiera no cometiera,
si el Rey no me lo mandara.
- REY. Digo que es verdad.
- FARFÁN. Así
Sevilla se desagracia;
que pues mandasteis matalle,
sin duda os haría causa.

- REY. Admirado me ha dejado
la nobleza sevillana.
- SANCHO. Yo a cumplir salgo el destierro,
cumpliéndome otra palabra
que me disteis.
- REY. Yo la ofrezco.
- SANCHO. Yo dije que aquella dama
por mujer habías de darme
que yo quisiera.
- REY. Así pasa.
- SANCHO. Pues a doña Estrella pido,
y aquí a sus divinas plantas
el perdón de mis errores.
- ESTRELLA. Sancho Ortiz, yo estoy casada.
- SANCHO. ¿Casada?
- ESTRELLA. Sí.
- SANCHO. ¡Yo estoy muerto!
- REY. Estrella, ésta es mi palabra.
Rey soy, y debo cumplirla:
¿qué me respondéis?
- ESTRELLA. Que se haga
vuestro gusto. Suya soy.
- SANCHO. Yo soy suyo.
- REY. ¿Qué os falta?
- SANCHO. La conformidad.
- ESTRELLA. Pues ésa
jamás podremos hallarla
viviendo juntos.

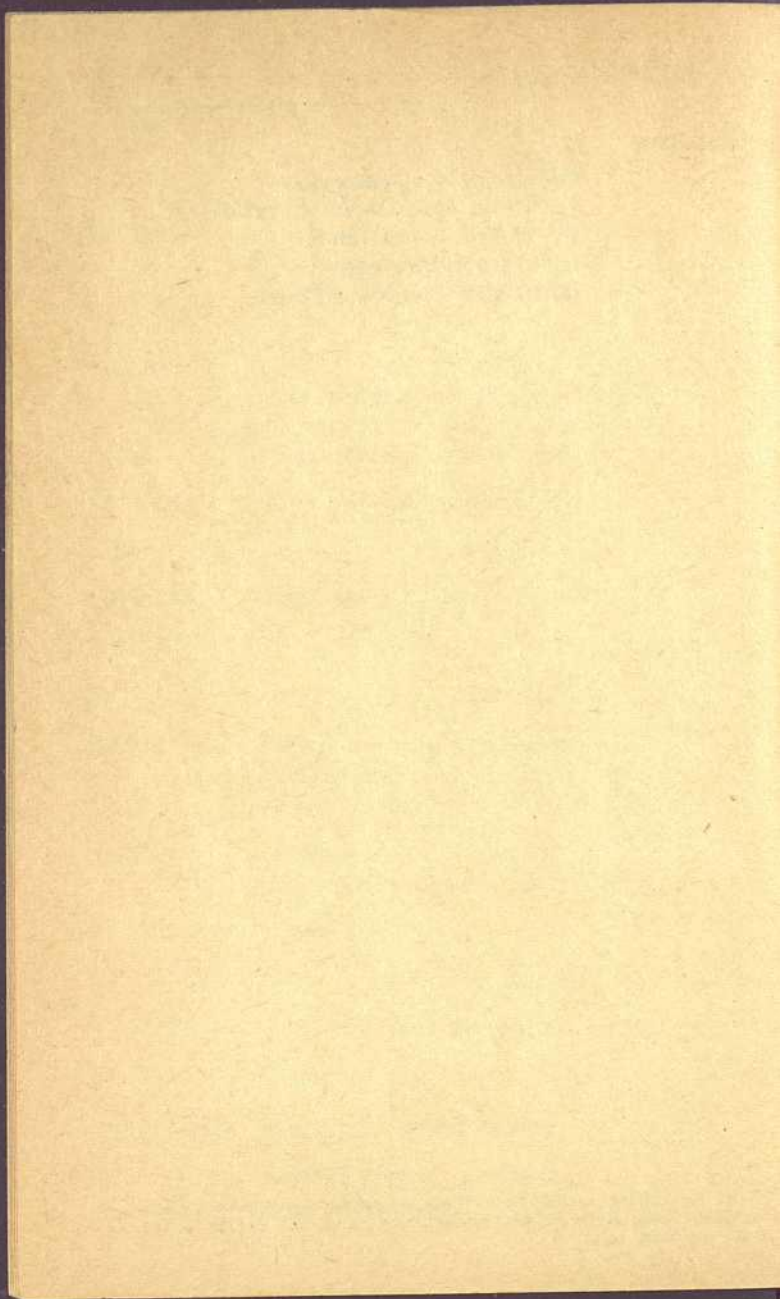


- SANCHO. Lo mismo digo yo, y por esta causa de la palabra te absuelvo.
- ESTRELLA. Yo te absuelvo la palabra; que ver siempre al homicida de mi hermano en mesa y cama me ha de dar pena.
- SANCHO. Y a mí estar siempre con la hermana del que maté injustamente, queriéndolo como al alma.
- ESTRELLA. Pues ¿libres quedamos?
- SANCHO. Sí.
- ESTRELLA. Pues adiós.
- SANCHO. Adiós.
- REY. Aguarda.
- ESTRELLA. Señor, no ha de ser mi esposo hombre que a mi hermano mata, aunque le quiero y le adoro. (*Vase.*)
- SANCHO. Y yo, señor, por amarla, no es justicia que lo sea. (*Vase.*)
- REY. ¡Grande fe!
- DON ARIAS. ¡Brava constancia!
- CLARINDO. (*Aparte.*) Más me parece locura.
- REY. Toda esta gente me espanta.
- DON PEDRO. Tiene esta gente Sevilla.
- REY. Casarla pienso, y casarla como merece.

CLARINDO.

Y aquí
esta tragedia os consagra
Cardenio, dando a *La Estrella* (1)
de Sevilla eterna fama,
cuyo prodigioso caso
inmortales bronce guardan.

(1) La edición suelta dice: "Lope, dando a *La Estrella*". Como se ve, quien puso *Lope* en vez de *Cardenio*, no se dió cuenta de que el verso quedaba cojo.



INDICE DE AUTORES DE LA COLECCION AUSTRAL

De los 580 Primeros Volúmenes

ABRANTES, DUQUESA DE

495-Portugal a principios del siglo XIX.

AIMARD, G.

276-Los tramperos del Arkansas. *

ALARCÓN, PEDRO A. DE

37-El Capitán Veneno. - El sombrero de tres picos.

428-El escándalo. *

473-El final de Norma.

ALONSO, DÁMASO

595-Hijos de la Ira.

ALTAMIRANO, IGNACIO M.

108-El Zarco.

ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J.

124-Puebla de las mujeres. - El genio alegre.

321-Malvaloca. - Doña Clarines.

ANÓNIMO

5-Poema del Cid. *

59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.

156-Lazarillo de Tormes.

337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe.

359-Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís. *

374-La historia del rey Canamor y del infante Turión, su hijo. - La destrucción de Jerusalem.

396-La vida de Estebanillo González. *

416-El conde Partinuples. - Roberto el Diablo. - Clamades y Clamanda.

ARAGO, F.

426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.

543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace).

556-Historia de mi juventud.

ARCIPRESTE DE HITA

98-Libro de buen amor.

ARÉNE, PAUL

205-La Cabra de Oro.

ARISTÓTELES

239-La Política. *

296-Moral. (La gran moral. Moral, a Eudemo). *

318-Moral, a Nicómaco. *

399-Metafísica. *

ARRIETA, RAFAEL ALBERTO

291-Antología.

406-Centuria porteña.

ASSOLLANT, ALFREDO

386-Aventuras del capitán Corcoram. *

AUNÓS, EDUARDO

275-Estampas de ciudades. *

AZORÍN

36-Lecturas españolas.

47-Trasuntos de España.

67-Españoles en París. .

153-Don Juan.

164-El paisaje de España visto por los españoles.

226-Visión de España.

248-Tomás Rueda.

261-El escritor.

380-Capricho.

420-Los dos Luíses y otros ensayos

461-Blanco en azul.

475-De Granada a Castelar.

491-Las confesiones de un pequeño filósofo.

525-María Fontán.

551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.

568-El político.

BALMES, J.

35-Cartas a un escéptico en materia de religión. *

71-El criterio.

BALZAC, H. DE

77-Los pequeños burqueses.

BALLANTYNE, ROBERTO M.

259-La isla de coral.

517-Los mercaderes de pieles. *

BAROJA, PÍO

177-La leyenda de Jaun de Alzate

206-Las inquietudes de Shanti Andía. *

230-Fantasías vascas.

256-El gran torbellino del mundo. *

288-Las veleidades de la fortuna

320-Los amores tardíos.

331-El mundo es así.

346-Zalacaín el aventurero.

365-La casa de Aizgorri.

377-El mayorazgo de Labraz.

398-La feria de los discretos. *

445-Los últimos románticos.

471-Las tragedias grotescas.

BASHKIRTSEFF, MARÍA

165-Diario de mi vida.

BAYO, CIRO

544-Lazarillo español. *

BÉCQUER, GUSTAVO A.

3-Rimas y leyendas.

BENAVENTE, JACINTO

34-Los intereses creados. - Señora ama.

84-La Malquerida. - La noche del sábado.

94-Cartas de mujeres.

305-La fuerza bruta. - Lo cursi.

387-Al fin, mujer. - La honradez de la cerradura.

450-La comida de las fieras. - Al natural.

550-Rosas de otoño y Pepa Doncel.

BERCEO, GONZALO DE

344-Vida de Sancto Domingo de

- Silos. - Vida de Sancta Oria, virgen.
- BERDIAEFF, N.**
26-El cristianismo y el problema del comunismo.
61-El cristianismo y la lucha de clases.
- BERGERAC, CYRANO DE**
287-Viaje a la luna. - Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol. *
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE**
341-Sangre y arena. *
351-La barraca.
361-Arroz y tartana. *
390-Cuentos valencianos.
410-Cafías y barro. *
508-Entre naranjos. *
581-La condenada.
- BOECIO, SEVERINO**
394-La consolación de la filosofía.
- BOSSUET**
564-Oraciones fúnebres. *
- BOUGAINVILLE, L. A. DE**
349-Viaje alrededor del mundo. *
- BUTLER, SAMUEL**
285-Erewhon. *
- BYRON, LORD**
111-El Corsario. - Lara. - El sitio de Corinto. - Mazeppa.
- CALDERÓN DE LA BARCA**
39-El alcalde de Zalamea. - La vida es sueño. *
289-Casa con dos puertas mala es de guardar. - El mágico prodigioso.
384-La devoción de la cruz. - El gran teatro del mundo.
496-El mayor monstruo del mundo. - El príncipe constante.
393-No hay burlas con el amor - El médico de su honra. *
- CAMBA, JULIO**
22-Londres.
269-La ciudad automática.
295-Aventuras de una peseta.
343-La casa de Lúculo.
- CAMPOAMOR, R. DE**
238-Doloras. - Cantares. - Los pequeños poemas.
- CANCELA, ARTURO**
423-Tres relatos porteños y Tres cuentos de la ciudad.
- CANÉ, MIGUEL**
255-Juvenilia y otras páginas argentinas.
- CAPDEVILA, ARTURO**
97-Córdoba del recuerdo.
222-Las invasiones inglesas.
352-Primera antología de mis versos. *
353-Primera antología de mis versos. *
506-Tierra mía.
- CARLYLE, TOMAS**
472-Los primitivos reyes de Noruega.
- CASARES, JULIO**
469-Crítica profana. *
- CASTELO BRANCO, CAMILO**
582-Amor de perdición. *
- CASTIGLIONE, BALTASAR**
549-El cortesano. *
- CASTRO, GUILLÉN DE**
583-Las mocedades del Cid. *
- CASTRO, ROSALÍA**
243-Obra poética.
- CERVANTES, M. DE**
29-Novelas ejemplares. *
150-Don Quijote de la Mancha. *
567-Novelas ejemplares. *
- CÉSAR, JULIO**
121-Comentarios de la Guerra de las Galias. *
- CICERÓN**
339-Los oficios.
- CIEZA DE LEÓN, P. DE**
507-La crónica del Perú. *
- CLARÍN (LEOPOLDO ALAS)**
444-¡Adiós, "Cordera"! y otros cuentos.
- COLOMA, P. LUIS**
413-Pequeñeces. *
421-Jeromin. *
435-La reina mártir. *
- CONDAMINE, C. MARÍA DE LA**
268-Viaje a la América meridional.
- CORTÉS, HERNÁN**
547-Cartas de relación de la conquista de Méjico. *
- COSSIO, JOSÉ MARÍA DE**
490-Los toros en la poesía.
- COSSIO, MANUEL B.**
500-El Greco. *
- CROCE, B.**
41-Breviario de estética.
- CROWTHER, J. G.**
497-Humphry Davy, Michael Faraday (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).
509-J. Prescott Joule, W. Thomson, J. Clerk Maxwell (hombres de ciencia británicos del siglo XIX). *
518-T. Alva Edison, J. Henry (hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX).
540-Benjamin Franklin, J. Willard Gibbs. (Hombres de ciencia norteamericanos). *
- CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA**
12-Obras escogidas.
- CURIE, EVA**
451-La vida heroica de María Curie. *
- CHATEAUBRIAND, F.**
50-Atala. - René. - El último Abencerraje.

- CHEJOV, ANTÓN P.**
 245-El jardín de los cerezos.
 279-La cerilla sueca.
 348-Historia de mi vida.
 418-Historia de una anguila.
- CHESTERTON, GILBERT K.**
 20-Santo Tomás de Aquino.
 125-La Esfera y la Cruz.*
 170-Las paradojas de Mr. Pond.
 523-Charlas.*
 535-El hombre que fué Jueves.*
 546-Ortodoxia.*
 580-El candor del padre Brown.*
 598-Pequeña historia de Inglaterra.*
- CHMELEV, IVÁN**
 95-El camarero.
- DANA, R. E.**
 429-Dos años al pie del mástil.
- DARÍO, RUBÉN**
 19-Azul...
 118-Cantos de vida y esperanza.
 282-Poema del otoño.
 404-Prosas profanas.
 516-El canto errante.
- DELEDDA, GRAZIA**
 571-Cósima.
- DELFINO, AUGUSTO MARIO**
 463-Fin de siglo.
- DELGADO, JOSÉ MARÍA**
 563-Juan María.*
- DEMAISON, ANDRÉ**
 262-El libro de los animales llamados salvajes.
- DESCARTES**
 6-Discurso del método.
- DÍAZ DE GUZMÁN, RUY**
 519-La Argentina.*
- DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO**
 297-Hacia un concepto de la literatura española.
- DICKENS, C.**
 13-El grillo del hogar.
- DIEGO, GERARDO**
 219-Primera antología de sus versos.
- DONOSO, ARMANDO**
 376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos).
- D'ORS, EUGENIO**
 465-El Valle de Josafat.
- DOSTOYEVSKI, F.**
 167-Stepantchikovo.
 267-El jugador.
 322-Noches blancas. - El diario de Raskolnikov.
- ECHAGÜE, JUAN PABLO**
 453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.
- ERCKMANN-CHATRIAN**
 486-Cuentos de orillas del Rhin.
- ESPINA, A.**
 174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.
 290-Ganivet. El hombre y la obra.
- ESPINOSA, AURELIO M.**
 585-Cuentos populares de España.
- ESQUILO**
 224-La Orestíada. - Prometeo encadenado.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.**
 188-Escenas andaluzas.
- EURÍPIDES**
 432-Alceste. - Las Bacantes. - El ciclope.
- FAULKNER, W.**
 493-Santuario.*
- FERNÁN CABALLERO**
 56-La familia de Alvareda.
 364-La Gaviota.*
- FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W.**
 145-Las gafas del diablo.
 225-La novela número 13.
 263-Las siete columnas.
 284-El secreto de Barba-Azul.*
 325-El hombre que compró un autómóvil.
- FERNÁNDEZ MORENO, B.**
 204-Antología 1915-1945.*
- FRANKLIN, B.**
 171-El libro del hombre de bien.
- FULOP-MILLER, RENÉ**
 548-Tres episodios de una vida.
- GÁLVEZ, MANUEL**
 355-El Gaucho de los Cerrillos.
 433-El mal metafísico.*
- GALLEGOS, RÓMULO**
 168-Doña Bárbara.*
 192-Cantaclaro.*
 213-Canaima.*
 244-Reinaldo Solar.*
 307-Pobre negro.*
 338-La trepadora.*
 425-Sobre la misma tierra.*
- GANIVET, A.**
 126-Cartas finlandesas. - Hombres del Norte.
 139-Idearium español. - El porvenir de España.
- GARCÍA GÓMEZ, E.**
 162-Poemas arábigoandaluces.
 513-Cinco poetas musulmanes.*
- GARCÍA Y BELLIDO, A.**
 515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strabon.*
- GÉRARD, JULIO**
 367-El matador de leones.
- GIL, MARTÍN**
 447-Una novena en la sierra.
- GOETHE, J. W.**
 60-Las afinidades efectivas.*
 449-Las cuitas de Werther.
- GOGOL**
 173-Tarás Bulba. - Nochebuena.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, G.**
 498-Antología (poesías y cartas amorosas).

- GÓMEZ DE LA SERNA, R.**
 14-La mujer de ámbur.
 143-Greguerías 1940-45.
 308-Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías.
 427-Don Ramón María del Valle-Inclán.*
- GOMPERTZ, MAURICE**
 529-La panera de Egipto.
- GÓNGORA, L. DE**
 75-Antología.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E.**
 333-Antología poética.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, L.**
 494-México viejo y anecdótico.
- GOSS, MADELEINE**
 587-Sinfonía inconclusa.*
- GRACIÁN, BALTASAR**
 49-El héroe. - El discreto.
 258-Agudeza y arte de ingenio.*
 400-El críticón.*
- GUEVARA, ANTONIO DE**
 242-Epístolas familiares.
- GUINNARD, A.**
 191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
- HARDY, T.**
 25-La bien amada.
- HEARN, LAFCADIO**
 217-Kwaidan.
- HEBBEL, C. F.**
 569-Los Nibelungos.
- HEGEL**
 594-De lo bello y sus formas.*
- HEINE, E.**
 184-Noches florentinas.
- HERCZEG, F.**
 66-La familia Gyurkovics.*
- HERNÁNDEZ, J.**
 8-Martín Fierro.
- HESSEN, J.**
 107-Teoría del conocimiento.
- HUARTE, JUAN**
 599-Examen de ingenios.*
- HUDSON, G. E.**
 182-El Ombú y otros cuentos rioplatenses.
- IBARBOUROU, JUANA DE**
 265-Poemas.
- IBSEN, H.**
 193-Casa de muñecas. - Juan Gabriel Borkman.
- INSÓA, A.**
 82-Un corazón burlado.
 316-El negro que tenía el alma blanca.*
 328-La sombra de Peter Wald.*
- IRVING, WASHINGTON**
 186-Cuentos de la Alhambra.
 476-La vida de Mahoma.*
- ISÓCRATES**
 412-Discursos histórico-políticos.
- JAMESON, EGON**
 93-De la nada a millonarios.
- JAMMES, F.**
 9-Rosario al Sol.
- JENOFONTE**
 79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
- JUNCO, A.**
 159-Sangre de Hispania.
- KELLER, GOTTFRIED**
 383-Los tres honrados peñeros y otras novelas.
- KEYSERLING, CONDE DE**
 92-La vida íntima.
- KIERKEGAARD, SOREN**
 158-El concepto de la angustia.
- KINGSTON, W. H. G.**
 375-A lo largo del Amazonas.*
 474-Salvado del mar.
- KIRPATRICK, F. A.**
 130-Los conquistadores españoles.*
- KOTZEBUE, AUGUSTO DE**
 572-De Berlín a París.*
- KSCHEMISVARA**
 215-La ira de Caúsica.
- LABIN, EDOUARD**
 575-La ilberación de la energía atómica.
- LARBAUD, VALÉRY**
 40-Fermina Márquez.
- LARRA, MARIANO JOSÉ DE**
 306-Artículos de costumbres.
- LARRETA, ENRIQUE**
 74-La gloria de don Ramiro.*
 85-"Zogoibi".
 247-Santa María del Buen Aire. - Tiempos iluminados.
 382-La calle de la vida y de la muerte.
 411-Tenía que suceder. - Las dos fundaciones de Buenos Aires.
 438-El liniero. - Pasión de Roma.
 510-La que buscaba Don Juan. - Altamis. - Discursos.
 560-Jerónimo y su almohada. - Notas diversas.
- LEÓN, FRAY LUIS DE**
 51-La perfecta casada.
 522-De los nombres de Cristo.*
- LEÓN, RICARDO**
 370-Jauja.
 391-Desperta ferrol.
 481-Casta de hidalgos.*
 521-El amor de los amores.*
 561-Las siete vidas de Tomás Portolés.
 590-El hombre nuevo.*
- LEOPARDI**
 81-Diálogos.
- LERMONTOF, M. I.**
 148-Un héroe de nuestro tiempo.
- LEROUX, GASTÓN**
 293-La esposa del Sol.*
 378-La muñeca sangrienta.
 392-La máquina de asesinar.

INDICE DE AUTORES

- LEUMANN, C. A.**
72-La vida victoriosa.
- LEVENE, RICARDO**
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad.*
- LEVILLIER, R.**
91-Estampas virreinales americanas.
419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
- LI HSING-TAO**
215-El círculo de tiza.
- LISZT, FRANZ**
576-Chopin.
- LOPE DE RUEDA**
479-Eufemia. - Arceilna. - El Deleitoso.
- LOPE DE VEGA**
43-Peribáñez y el Comendador de Ocaña. - La estrella de Sevilla.*
274-Poesías líricas.
294-El mejor alcalde, el Rey. - Fuente Ovejuna.
354-El perro del hortelano. - El arenal de Sevilla.
422-La Dorotea.*
574-La dama boba. - La niña de plata.*
- LUGONES, LEOPOLDO**
200-Antología poética.*
232-Romancero.
- LUMMIS, C. F.**
514-Los exploradores españoles del siglo XVI.*
- LYTTON, B.**
136-Los últimos días de Pompeya.
- MACHADO, ANTONIO**
149-Poesías completas.*
- MACHADO, MANUEL**
131-Antología.
- MACHADO, MANUEL Y ANTONIO**
260-La duquesa de Benamejil. - La prima Fernanda - Juan de Mañara.*
- MAETERLINCK, MAURICIO**
385-La vida de los termes.
557-La vida de las hormigas.
- MAEZTU, MARÍA DE**
330-Antología-Siglo XX. Prosistas españoles.*
- MAEZTU, RAMIRO DE**
31-Don Quijote, Don Juan y La Celestina.
- MAISTRE, JOSÉ DE**
345-Las veladas de San Petersburgo.*
- MALLEA, EDUARDO**
102-Historia de una pasión argentina.
202-Cuentos para una inglesa desesperada.
402-Rodeada está de sueño.
502-Todo verdor perecerá.
- MANRIQUE, JORGE**
135-Obra completa.
- MANSILLA, LUCIO V.**
113-Una excursión a los indios ranqueles.*
- MAÑACH, JORGE**
252-Mortí el apóstol.*
- MAQUIAVELO**
69-El Príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte).
- MARAÑÓN, G.**
62-El Conde-Duque de Olivares.*
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.
360-El "Empecinado" visto por un inglés.
408-Amiel.*
600-Ensayos liberales.
- MARCOY, PAUL**
163-Viaje por los valles de la quina.*
- MARCU, VALERIU**
530-Maquiavelo.*
- MARICHALAR, A.**
78-Riesgo y ventura del Duque de Osuna.
- MARMIER, JAVIER**
592-A través de los trópicos.
- MASSINGHAM, H. J.**
529-La Edad de Oro.
- MAURA, ANTONIO**
231-Discursos conmemorativos.
- MAURA GAMAZO, GABRIEL**
240-Rincones de la historia.
- MAUROIS, ANDRÉ**
2-Disraeli.*
- MÉNDEZ PEREIRA, O.**
166-Núñez de Balboa.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.**
28-Estudios literarios.*
55-Los romances de América y otros estudios.
100-Flor nueva de romances viejos.*
110-Antología de prosistas españoles.*
120-De Cervantes y Lope de Vega.
172-Idea imperial de Carlos V.
190-Poesía árabe y poesía europea.
250-El idioma español en sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristóbal Colón.
300-Poesía juglaresca y juglares.*
501-Castilla, la tradición, el idioma.*
- MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO**
251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.
350-Poetas de la Corte de Don Juan II.*
597-El abate Marchena.

- MEREJKOVSKY, D.**
30-Vida de Napoleón. *
- MERIMÉE, PROSPERO**
152-Mateo Falcone y otros cuentos.
- MESA, E. DE**
223-Poesías completas.
- MESONERO ROMANOS, R. DE**
283-Escenas matritenses.
- MEUNANN, E.**
578-Introducción a la estética actual.
- MIELI, ALDO**
431-Lavoisier y la formación de la teoría química moderna.
485-Volta y el desarrollo de la electricidad.
- MILL, STUART**
83-Autobiografía.
- MISTRAL, GABRIELA**
503-Ternura.
- MOLIERE**
106-El ricachón en la corte. - El enfermo de aprensión.
- MOLINA, TIRSO DE**
73-El vergonzoso en Palacio. - El Burlador de Sevilla. *
369-La prudencia en la mujer. - El condenado por desconfiado.
442-La oalleja Mari-Hernández. - La firmeza en la hermosura.
- MONCADA, FRANCISCO DE**
405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.
- MONTESQUIEU**
253-Grandeza y decadencia de los romanos.
- MORAND, PAUL**
16-Nueva York.
- MORATÍN, L. FERNÁNDEZ DE**
335-La comedia nueva. - El sí de las niñas.
- MORETO, AGUSTÍN**
119-El lindo don Diego. - No puede ser el guardar una mujer.
- MUÑOZ, R. F.**
178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
- MUSSET, ALFREDO DE**
492-Cuentos.
- NAVARRO Y LEDESMA, F.**
401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. *
- NERUDA, JAN**
397-Cuentos de la Malá Strana.
- NERVO, AMADO**
32-La amada inmóvil.
- Plenitud.
211-Serenidad.
311-Elevación.
373-Poemas.
434-El arquero divino.
458-Perlas negras. - Místicas.
- NEUMANN**
578-Introducción a la estética actual.
- NEWTON, ISAAC**
334-Selección.
- NIETZSCHE, FEDERICO**
356-El origen de la tragedia.
- NOVÁS CALVO, L.**
194-El Negrero. *
573-Cayo Canas.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, ÁLVAR**
304-Natufragios y comentarios. *
- OBLIGADO, CARLOS**
257-Los poemas de Edgar Poe.
- OBLIGADO, RAFAEL**
197-Poesías. *
- ORTEGA Y GASSET, J.**
1-La rebelión de las masas. *
11-El tema de nuestro tiempo.
45-Notas.
101-El libro de las misiones.
151-Ideas y creencias.
181-Triptico: Mirabeau o el político. - Kant. - Goethe.
201-Mocedades.
- PALACIO VALDÉS, A.**
76-La Hermana San Sulpicio. *
133-Marta y María. *
155-Los majos de Cádiz.
189-Riverita. *
218-Maximilla. *
266-La novela de un novelista. *
277-José.
298-La alegría del capitán Ribot.
368-La aldea perdida. *
588-Años de juventud del doctor Angélico. *
- PALMA, RICARDO**
52-Tradiciones peruanas (1ª sel.).
132-Tradiciones peruanas (2ª sel.).
309-Tradiciones peruanas (3ª sel.).
- PAPP, DESIDERIO**
443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo).
- PARRY, WILLIAM E.**
537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.
- PASCAL, BLAS**
96-Pensamientos.
- PELLICO, SILVIO**
144-Mis prisiones.
- PEMÁN, JOSÉ MARÍA**
234-Noche de levante en calma. - Julieta y Romeo.
- PEREDA, J. M. DE**
58-Don Gonzalo González de la Gonzalera.
414-Peñas arriba. *
436-Sotileza. *
454-El sabor de la tierra. *
487-De tal palo, tal astilla. *
528-Pedro Sánchez. *
558-El buey suelto...

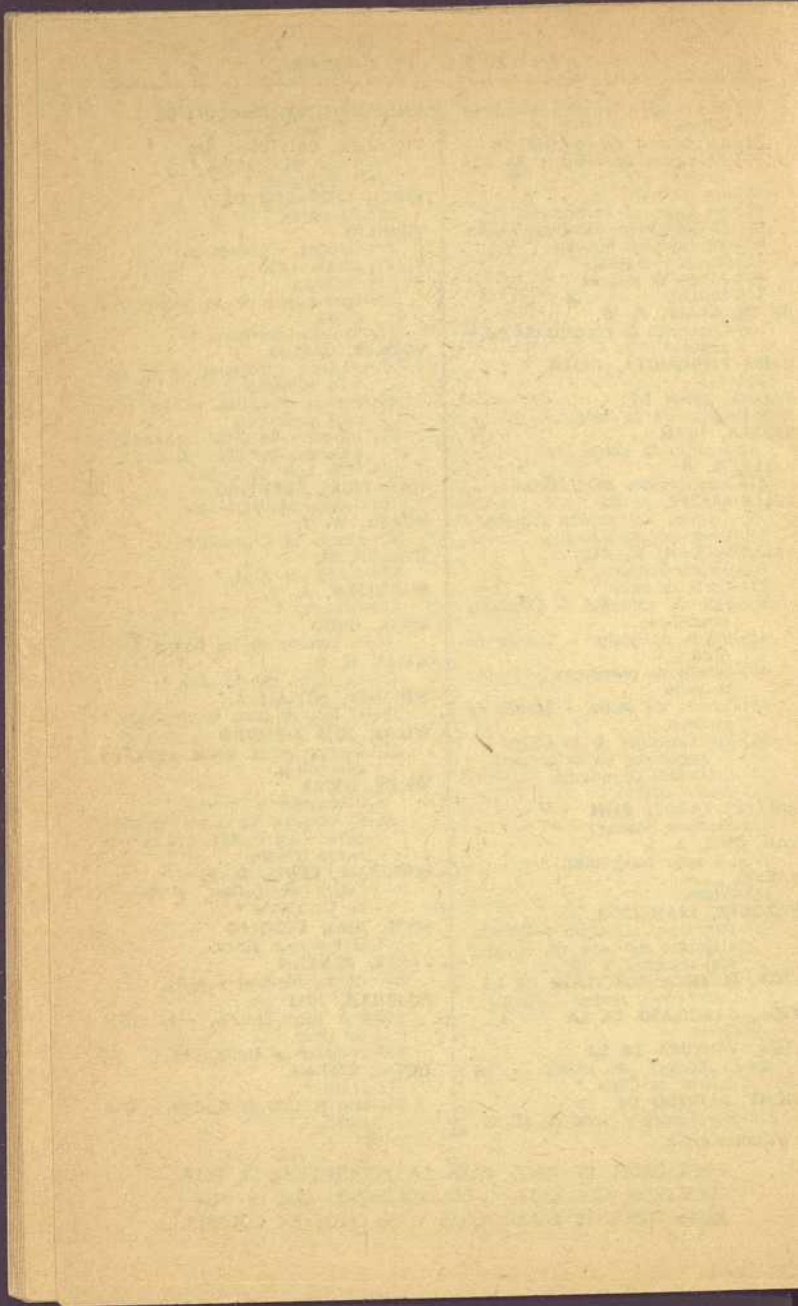
INDICE DE AUTORES

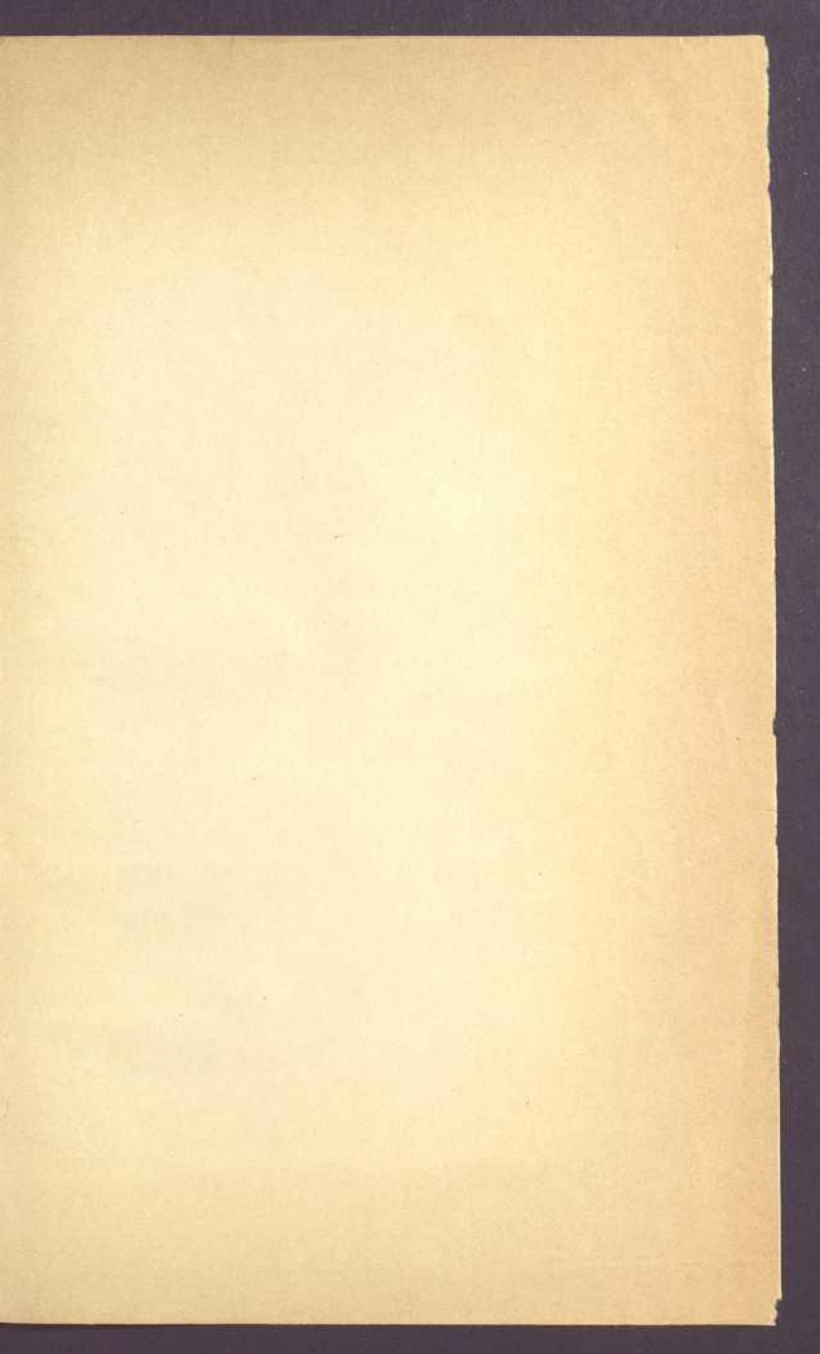
- PEREYRA, CARLOS**
236-Hernán Cortés.*
- PÉREZ DE AYALA, R.**
147-Las Máscaras.*
183-La pata de la raposa.*
198-Tigre Juan.
210-El curandero de su honra.
249-Poesías completas.*
- PÉREZ GALDÓS, B.**
15-Marianela.
- PÉREZ LUGIN, ALEJANDRO**
357-La casa de la Troya.*
- PÉREZ MARTÍNEZ, HÉCTOR**
531-Juárez, el Imposible.
- PFANDL, LUDWIG**
17-Juana la Loca.
- PIGAFETTA, ANTONIO**
207-Primer viaje en torno del Globo.
- PLA, CORTÉS**
315-Galileo Galilei.
533-Isaac Newton.*
- PLATÓN**
44-Diálogos.*
220-La República o el Estado.*
- PLUTARCO**
228-Vidas paralelas: Alejandro - Julio César.
459-Vidas paralelas: Demóstenes - Cicerón. Demetrio - Antonio.
- POINCARÉ, HENRI**
379-La ciencia y la hipótesis.*
409-Ciencia y método.*
579-Últimos pensamientos.
- PRAYIEL, A.**
21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.
- PRÉVOST, ABATE**
89-Manon Lescaut.
- PRIETO, JENARO**
137-El socio.
- PUIG, IGNACIO**
456-¿Qué es la física cósmica?*
- PUSHKIN**
123-La hija del Capitán. - La nevaska.
- QUEIROZ, ECA DE**
209-La ilustre casa de Ramires.*
524-La ciudad y las sierras.*
- QUEVEDO, FRANCISCO DE**
24-Historia de la vida del Buscón.
362-Antología poética.
536-Los sueños.*
- QUILES, ISMAEL**
467-Aristóteles.
527-San Isidoro de Sevilla.
- QUINTANA, M. J.**
388-Vida de Francisco Pizarro.
- RADA Y DELGADO, JUAN DE DIOS DE LA**
281-Mujeres célebres de España y Portugal (Primera selección).
292-Mujeres célebres de España y Portugal (Segunda selección).
- RAMÍREZ CABAÑAS, J.**
358-Antología de cuentos mexicanos.
- RAMÓN Y CAJAL, S.**
90-Mi infancia y juventud.*
187-Charlas de café.*
214-El mundo visto a los ochenta años.
227-Los tónicos de la voluntad.*
241-Cuentos de vacaciones.*
- RAVAGE, M. E.**
489-Cinco hombres de Francfort.*
- REID, MAYNE**
317-Los tiradores de rifle.*
- REY PASTOR, JULIO**
301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.
- REYLES, CARLOS**
88-El gaucho Florido.
208-El embrujo de Sevilla.
- RICKERT, H.**
347-Ciencia cultural y ciencia natural.*
- RIVAS, DUQUE DE**
46-Romances.*
- ROJAS, FERNANDO DE**
195-La Celestina.
- ROJAS, FRANCISCO DE**
104-Del Rey abajo, ninguno. - Entre bobos anda el juego.
- ROSENKRANTZ, PALLE**
534-Los gentileshombres de Lindendborg.*
- ROUSSELET, LUIS**
327-Viaje a la India de los Maharajahs.
- RUIZ DE ALARCÓN, JUAN**
68-La verdad sospechosa. - Los pechos privilegiados.
- RUSSELL, B.**
23-La conquista de la felicidad.
- RUSSELL WALLACE, A. DE**
313-Viaje al archipiélago malayo.
- SÁENZ HAYES, R.**
329-De la amistad en la vida y en los libros.
- SAID ARMESTO, VICTOR**
562-La leyenda de Don Juan.*
- SAINT-PIERRE, BERNARDINO DE**
393-Pablo y Virginia.
- SAINZ DE ROBLES, F.**
114-El "otro" Lope de Vega.
- SALOMÓN**
464-El cantar de los cantares. (Versión de Fray Luis de León).
- SALTEN, FÉLIX**
363-Los hijos de Bambi.
371-Bambi.
395-Renni "El Salvador".
- SALUSTIO, CAYO**
366-La conjuración de Catilina. - La guerra de Jugurta.
- SAN AGUSTÍN**
559-Ideario.*

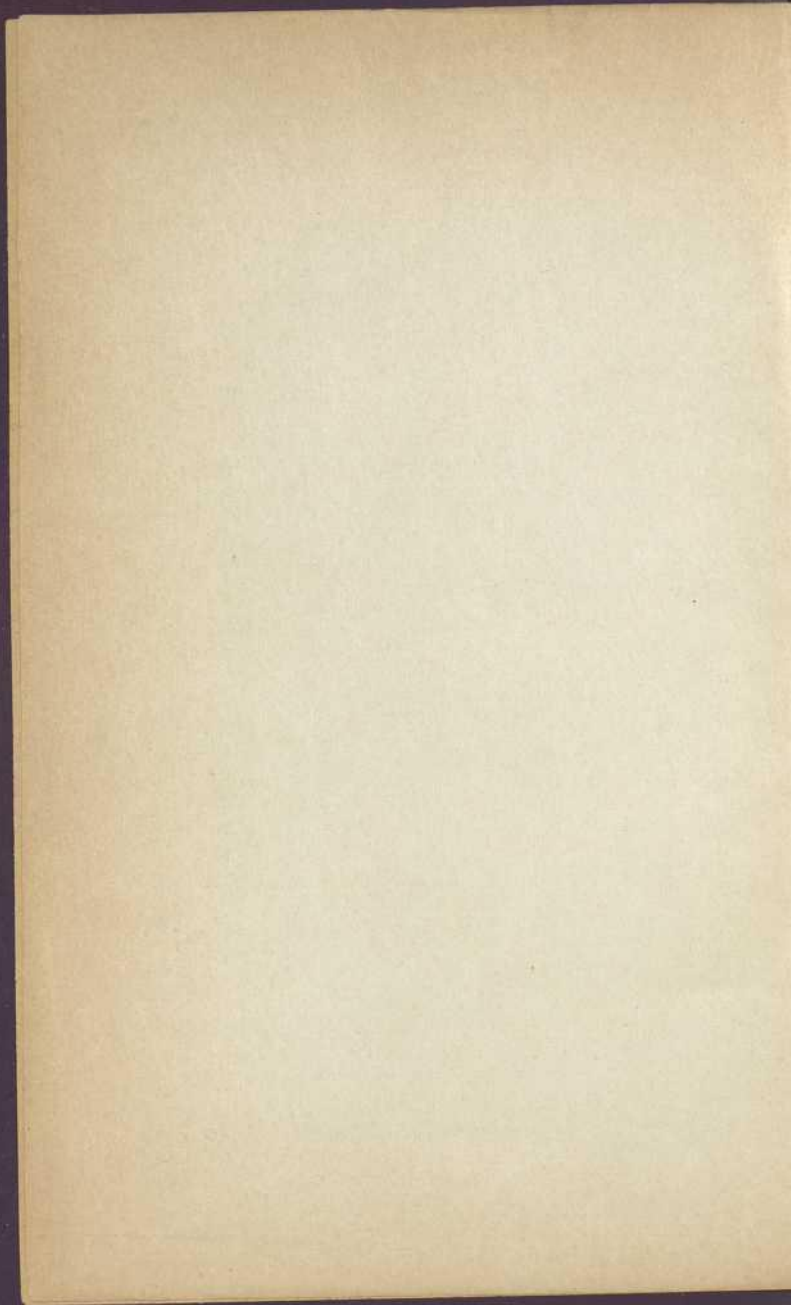
- SÁNCHEZ-SÁEZ, BRAULIO**
596-Primera antología de cuentos brasileños. *
- SAN FRANCISCO DE ASIS**
468-Las florecillas. - El cántico del Sol. *
- SAN JUAN DE LA CRUZ**
326-Obras escogidas.
- SANTA MARINA, L.**
157-Cisneros.
- SANTA TERESA**
86-Las Moradas.
372-Su vida. *
- SANTILLANA, EL MARQUÉS DE**
552-Obras.
- SANTO TOMÁS**
310-Suma Teológica. (Selección).
- SCOTT, WALTER**
466-El pirata. *
- SCHIAPARELLI, JUAN V.**
526-La astronomía en el Antiguo Testamento.
- SCHILLER, F.**
237-La educación estética del hombre.
- SCHMIDL, ULRICO**
424-Derrotero y viaje a España y las Indias.
- SÉNECA**
389-Tratados morales.
- SHAKESPEARE, W.**
27-Hamlet.
54-El rey Lear. - Pequeños poemas.
87-Otelo, el moro de Venecia. - La tragedia de Romeo y Julieta.
109-El mercader de Venecia. - La tragedia de Macbeth.
116-La tempestad. - La doma de la bravía.
127-Antonio y Cleopatra.
452-Las alegres comadres de Windsor. - La comedia de las equivocaciones.
488-Los dos hidalgos de Verona. - Sueño de una noche de San Juan.
- SHAW, BERNARD**
115-Pigmalion. - La cosa sucede.
- SILIO, CÉSAR**
64-Don Álvaro de Luna. *
- SILVA VALDÉS, FERNÁN**
538-Cuentos del Uruguay. *
- SIMMEL, GEORG**
38-Cultura femenina y otros ensayos.
- SLOCUM, JOSHUA**
532-A bordo del "Spray". *
- SOLALINDE, A. G.**
154-Cien romances escogidos.
169-Antología de Alfonso X el Sabio. *
- STENDHAL**
10-Armancia.
- STERNE, LAURENCE**
332-Viaje sentimental.
- STEVENSON, R. L.**
7-La isla del Tesoro.
342-Aventuras de David Balfour.
566-La flecha negra. *
- STOKOWSKI, LEOPOLDO**
591-Música para todos nosotros. *
- STORNI, ALFONSINA**
142-Antología poética.
- STRINDBERG, A.**
161-El viaje de Pedro el Afortunado.
- SUÁREZ, FRANCISCO P.**
381-Introducción a la metafísica. *
- SWIFT, JONATAN**
235-Viajes de Gulliver. *
- SYLVESTER, E.**
483-Sobre la índole del hombre.
- TÁCITO**
446-Los anales. *
462-Historias. *
- TAINÉ, HIPÓLITO A.**
448-Viaje a los Pirineos. *
505-Filosofía del arte. *
- TAMAYO Y BAUS, MANUEL**
545-La locura de amor y Un drama nuevo. *
- TEJA ZABRE, A.**
553-Morelos. *
- THACKERAY, W. M.**
542-Catalina.
- TOLSTOI, LEÓN**
554-Los cosacos.
586-Sebastopol.
- THIERRY, AGUSTIN**
589-Relato de los tiempos merovingios. *
- TURGUENEFF, I.**
117-Relatos de un cazador.
134-Anuchka. - Fausto.
482-Lluvia de primavera. - Remanso de paz. *
- TWAIN, MARK**
212-Las aventuras de Tom Sawyer.
- UNAMUNO, M. DE**
4-Del sentimiento trágico de la vida. *
33-Vida de Don Quijote y Sancho. *
70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.
99-Niebla.
112-Abel Sánchez.
122-La tía Tula.
141-Amor y pedagogía.
160-Andanzas y visiones españolas.
179-Paz en la guerra. *
199-El espejo de la muerte.
221-Por tierras de Portugal y de España.
233-Contra esto y aquello.
254-San Manuel Bueno, mártir y tres historias más.
286-Soliloquios y conversaciones.

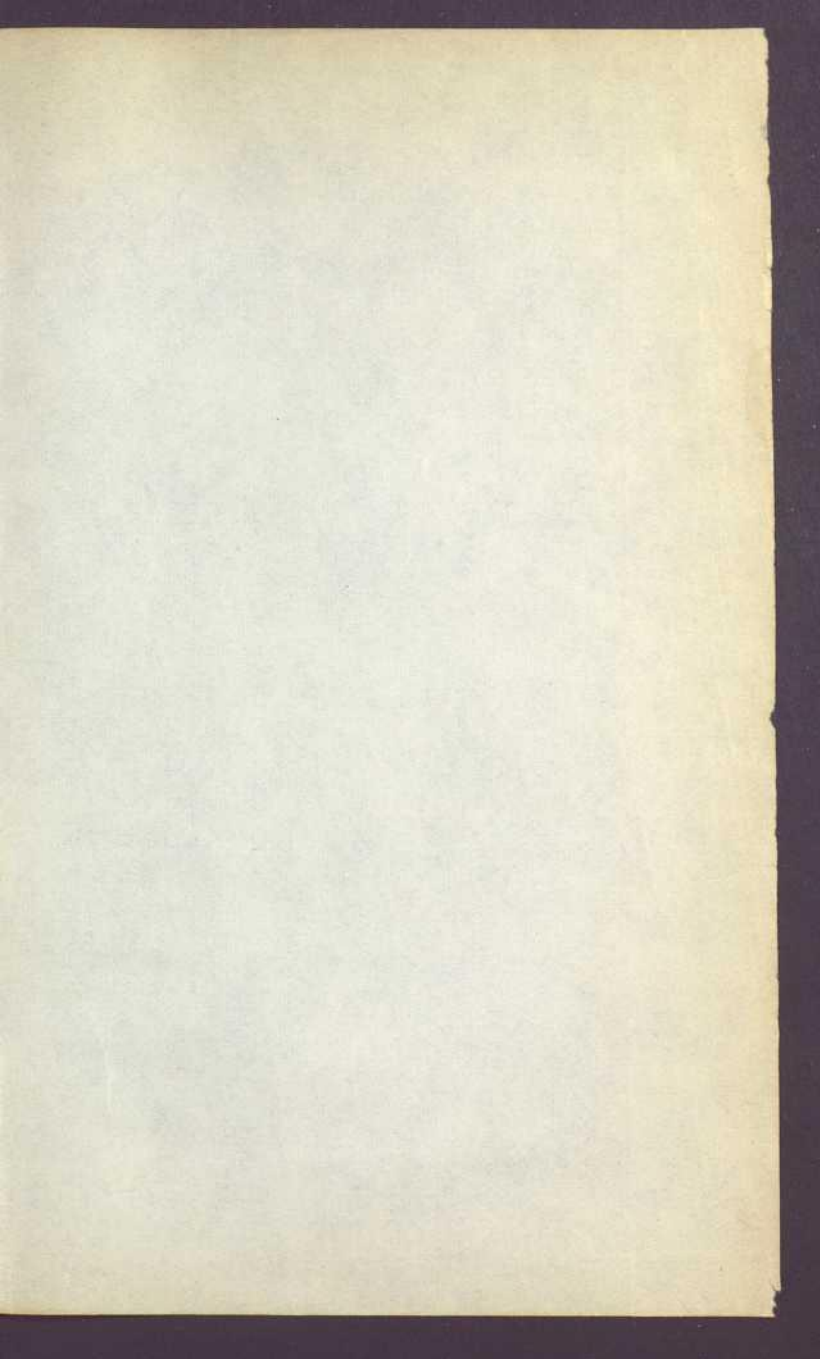
- 299-Mi religión y otros ensayos breves.
 312-La agonía del cristianismo.
 323-Recuerdos de niñez y de mocedad.
 336-De mi país.
 403-En torno al casticismo.
 417-El Caballero de la Triste Figura.
 440-La dignidad humana.
 478-Viejos y jóvenes.
 499-Almos de jóvenes.
 570-Soledad.
- UP DE GRAFF, F. W.**
 146-Cazadores de cabezas del Amazonas.*
- URIBE PIEDRAHITA, CÉSAR**
 314-Toá.
- VALDÉS, JUAN DE**
 216-Diálogo de la lengua.
- VALERA, JUAN**
 48-Juanita la Larga.
- VALLE, R. H.**
 477-Imaginación de México.
- VALLE-ARIZPE, A. DE**
 53-Cuentos del México antiguo.
 340-Leyendas mexicanas.
- VALLE-INCLÁN, R. DEL**
 105-Tirano Banderas.
 271-Corte de amar.
 302-Flor de santidad. - Coloquios románticas.
 415-Voces de gesta. - Cuento de Abril.
 430-Sonata de primavera. - Sonata de estío.
 441-Sonata de otoño. - Sonata de invierno.
 460-Los Cruzados de la Causa.
 480-El resplandor de la hoguera.
 520-Gerifaltes de antaño.
 555-Jardín umbrío.
- VALLERY-RADOT, RENÉ**
 470-Madame Pasteur.
- VAN DINE, S. S.**
 176-La serie sangrienta.
- VARIOS**
 319-Frases.
- VÁZQUEZ, FRANCISCO**
 512-Jornada de Omagua y Dorado. (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras).
- VEGA, EL INCA GARCILASO DE LA.**
 324-Comentarios reales. (Selecc.).
- VEGA, GARCILASO DE LA**
 63-Obras.
- VEGA, VENTURA DE LA**
 484-El hombre de mundo. - La muerte de César.*
- VIGNY, ALFREDO DE**
 278-Servidumbre y grandeza militar.
- VILLA-URRUTIA, MARQUÉS DE**
 57-Cristina de Suecia.
- VILLALÓN, CRISTÓBAL DE**
 246-Viaje de Turquía.*
 264-El Cróton.*
- VINCI, LEONARDO DE**
 353-Aforismos.
- VIRGILIO**
 203-Églogas. - Geórgicas.
- VIVES, JUAN LUIS**
 128-Diálogos.
 138-Instrucción de la mujer cristiana.
 272-Tratado del alma.*
- VOSSLER, CARLOS**
 270-Algunos caracteres de la cultura española.
 455-Formas literarias en los pueblos románicos.
 511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
 565-Fray Luis de León.
- WAKATSUKI, FUKUYIRO**
 103-Tradiciones japonesas.
- WALSH, W. T.**
 504-Isabel la Cruzada.*
- WALLON, H.**
 539-Juana de Arco.*
- WASSILIEW, A. T.**
 229-Ochрана.*
- WAST, HUGO**
 80-El camino de las llamas.
- WELLS, H. G.**
 407-La lucha por la vida.*
- WHITNEY, PHYLLIS A.**
 584-El rojo es para el asesinato.*
- WILDE, JOSÉ ANTONIO**
 457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
- WILDE, OSCAR**
 18-El ruiseñor y la rosa.
 65-El abanico de Lady Windermere. - La importancia de llamarse Ernesto.
- WINDHAM, LEWIS, D. B.**
 42-Carlos de Europa, emperador de Occidente.*
- WYSS, JUAN RODOLFO**
 437-El Robinson suizo.
- YÁÑEZ, AGUSTÍN**
 577-Isolda, Melibea y Alda.
- ZORRILLA, JOSÉ**
 180-Don Juan Tenorio. - El puñal del goda.
 439-Leyendas y tradiciones.
- ZWEIG, STEFAN**
 273-Brasil.*
 541-Una partida de ajedrez. - Una carta.

FACILIDADES DE PAGO PARA LA ADQUISICIÓN DE ESTA COLECCIÓN, COMPLETA, O LOS VOLÚMENES QUE LE INTERESEN. SOLICITE CONDICIONES Y FOLLETOS EN COLORES.



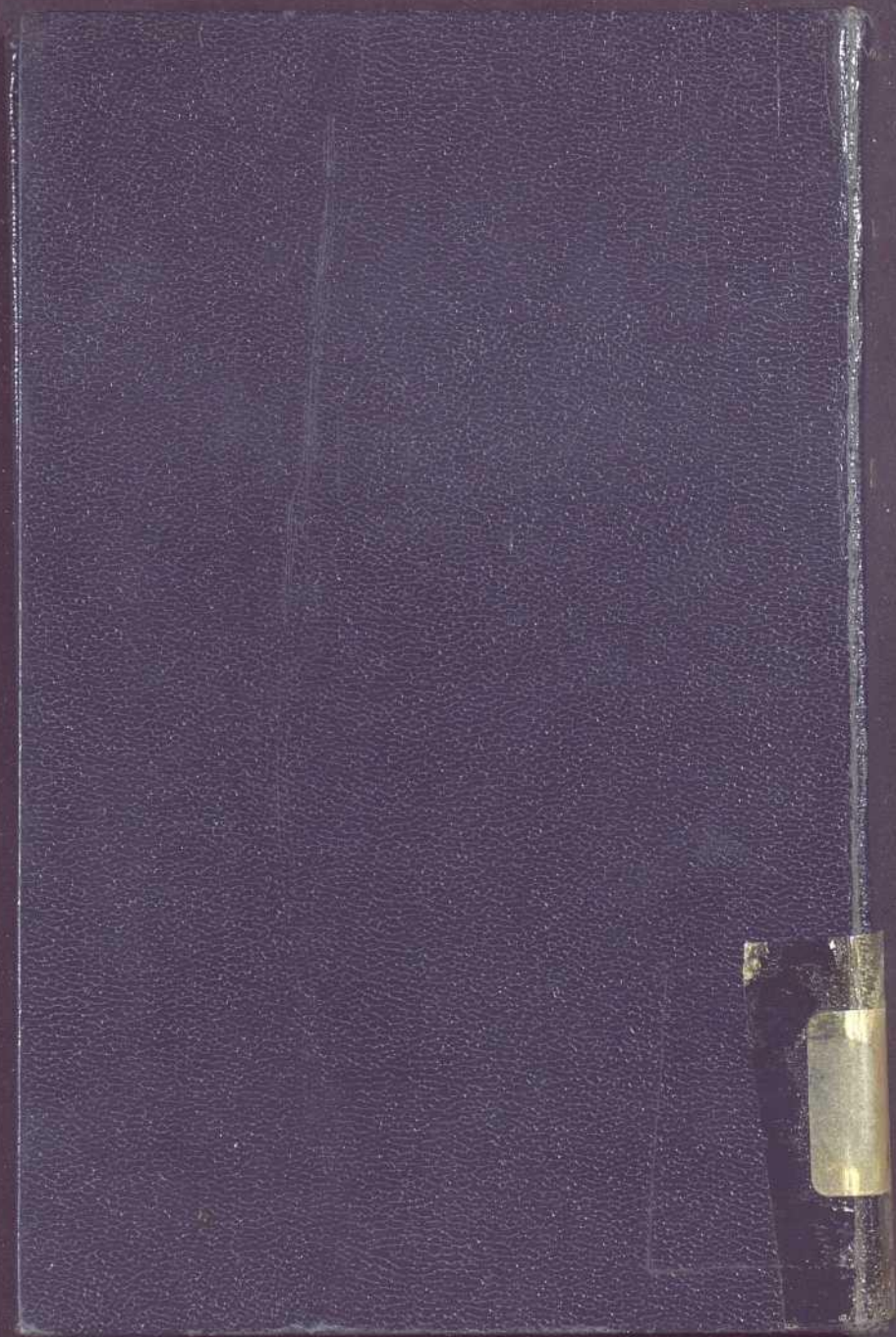












JOSE DE
VEGA

PERIBANZ

FA

4775